Marc Bloch

Apología para la historia o el oficio de historiador

Edición anotada por Étienne Bloch



MARC BLOCH

APOLOGÍA PARA LA HISTORIA O EL OFICIO DE HISTORIADOR

Edición anotada por
ETIENNE BLOCH

Prefacio de
JACQUES LE GOFF

Traducción de
MARÍA JIMÉNEZ y DANIELLE ZASLAVSKY

Traducción del prefacio de
MARÍA ANTONIA NEIRA B.

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés,	1993
Primera edición en español,	1996
Segunda edición en francés,	1997
Segunda edición en español, revisada,	2001

Título original:
Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien

Masson & Armand Colin Éditeurs
34 bis, rue de l'Université, 75007 París
ISBN 2-200-01694-8

ISBN 968-16-6030-7 (segunda edición)
ISBN 968-16-5215-8 (primera edición)

Impreso en México

Esta obra está dedicada a la Association Marc Bloch (creada en 1992-1993) que preside el señor Emmanuel Leroy-Ladurie, profesor del Colegio de Francia, con la esperanza de que responda a uno de los objetivos de la asociación: "favorecer la edición y la difusión de las obras ya publicadas de Marc Bloch y las de sus obras aún inéditas".

ETIENNE BLOCH

ÍNDICE

PREFACIO

JACQUES LE GOFF

Debe causarnos alegría la publicación de esta nueva edición de la obra postuma e inconclusa de Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador,* anotada por su hijo mayor, Etienne Bloch.

Es sabido que el gran historiador, cofundador, en 1929, de la revista *Annales* (titulada por entonces *Annales d'histoire économique et sociale y* hoy *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations),* que, por ser judío, había debido ocultarse durante el régimen de Vichy, entró en 1943 en la red de francotiradores de la Resistencia en Lyon y fue fusilado por los alemanes el 16 de junio de 1944, cerca de esta ciudad. Fue una de las víctimas de Klaus Barbie.

Marc Bloch dejaba inconclusa, entre sus papeles, una obra de metodología histórica compuesta al final de su vida y titulada *Apologie pour l'histoire,* subtitulada en el plan más antiguo *O cómo* y *por qué trabaja un historiador,* y que finalmente fue publicada en 1949 por Lucien Febvre con el título de *Apología para la historia o el oficio de historiador.*

No emprenderé aquí un estudio sistemático del texto compulsándolo contra la obra anterior de Marc Bloch, publicada o aún inédita en 1944. Sin embargo, será importante ver si *Apología para la historia* representa en esencia la encarnación de la metodología aplicada por Marc Bloch en su obra, o si señala una nueva etapa de su reflexión y de sus proyectos.

Tampoco emprenderé el estudio, que exigiría una investigación de gran aliento, de una comparación entre ese texto y otros textos metodológicos de fines del siglo XIX y la primera mitad del xx, en particular de la oposición entre ese texto y la célebre *Introducción a los estudios históricos,* de Langlois y Seignobos (1901), que el propio Marc Bloch estableció, como lo prueba la nota 1 de su manuscrito (véase la nota en la p. 41), como contraste, pese al homenaje que rinde a esos dos historiadores que fueron sus maes-

tros. Ello no tiene nada de sorprendente, pues los *Annales,* desde su creación, se presentaron como el órgano de un combate contra la concepción de la historia definida por Langlois y Seignobos.

Esforzándome por ser el discípulo postumo —ya que, por desgracia, no pude conocer a Marc Bloch— de ese gran historiador cuya obra y cuyas ideas fueron para mí, y siguen siéndolo, las más importantes en mi formación y mi práctica de historiador, y habiendo tenido el honor de pasar a ser en 1969, gracias a Fernand Braudel (gran heredero de Lucien Febvre y de Marc Bloch), codirector de los *Annales,* en las páginas que siguen trataré simplemente de expresar las reacciones actuales de un historiador que se sitúa en la tradición de Marc Bloch y de los *Annales y* que se esfuerza por practicar para con ellos la fidelidad definida por este último, indicando en la nota antes evocada que la fidelidad no excluye la crítica. Me propongo decir lo que significaba ese texto en el marco general de la historiografía, en particular de la historiografía francesa en 1944, y lo que sigue significando aún hoy.

El titulo y el subtítulo *Apología para la historia o cómo y por qué trabaja un historiador* expresan claramente las intenciones de Marc Bloch. La obra es, ante todo, una defensa de la historia. Esta defensa se ejerce contra los ataques explícitos que va evocando en la obra y en particular los de Paul Valéry, pero también contra la evolución real o posible de un saber científico a cuyos márgenes sería expulsada la historia, o incluso excluida. También puede creerse que Marc Bloch quiere defenderla contra los historiadores que, a sus ojos, creen servirla y le hacen un flaco servicio. Por último, y creo yo que tal es uno de los puntos fuertes de la obra, intenta precisar las distancias de la obra ante los sociólogos o los economistas cuyo pensamiento le interesa, pero cuyos peligros para la disciplina histórica también ve. Tal será el caso, como veremos, de Emile Durkheim o de François Simiand.

El subtítulo definitivo, *O el oficio de historiador,* que remplaza de manera pertinente al primer subtítulo, subraya otra preocupación de Marc Bloch: definir al historiador como hombre de oficio, investigar sus prácticas de trabajo y sus objetivos científicos, como veremos, incluso más allá de la ciencia.

Lo que el título no dice pero sí lo dice el texto es que Marc Bloch no se contentó con definir la historia y el oficio del historiador sino que también quiso indicar lo que debe ser la historia y cómo debe trabajar el historiador.

Antes de reanudar mi lectura del texto de Marc Bloch, deseo subrayar la extraordinaria capacidad del historiador para transformar su vivencia presente en reflexión histórica. Sabido es que ese gran don se expresará ante todo en la redacción de *L'Etrange Défaite,* que probablemente fuera el estudio más perspicaz, hasta hoy, de las causas de los aspectos de la derrota francesa de 1940. Marc Bloch reflexionó sobre el acontecimiento "en caliente" y lo analizó prácticamente fuera de todo archivo, sin toda la documentación que parece necesaria al historiador; y, sin embargo, verdaderamente hizo obra de historiador y no de periodista; pues aun los mejores periodistas se mantienen "pegados" al acontecimiento. Ahora bien, desde junio de 1940, cuando se encuentra en la ciudad de Rennes ocupada, lejos de toda biblioteca, Marc Bloch aprovecha sus "ratos de ocio, llenos de las amenazas que le ha preparado un destino extraño" para reflexionar, en un texto que, como lo escribió él, en las circunstancias en que lo elaboró, necesariamente toma el tono de un testamento, sobre el problema de la legitimidad de la historia y para esbozar algunas de las ideas claves de lo que será la *Apología para la historia.*

Me explayaré un poco sobre la Introducción de ese texto, pues enuncia algunas de las ideas fundamentales de la obra proyectada. Como punto de partida, Marc Bloch toma la pregunta de un hijo a su padre, ¿para qué sirve la historia? Esta confidencia no sólo nos muestra a un hombre que es tanto padre de familia como servidor de su propia obra; nos introduce en el corazón mismo de una de sus convicciones: la obligación de la difusión y de la enseñanza de sus trabajos por el historiador. Nos dice que debe "saber hablar, en el mismo tono, a los doctos y a los alumnos" y subraya que "tal sencillez es el privilegio de unos cuantos elegidos". Aunque sólo fuera por esta afirmación, la obra seguiría siendo hoy —cuando la jerga técnica ha invadido demasiados libros de historia— de una actualidad palpitante.

La expresión misma de "legitimidad de la historia" que desde los primeros renglones emplea Marc Bloch, muestra que el pro-

blema epistemológico de la historia para él no es solamente un problema intelectual y científico, sino también un problema cívico y hasta moral. El historiador tiene sus responsabilidades, de las que debe "rendir cuentas". Marc Bloch coloca así al historiador entre los artesanos que deben dar prueba de conciencia profesional pero —y tal es una marca de su genio, al pensar de inmediato en la perdurabilidad histórica—, "el debate supera ampliamente los pequeños escrúpulos de una moral corporativa. Toda nuestra civilización occidental se interesa en él". Vemos allí afirmadas, de un solo golpe, la civilización como objeto privilegiado del historiador y la disciplina histórica como testimonio y parte integrante de una civilización.

E, inmediatamente, en una perspectiva de historia comparativa, Marc Bloch señala que "a diferencia de otros tipos de cultura, la civilización occidental siempre ha esperado mucho de su memoria", y así se introduce una pareja fundamental para el historiador y para el amante de la historia: historia y memoria, memoria que es una de las principales materias primas de la historia, pero que no se identifica con ella. De inmediato se presenta la explicación de un fenómeno que no sólo se menciona. Esta atención a la memoria es para el Occidente la herencia de la Antigüedad y a la vez la herencia del cristianismo.

Siguen algunos renglones resumidos por una fórmula lapidaria cuya fecundidad acaso no haya sido aún completamente aprovechada: "El cristianismo es una religión de historiadores". Al respecto, Marc Bloch menciona dos fenómenos que, según él, se encuentran en el núcleo mismo de la historia: por una parte, la duración, materia concreta del tiempo; por otra parte, la aventura, forma individual y colectiva de la vida de los nombres, arrastrados por sistemas que los superan y a la vez confrontados a un azar en el cual a menudo se expresa la movilidad de la historia. Marc Bloch también hablará, más adelantado el libro, de las "aventuras del cuerpo".

Si Marc Bloch supone, en seguida, que los franceses tienen menos interés por su historia que los alemanes por la suya, no estoy seguro de que tenga razón. Pero creo que encontramos allí la expresión de un sentimiento profundo de Marc Bloch para con los alemanes, sentimiento que viene tanto de la experiencia de su permanencia de estudiante en Alemania en 1907-1908, como de su experiencia de historiador. Hay en la historiografía alemana y en

la propia historia alemana (no olvidemos que Marc Bloch escribía durante la guerra) una orientación peligrosa, debida a su pasado, debida a la historia.

Ese juicio sobre las relaciones de los franceses con su historia también está marcado por la desazón de la derrota, y el pesimismo en el que vive Marc Bloch le lleva a hacer previsiones apocalípticas. Según él, si los historiadores no se muestran vigilantes, la historia corre el riesgo de hundirse en el descrédito y desaparecer de nuestra civilización. Desde luego, se trata de la historia en tanto que disciplina histórica, y Marc Bloch tiene conciencia de que, a diferencia de la historia, coextensiva ella misma con la vida humana, la ciencia histórica es un fenómeno que a su vez es histórico, sometido a condiciones históricas. Legitimidad de la historia, pero también fragilidad de la historia.

Y sin embargo, en cuanto Marc Bloch evocó este apocalíptico fin de la historia, su lúcida mirada de historiador, alimentado por el optimismo fundamental del hombre, propuso una visión más apacible y más esperanzadora de los acontecimientos históricos. "Nuestras tristes sociedades", y la similitud con los *Tristes trópicos* de Claude Lévi-Strauss me parece notable, "se ponen a dudar de sí mismas" y se preguntan si el pasado no es culpable, ya sea que las haya engañado, ya sea que no hayan sabido interrogarlo. Pero la explicación de tales angustias es que esas "tristes sociedades" están "en perpetua crisis de crecimiento": allí donde otros historiadores habrían hablado de decaer y de decadencia, Marc Bloch, quien supo analizar tanto periodos de crisis como de mutación y de crecimiento, vuelve a dar un sentido positivo y una esperanza a esas sociedades y a los movimientos de la historia.

Vemos así que la entrada en materia del libro es grave. Es un tema serio, abordado en una situación dramática. Sin embargo, Marc Bloch recupera y repite al punto una de las virtudes de la historia: "distrae". Antes que el deseo de conocimiento, es estimulada por "el simple gusto". Y tenemos allí rehabilitados, en un lugar ciertamente marginal y limitado, la curiosidad y la novela histórica puesta al servicio de la historia: los lectores de Alejandro Dumas no son, tal vez, más que "historiadores en potencia". Por consiguiente, para hacer buena historia, para enseñarla, para hacerla amar, no hay que olvidar que al lado de sus "necesarias austeridades" la historia "tiene sus propios goces estéticos". Asimismo, al lado del necesario rigor ligado a la erudición y a la in-

vestigación de los mecanismos históricos, hay la "voluptuosidad de aprender cosas singulares" y de allí brota ese consejo que igualmente me parece muy oportuno aún hoy: "Cuidémonos de no retirarle a nuestra ciencia su parte de poesía".

Comprendamos bien a Marc Bloch. No dice: la historia es un arte, la historia es literatura. Sí dice: la historia es una ciencia, pero una ciencia entre cuyas características puede estar su flaqueza pero también su virtud, que consiste en ser poética porque no se la puede reducir a abstracciones, a leyes, a estructuras.

Intentando definir "la utilidad" de la historia, Marc Bloch encuentra entonces el punto de vista de los "positivistas" (y, siempre interesado en distinguir a los historiadores matizados de los historiadores sistemáticos, añade "de estricta observancia").

Sería necesario un estudio profundo de ese término y de su empleo por Marc Bloch y los historiadores de los *Annales.* Hoy suscita reticencias o incluso hostilidad, hasta de algunos historiadores abiertos al espíritu de los *Annales.* Aquí sólo puedo esbozar las orientaciones de una investigación y de una reflexión. Los historiadores "positivistas" a los que apuntó Marc Bloch están marcados por la filosofía "positivista" de fines del siglo XIX, la escuela de Auguste Comte: era una filosofía aún dominante a través de matices a menudo profundos (pues, por ejemplo, Renouvier, muerto en 1903, a menudo calificado como "positivista", es muy distinto de un simple discípulo de Comte) y que constituía el fondo de la ideología filosófica en Francia por la época en que Marc Bloch era estudiante. Pero también elaboraron un pensamiento específico en el dominio de la historia, y este pensamiento, el cual tenía el mérito —que no lo niega Marc Bloch— de tratar de dar fundamentos objetivos, "científicos" al estudio histórico, al empobrecer el historicismo alemán de fines del siglo XIX, tuvo sobre todo el gran inconveniente de limitar la historia a "la estricta observación de los hechos, la falta de moralización y de ornamento, la pura verdad histórica" (diagnóstico del estadunidense Adams, desde 1884).

Lo que Marc Bloch no aceptaba de su maestro Charles Seignobos, principal representante de esos historiadores "positivistas", era que comenzara el trabajo del historiador tan sólo con la recabación de los hechos, mientras que una fase anterior y esencial exigía del historiador la conciencia de que el hecho histórico no

es un dato "positivo", sino el producto de una construcción activa de su parte, para transformar la fuente en documento y luego constituir esos documentos y esos hechos históricos en problema. Tal es el sentido del "positivismo" reprochado a esos historiadores, positivismo que se tiñe de utilitarismo cuando, en lugar de hacer historia total, reducen el trabajo histórico a lo que les parece que puede "servir a la acción".

Marc Bloch defiende entonces, con energía, la especificidad, la aparente inutilidad de un esfuerzo intelectual desinteresado. En la disciplina histórica encuentra una tendencia propia del hombre en general: la historia es también, en ese sentido, una ciencia humana: "Sería infligir a la humanidad una extraña mutilación si se le negase el derecho de buscar, fuera de toda preocupación de bienestar, cómo sosegar su hambre intelectual".

Aparecen aquí dos palabras claves para comprender el temperamento de historiador de Marc Bloch. "Mutilación": Marc Bloch rechaza una historia que mutilaría al hombre (la verdadera historia se interesa en el hombre íntegro, con su cuerpo, su sensibilidad, su mentalidad y no solamente sus ideas y sus actos) y que mutilaría a la historia misma, que es un esfuerzo total por captar al hombre en la sociedad y en el tiempo. "Hambre": el término evoca ya la frase célebre inscrita desde el primer capítulo del libro: "El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa". Marc Bloch es un hambriento, un hambriento de historia, un hambriento de hombres en la historia. El historiador debe tener apetito. Es un devorador de hombres. Marc Bloch me hace pensar en aquel teólogo parisiense de la segunda mitad del siglo xvii, el cual era devorador de libros, en los que buscaba la vida y la historia, Petrus Comestor, Pierre el Devorador.

Aunque no sea "positivista", la historia no deja de ser para Marc Bloch una ciencia, y uno de sus afanes más notables en este libro es el constante apelar a las ciencias matemáticas, a las ciencias de la naturaleza, a las ciencias de la vida. No con objeto de tomar de ellas recetas para la historia. Marc Bloch recurría a la estadística (de empleo limitado para un medievalista), y perteneció al periodo anterior a la historia cuantitativa. Mas para indicar la unidad del campo del saber, aun si la historia ya ha conquistado su autonomía como paradigma, "no sentimos ya la obligación de tratar de

imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado de las ciencias de la naturaleza física". Sin embargo, una misma condición identifica a las verdaderas ciencias: "Las únicas ciencias auténticas son las que logran establecer entre los fenómenos unos nexos explicativos". Por tanto, la historia, para ocupar un lugar entre las ciencias, debe proponer "en lugar de una simple enumeración [...], una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva".

Marc Bloch no le pide a la historia definir leyes falsas, que la intrusión incesante del azar hace imposibles. Pero sólo la concibe válida si está penetrada por lo racional y lo inteligible, lo que sitúa su cientificidad no del lado de la naturaleza, de su objeto, sino del trámite y del método del historiador.

La historia debe volver a colocarse, por tanto, en una situación doble: "el punto" que, como "cada disciplina", "momentáneamente ha alcanzado la curva de su desarrollo", curva "siempre un poco irregular", pues Marc Bloch recusa un evolucionismo primario, y "el momento del pensamiento" general al que los historiadores, en cada época "se apegan", "la atmósfera mental" de una época, no muy alejada en el fondo del *Zeitgeist,* del "espíritu de la época" de todo un linaje de historiadores alemanes.

Pero en esta marcha hacia la inteligibilidad, la historia ocupa un lugar original entre las disciplinas del saber humano. Como la mayoría de las ciencias (pero aún más que ellas, pues el tiempo forma parte integrante de su objeto), es "una ciencia en marcha". Y para que siga siendo ciencia, la historia, más que ninguna otra, debe avanzar, progresar; no le es posible detenerse.

El historiador no puede permanecer sentado, ser un burócrata de la historia: debe ser un caminante, fiel a su deber de exploración y de aventura. Pues una segunda característica de la historia sobre la cual los historiadores no han meditado lo bastante sobre la lección de Marc Bloch, es que la historia "también es una ciencia en la infancia". Durante largo tiempo no hizo más que balbucear, en una prehistoria que va de Heródoto a dom Mabillon, del que Marc Bloch dirá más adelante que "1681, año de la publicación del *De re diplomática* [es] una gran fecha [...] en la historia humana", pues esta obra "funda definitivamente la crítica de los documentos de archivos". Todavía debemos reflexionar sobre esta juventud de la historia, que sólo se volverá materia de enseñanza en el siglo XIX,

siglo fundador de la historia todavía vacilante entre el arte literario y el saber científico. Lección de humildad para el historiador, pero también de fe y de esperanza. Para la historia, apenas se levanta el viento del saber. Está en el alba del conocimiento histórico. Y allí seguimos estando.

Algunos historiadores, antes de Marc Bloch y todavía en su época, se resignaron a no ver en la historia más que "una especie de juego estético", y ciertos especialistas en ciencias sociales han "tomado el partido de dejar finalmente fuera de todos los alcances de este conocimiento de los hombres a muchas realidades muy humanas, pero que les parecen desesperadamente rebeldes a un saber racional". Aquí hay que leer atentamente a Marc Bloch: "Ese residuo era lo que, desdeñosamente, llamaban *el acontecimiento,*[1] y también era una buena parte de la vida más íntimamente *individual"*.[2] ¿A quién apunta esto? "La escuela sociológica fundada por Durkheim." Vemos aquí revelada, casi desde el principio, la importancia excepcional que para Marc Bloch y para los primeros *Annales* tuvo la sociología de Durkheim. Repite aquí su deuda para con él. Especialmente, le debe haber aprendido "a pensar [...] menos baratamente". Tal es una de sus preocupaciones esenciales: pensar la historia, pensar su investigación, pensar su obra, y no pensar en pequeño, en pobre, en mezquino. Rechaza toda práctica y todo método reductor de la historia. Pero, asimismo (y esto fue una constante en su reflexión metodológica), tiene cuidado de no confundir historia y sociología; rechaza la "rigidez de los principios"; en otra parte mencionará la indiferencia al tiempo de Durkheim y de sus discípulos.

La influencia de Durkheim sobre Marc Bloch y los primeros *Annales* deberá ser objeto de una investigación atenta, pues los marcó profundamente, pero también habrá que notar que Marc Bloch siempre se resistió a los encantos de la sociología y, para empezar, de la sociología durkheimiana. Dialogar con la sociología, sí; la historia necesita de esos intercambios con las otras ciencias humanas y sociales. Confundir historia y sociología, no. Marc Bloch es historiador, y quiere seguir siéndolo. Renovar la historia, sí, en particular al contacto de esas ciencias; sumergirla en ellas, no.

---

[1] Las cursivas son mías.

[2] Las cursivas son mías.

Una lectura atenta de la frase que acabo de citar sobre el acontecimiento y sobre lo individual habría permitido a los historiógrafos de Marc Bloch y de los *Annales* evitar ciertos errores de interpretación. El acontecimiento que rechaza Marc Bloch es el de esos sociólogos que lo convierten en un residuo despreciable. Pero, en todo caso, Bloch no rechaza el acontecimiento (Lucien Febvre tal vez haya tenido a este respecto palabras menos prudentes). ¿Cómo podría una historia total prescindir de acontecimientos? Eso que hoy se llama, siguiendo a Pierre Nora, "el retorno del acontecimiento", se sitúa en el hilo de la concepción de Marc Bloch.

Asimismo, Marc Bloch, si pone más atención a lo colectivo que a lo individual, no por ello deja de hacer del individuo uno de los polos de interés de la historia. Dice de la investigación histórica "que debe volverse de preferencia hacia *el individuo*[3] o hacia la sociedad" y critica la definición de la historia de Fustel de Coulanges, a quien, sin embargo, admiraba (el "maestro", junto con Michelet, que él reconoce): "El hombre es la ciencia de las sociedades humanas", observando que "tal vez sea reducir en exceso, en la historia, la parte del individuo". Por último y sobre todo una parte importante del capítulo V, que se quedó inconclusa y sin título definitivo, iba a ser consagrada al individuo.

Después de hacer rabiar a Paul Valéry, a quien más adelante reprochará su desconocimiento sobre lo que es la verdadera historia y justificar la ignorancia, declarando que la historia es "el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto", define su concepción de la historia y el objeto de su libro.

La historia que él y sus amigos historiadores desean es una "historia a la vez ensanchada y llevada a la profundidad". A la historia estrecha y superficial de los historiadores "positivistas", Marc Bloch opone este afán de ensanchamiento y de profundización del dominio de la historia. Hacer algo grande y profundo es lo esencial del movimiento que, aún hoy, sigue animando a los historiadores inspirados por el espíritu de los *Annales*. "Nuevos problemas, nuevos enfoques, nuevos objetos": tal es el triple ensanchamiento que en 1974, siguiendo

---

[3] Las cursivas son mías.

a Marc Bloch, pedimos Pierre Nora y yo a un grupo de historiadores en la colección *Faire de l'histoire*. Todavía se puede ir más a fondo, pues si las investigaciones sobre las mentalidades y las sensibilidades han esbozado este descenso de los historiadores a las profundidades de la historia, aún queda mucho por hacer. El psicoanálisis prudentemente evocado por Marc Bloch, aquí y allá, en este libro y en La *Société féodale* no penetró verdaderamente en la reflexión de los historiadores. Un Alphonse Dupront, recién desaparecido, "historiador de las profundidades", cuya obra aún en parte inédita se sitúa en los márgenes de la influencia de Marc Bloch y de los *Annales,* sigue relativamente aislado, y las tentativas de historia psicoanalítica de Alain Besançon y de Michel de Certeau, a quien los *Annales* de los años setenta habían abierto su tribuna, se quedaron sin posteridad. La psicohistoria estadunidense, pese a la apertura de pistas interesantes, no ha logrado imponerse.

En cuanto a los designios del libro, la defensa y la ilustración de la ciencia histórica se sitúan sobre todo al nivel del oficio: "Decir cómo y por qué un historiador practica su oficio", redactar "el momento de un artesano", "el cuaderno de un compañero". De la erudición del siglo xiv dirá más adelante, elogiándola: por ella "el historiador fue devuelto a su banco de trabajo". Historiador del mundo rural, bajo la pluma de quien brotan fácilmente las referencias y las metáforas de la vida agraria, también compara al buen historiador con el "buen labrador", según Péguy, que "ama la labor y la siembra tanto como la cosecha". Frase aún más pascaliana, de un cazador, de un buscador, que prefiere la búsqueda a la presa.

Dos confidencias vienen a completar esta introducción. En una de ellas, Marc Bloch reconoce no tener una cabeza filosófica. Ve allí humildemente una "laguna de su primera formación". Nosotros podemos ver allí, también y sobre todo, un rasgo tradicional de los historiadores franceses. En su mayor parte no tienen —¿prudencia o defecto?— gusto por la filosofía en general y por la filosofía de la historia en particular. Este libro es un tratado de método, no un ensayo de filosofía histórica.

Pero Marc Bloch, que no detesta nada tanto como la pereza y la pasividad de espíritu, no quiere limitarse a decir lo que es la historia y cómo se hace y se escribe: "Hay [en mi libro], lo confieso, una parte de programa". Es una introducción y una guía para la

historia que está por hacerse.

Haré completamente míos los comentarios de Lucien Febvre, evidentemente más autorizados que los míos: "Hay que lamentar profundamente la ausencia de notas más precisas y más detalladas de Bloch sobre [las] últimas partes de su libro. Se hubiesen contado entre las más originales", pero me contentaré ahora con señalar lo que me parece más importante en el cuerpo del libro.

Para empezar, la definición de la historia.

La historia es investigación y, por tanto, elección. Su objeto no es el pasado: "La idea misma de que el pasado, en tanto tal, pueda ser objeto de ciencia, es absurda." Su objeto es "el hombre" o mejor dicho "los hombres" y más precisamente "hombres en el tiempo".

Agrupo aquí los pasajes más importantes, a mi entender, sobre ese tiempo de la historia al que Marc Bloch había pensado inicialmente consagrar un capítulo particular. El tiempo es el medio y la materia concreta de la historia: "Realidad concreta y viva, entregada a la irreversibilidad de su impulso, el tiempo de la historia [...] es el plasma mismo donde están sumergidos los fenómenos y es como el lugar de su inteligibilidad", (p. 58) El tiempo de la historia oscila entre lo que Fernand Braudel llamará "la larga duración" y esta cristalización que Marc Bloch prefiere llamar el "momento" más que el acontecimiento y donde él coloca como mediadora la "toma de conciencia": "El historiador nunca sale del tiempo [...] en él considera a veces las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan, de un extremo *a* otro, la duración, y a veces el momento humano en que esas corrientes se juntan en el poderoso nudo de las conciencias", (p. 151). Cualesquiera que sean los progresos de una unificación de la medida del tiempo, el tiempo de la historia se libra de toda uniformidad: "El tiempo humano [...] siempre permanecerá rebelde a la implacable uniformidad, así como a la rígida división del tiempo del reloj. Necesita compases acordes con la variabilidad de su ritmo y que a menudo acepten por límites no conocer sino zonas marginales porque la realidad así lo quiere. Sólo a costa de esta plasticidad la historia puede esperar adaptar, según palabras de Bergson, sus clasificaciones a las 'líneas mismas de la realidad': lo que es, propiamente, el fin último de toda ciencia", (p. 173).

Notemos de paso la referencia a Bergson. El pensamiento de Marc Bloch es convergente con el de Bergson, filosofía de la duración y de la fluidez del pensamiento y de la vida.[4]

Esta concepción del tiempo implica renunciar al "ídolo de los orígenes" a "la obsesión embriogénica", a la perezosa ilusión de que "los orígenes son un comienzo que explica", a la confusión entre "filiación" y "explicación". Y Marc Bloch explica aquí —hecho esencial para la historia dé Europa y del Occidente— que "el cristianismo [...] es por esencia una religión histórica", lo cual le permite anudar lo que demasiado a menudo se separa en la realidad histórica: "Una plétora de rasgos convergentes, sean de estructura social, sean de mentalidad".

La historia, ciencia del tiempo y del cambio, plantea a cada instante problemas delicados al historiador; así, por ejemplo, para su "gran desesperación [...] los hombres no tienen el hábito, cada vez que cambian de costumbres, de cambiar de vocabulario".

Una vez enviada al cementerio de los viejos caprichos la pregunta, en adelante ociosa: la historia "¿es 'ciencia' o 'arte'?", el medievalista Bloch enfoca lo esencial. Ya de entrada, notar el presente, que él prefiere llamar "lo actual" definiendo lo que hoy se ha nombrado "la aceleración de la historia", da un ejemplo concreto de ésta cuya formulación esboza a la vez un problema y una vía de investigación explicativa: "Desde Leibniz, desde Michelet se produjo un hecho importante: las revoluciones sucesivas de las técnicas ampliaron de manera desproporcionada el intervalo psicológico entre las generaciones". Después, considerar "el presente humano" como "perfectamente susceptible de conocimiento científico" y no reservar su estudio a unas disciplinas "bien distintas" de la historia: sociología, economía, periodismo ("publicistas", dice Marc Bloch), sino, en cambio, anclarlo en la historia misma. De allí los límites y la impotencia de los historiadores friolentos que tienen miedo al presente, los que "desean evitar a la casta Clío unos contactos demasiado quemantes", aquellos a los que llama "anticuarios", encerrados en una concepción del puro pasado de la historia, o los eruditos, incapaces de pasar de la recabación de los datos a la explicación histórica, lo que no es descalificar, sino, al contrario, la erudición que todo historiador debe

---

[4] *L'Evolution créatrice* es de 1907; *Durée et simultanéité,* de 1922; *La Pensée et le Mouvant,* de 1934.

practicar, pero en la cual no debe encerrarse. Pero "el erudito a quien no le gusta mirar a su alrededor los hombres, ni las cosas, ni los acontecimientos [...] haría bien en renunciar al [nombre] de historiador".

El presente bien precisado y definido comienza el proceso fundamental del oficio de historiador: "comprender el presente por el pasado" y, correlativamente, "comprender el pasado por el presente".

La elaboración y la práctica de "un método prudentemente regresivo" es uno de los legados esenciales de Marc Bloch, y esta herencia ha sido, hasta hoy, muy insuficientemente recogida y explotada. La "facultad para aprehender lo vivo [...] es la principal calidad del historiador", y no se adquiere ni se ejerce sino "por un contacto permanente con el presente". La historia del historiador comienza por hacerse "hacia atrás".

Entonces el historiador podrá captar su presa, el "cambio", entregarse eficazmente al comparativismo histórico y emprender "la única historia verdadera [...] la historia universal". Por mi parte, yo preferiría decir, como Michel Foucault, la historia general. Y de allí surgen tres afirmaciones que son otras tantas exhortaciones.

"La ignorancia del pasado no se limita a dañar el conocimiento del presente sino que compromete, en el presente, la acción misma" constituye la primera. Más allá del historiador, Marc Bloch se dirige a todos los miembros de la sociedad y, para empezar, a quienes pretenden guiarla. No parece haber sido bien escuchada hasta hoy.

La segunda es que "también el hombre ha cambiado mucho: en su espíritu y, sin duda, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo. Su atmósfera mental se ha transformado profundamente y no menos su higiene y su alimentación". Por ello es legítimo el estudio de las mentalidades como objeto de la historia, pero también el llamado, siempre actual, a estudiar la historia del cuerpo, a seguir lo que Marc Bloch llama, en otra parte, "las aventuras del cuerpo". Pero añade Marc Bloch: "Sin embargo, es necesario que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente, sin el cual los nombres mismos de hombre y de sociedad no querrían decir nada". ¿Cómo expresar mejor la legitimidad y la necesidad misma de una antropología

histórica, que hoy hace progresos pese a las burlas de los tradicionalistas?

Por último, esta historia grande, profunda, larga, abierta, comparativa no puede ser realizada por un historiador aislado: "La vida es demasiado breve". "En aislamiento, ningún especialista comprenderá nada sino a medias, así fuera de su propio campo de estudio." La historia "no puede hacerse sino con ayuda mutua". El oficio de historiador se ejerce en una combinación de trabajo individual y de trabajo por equipo. El movimiento de la historia y de la historiografía ha obligado a una mayoría de historiadores a salir de su torre de marfil.

Así limitado, sin otras fronteras que las del hombre y del tiempo, su dominio y su avance, el historiador puede sentarse ante su banco de trabajo. Su primera obra será "la observación histórica" (capítulo II). No debe ignorar "la inmensa masa de los testimonios no escritos", en particular los de la arqueología. Así, debe dejar de estar "en el orden documental obsesionado por el relato, tanto como en el orden de los hechos por el acontecimiento". Pero también debe resignarse a no poder conocerlo todo del pasado, a utilizar "un conocimiento por huellas", a recurrir a procedimientos de "reconstrucción", de los que "todas las ciencias ofrecen múltiples ejemplos". Pero si "el pasado es, por definición, un dato que nada modificará ya [...], el conocimiento del pasado es una cosa en progreso que sin cesar se transforma y se perfecciona". Sobre un punto muy importante, el conocimiento de las mentalidades individuales, los historiadores de los periodos antiguos, incluso de la Edad Media, se encuentran desarmados, pues no poseen "ni cartas privadas ni confesiones" y su tiempo nos ha legado, a lo sumo, "malas biografías en un estilo convenido". De allí resulta que "toda una parte de nuestra historia afecta necesariamente el vuelo, un poco exangüe, de un mundo sin individuo".

Hay que escuchar al siempre probo Marc Bloch aconsejar al historiador saber decir "no lo sé, no puedo saberlo"; pero yo creo que en ese punto es un poco pesimista. Los historiadores de las épocas remotas, y especialmente de la Edad Media, intentan hoy escribir biografías de acuerdo con métodos rigurosos pero más refinados, de reconstitución de las vidas, al menos de los hombres ilustres del pasado, y la historia del individuo en esos tiempos antiguos debiera beneficiarse con las investigaciones actuales

relacionadas con el "retorno del sujeto" en filosofía y en ciencias sociales, retorno que no deja indiferentes a los historiadores.

Por otra parte, en su búsqueda de testimonios, el medievalista, según Marc Bloch, deberá interrogar, por ejemplo, las vidas de los santos, que le resultarán "de un valor inestimable" en cuanto a los informes que nos aportan "sobre los modos de vivir o de pensar (título de un capítulo memorable de *La Société féodale)* particulares de las épocas en que fueron escritas". Pero al hacerlo no deberá olvidar, como demasiados medievalistas, incluso después de Marc Bloch, que se trata de "cosas que la hagiografía no tenía el menor deseo de exponernos".

Lo esencial es ver bien que los documentos, los testimonios "no hablen sino cuando se les sabe interrogar [...]; toda investigación histórica presupone, desde sus primeros pasos, que la investigación tiene ya una dirección". Aquí es neta la oposición con las concepciones de los historiadores llamados "positivistas", pero aquí Marc Bloch se une a un célebre matemático, Henri Poincaré, quien había reflexionado sobre sus prácticas científicas y sobre las de sus colegas y mostrado que todo descubrimiento científico se produce a partir de una hipótesis previa. Había publicado, en 1902, *La Science et l'Hypothése.*

Otra ilusión de ciertos eruditos: "Imaginar que a cada problema histórico responde un tipo de documento, especializado en este empleo". La historia sólo se hace recurriendo a una multiplicidad de documentos y, por consiguiente, de técnicas: "Pocas ciencias, creo yo, se ven obligadas a emplear simultáneamente tantos útiles disímbolos. Y es que los hechos humanos son complejos entre todos. Y es que el hombre se coloca en el punto extremo de la naturaleza". Y de allí esta opinión: "Es bueno, a mi parecer, es indispensable que el historiador posea al menos un barniz de todas las principales técnicas de su oficio". Vemos aquí cómo Marc Bloch va más lejos en la concepción de las "ciencias auxiliares de la historia" que la mayoría de los historiadores tradicionales. Su empleo no debe hacerse en una fragmentación de especializaciones. Aquí, una vez más, es necesario recurrir de manera global y total a las técnicas de recabación y de tratamiento de los documentos.

Pero, ¿cómo organizar la conducta y la explotación de esta observación histórica? Mediante el establecimiento de guías técnicas, de inventarios, de catálogos y de repertorios, y aquí Marc

Bloch se encuentra con el gran trabajo de erudición realizado desde Cange y dom Mabillon (para los medievalistas), la gran labor del siglo XIX; pero a todo este aparato técnico no le asigna simplemente el papel pasivo de un tesoro que debe explotarse; le asigna la función de un vivero al servicio de las preguntas que habrá que hacer a los documentos y a la historia.

Marc Bloch también está atento a la transmisión de los testimonios, a los encuentros entre historiadores (él mismo y Lucien Febvre fueron asiduos de los grandes congresos internacionales de las ciencias históricas durante los años veinte y treinta), a los "intercambios de información", a todo lo que hoy llamaríamos la *comunicación* en historia. Pero va más lejos.

Marc Bloch desea, ante todo, un acuerdo de la comunidad histórica para definir "previamente y por acuerdo común, algunos grandes problemas dominantes" y llegando más allá, espera que "las sociedades consentirán, por fin, en organizar racionalmente, con su memoria, su conocimiento de ellas mismas".

Nos encontramos aquí en plena actualidad. ¿Qué objeto suscita hoy más la investigación y la reflexión de los historiadores, en colaboración con otros especialistas de las ciencias humanas y sociales, que la investigación de la memoria colectiva, base de la busca de la identidad? Marc Bloch hacía eco aquí, sin duda, a los trabajos de su colega sociólogo de Estrasburgo, Maurice Halbwachs, cuyo *Les Cadres sociaux de la mémoire* había aparecido en 1925.

Veamos otro deseo que aún no se ha satisfecho por completo: el relato por el historiador de los problemas y de la historia de su investigación: Todo libro de historia digno de ese nombre debiera incluir un capítulo o, si se prefiere, insertar en los puntos claves del desarrollo una sucesión de párrafos que se titularían, poco más o menos: '¿Cómo puedo saber lo que voy a decir?' Estoy convencido de que al conocer estas confesiones, hasta los lectores que no son historiadores sentirían un verdadero placer intelectual. El espectáculo de la investigación, con sus éxitos y sus trabas, rara vez aburre. La totalidad ya acabada es la que difunde frialdad y tedio.

¡Qué modernidad de tono y de ideas!

Después de la observación, "la crítica" (capítulo III). Marc Bloch esboza allí la historia y designa el momento decisivo, el siglo xvii: "La doctrina de investigaciones no se elaboró sino en el siglo xvii, cuya grandeza, en particular la de su segunda mitad, no

siempre se aprecia tal y como se debiera". He aquí las fechas de nacimiento de los tres grandes nombres de la crítica histórica: el jesuita Papebroeck, fundador de la hagiografía científica y de la congregación de los volantistas, nacido en 1628; dom Mabillon, el benedictino de Saint-Maur, fundador de la diplomática, nacido en 1632; Richard Simón, el oratoriano que señala los comienzos de la exégesis bíblica crítica, nacido en 1638. Y detrás de ellos (pues Marc Bloch siempre tiene cuidado de situar la historia en un momento del pensamiento) dos grandes filósofos, Spinoza, nacido en 1632, y Descartes, cuyo *Discurso del método* aparece en 1637.

Pero la crítica histórica se enreda en una erudición rutinaria que se priva "de esa sorpresa siempre renovada que sólo produce la lucha con el documento". Tengo interés en citar esas frases que muestran que para Marc Bloch el oficio de historiador es una fuente de placer. Marc Bloch fustiga a la vez "el esoterismo poco atractivo" (¡qué dicha leer, lo repito, lejos de toda jerga, el estilo sencillo y límpido de la *Apología para la historia!),* "el triste manual" y "los señuelos de una prentendida historia tristemente ilustrada por Maurras, Bainville o Plekánov". Marc Bloch encuentra entonces sus acentos más tiernos para hablar de "nuestras humildes notas, nuestras pequeñas referencias a tanteos".

Marc Bloch se explaya largamente sobre un problema que le llega al corazón, el de "perseguir la mentira y el error" del que tuvo experiencia no sólo en su trabajo de historiador, sino también en su vida de hombre y de soldado, a través de las falsas noticias de la Gran Guerra. Experiencia que lo marcó hasta el punto —como lo hemos notado Cario Ginzburg y yo—[5] de haber influido sobre su investigación de los *Reyes taumaturgos,* beneficiarios de la credulidad popular que durante siglos consideró que los reyes de Francia y de Inglaterra tenían el poder de curar a los escrofulosos. Marc Bloch enumera entonces minuciosamente las condiciones históricas de los tipos de sociedades sujetas, como la del Occidente medieval, a creer no lo que se veía en realidad sino lo que, en cierta época, "se consideraba natural ver".

Y saluda el nacimiento de una disciplina "casi nueva": la psicología de los testimonios (la reflexión de Marc Bloch está centrada

[5] En el prefacio a la traducción italiana de los *Rois thaumaturges* (1973) y en la tercera edición francesa (1983).

sin cesar en las posibilidades que la psicología puede ofrecer al historiador), disciplina que ha desarrollado y que especialmente ha inspirado un gran coloquio recién celebrado en Munich y una importante publicación sobre "Las falsificaciones de la Edad Media" *(Falschungen im Mittelalter).*

Marc Bloch desarrolla "un intento de una lógica del método crítico" que le permite volver a colocar, con características propias, la historia en el conjunto "de las ciencias de la realidad": "Limitando su parte de seguridad a sopesar lo probable y lo improbable, la crítica histórica no se distingue de la mayor parte de las otras ciencias de la realidad sino por un escalonamiento de los grados, sin duda más matizado".

Así, siempre sensible a la unidad del saber, Marc Bloch puede proclamar que "el advenimiento de un método racional de crítica, aplicado al testimonio humano" fue "una ganancia inmensa [...] no sólo para el conocimiento histórico, sino para el conocimiento a secas".

El capítulo comienza con "horizontes mucho más vastos: la historia tiene el derecho de contar entre sus glorias más indiscutibles el haber elaborado su técnica, el haber abierto a los hombres un nuevo camino hacia la verdad y, por consiguiente, hacia lo justo".

Marc Bloch, quien detesta a los historiadores que "juzgan" en lugar de comprender, no arraiga menos profundamente la historia en la verdad y la moral. La ciencia histórica remata en la ética. La historia debe ser verdad; el historiador se realiza como moralista, como hombre justo. Nuestra época, en desesperada busca de una ética nueva, debe admitir al historiador entre esos investigadores de la verdad y de lo justo, no fuera del tiempo, sino en el tiempo.

Así, comprender y no juzgar. Tal es la meta del "análisis histórico" en el cual comienza el verdadero trabajo del historiador después de los trámites previos de la observación y de la crítica histórica (capítulo iv). Marc Bloch, siempre cuidadoso de evitar toda pereza del espíritu, precisa que "comprender no es una actitud de pasividad". El historiador "elige y expurga", "ordena racionalmente una materia" cuya recepción pasiva "sólo conducirá a negar el tiempo y, por tanto, la historia misma". Está perfectamente reafirmado el nexo entre

ordenamiento racional, tiempo e historia. Mejor, aún, este trámite racional se identifica con el orden del tiempo[6] y con la naturaleza de la historia.

Este análisis debe dedicarse particularmente a precisar las "relaciones comunes a un gran número de fenómenos sociales", "las constantes interpretaciones" sin olvidar las "separaciones" que confieren a "la vida social [...] su ritmo casi siempre sacudido" y, abriendo la vía a un Paul Veyne o a un Michel Foucault que tratan de definir "estilos" en la historia, Marc Bloch propone la tonalidad que, por ejemplo, puede caracterizar "la actitud mental de un grupo". Sensible a esta trama, a esta rapsodia de la historia, Marc Bloch detecta bien esta falta de autonomía de las historias particulares y, más específicamente, de la historia económica. Ello puede decirse en especial de la Edad Media que no tenía un concepto de la economía y que no se contentó "con hacer coexistir lo religioso con lo económico" sino que los "entrelazó". Marc Bloch señalaba así lo que el economista Karl Polanyi (muerto en 1964) llamaría la economía "encastrada" (en la religión de la moral o la política) en las sociedades arcaicas y antiguas.

Aquí hay que leer bien a Marc Bloch, pues los guardianes celosos de su memoria, tanto más celosos cuanto que no son sus verdaderos discípulos, gritan: "¡traición!" cuando un historiador que se declara descendiente de los *Annales,* en lugar de la historia "global" o "total" separa en la historia a un objeto particular. Ahora bien, Marc Bloch escribió: "No hay nada más legítimo, nada frecuentemente más saludable que centrar el estudio de una sociedad en uno de sus aspectos particulares o, mejor aún, en uno de los problemas precisos que plantea tal o cual de esos aspectos: creencia, economía, estructura de las clases o de los grupos, crisis políticas".[7]

Un aspecto importante del análisis histórico es el del vocabulario, de la terminología, de la "nomenclatura". Marc Bloch ha demostrado bien cómo el historiador debe llevar a cabo su análisis con ayuda de un doble lenguaje, el de la época que estudia, que

---

[6] Estoy pensando en el bello libro de Kryszysztof Pomian, *L'Ordre du temps,* 1989.

[7] Esos problemas se ordenan en torno de lo que Pierre Toubert y yo hemos llamado objetos "globalizantes" de historia. Véase "Une histoire totale du Moyen Age est-elle possible?", *Actes du 100e Congres national des sociétés savantes,* París, 1975.

le permite evitar el anacronismo, pero también el del aparato verbal y conceptual de la disciplina histórica actual: "Estimar que la nomenclatura de los documentos pueda bastar por completo a fijar la nuestra equivaldría, en suma, a reconocer que nos aportan el análisis ya hecho". Volvemos a ver allí la sana fobia de la pasividad. Pero el historiador, si no tiene el fetichismo de la etimología ("una palabra vale mucho menos por su etimología que por el uso que se le da"), se consagrará al estudio de los sentidos, a la "semántica histórica", cuyo renacimiento actual debemos desear. Y se resignará a que unos términos mal elegidos, pasados por todas las salsas, vacíos de sentido por la historia, sigan formando parte de su vocabulario: ejemplos, "feudalidad", "capitalismo", "Edad Media". Y dichos conceptos siquiera tienen el mérito de desembarazar a la historia de una clasificación por "hegemonías de naturaleza diplomática y militar". Marc Bloch nos recuerda que Voltaire había hecho oír su protesta: "Parece ser que, desde hace mil cuatrocientos años, no hubo en las Galias más que reyes, ministros y generales".

El tiempo de la historia por reinados está casi realizado, pero el de la tiranía abusiva de los siglos —divisiones artificiales, si las hay— continúa, y ¿cómo liberarnos de "feudalidad", de "capitalismo" y de "Edad Media"?

Aquí hay que volver a la idea central de ese capítulo, la de las imbricaciones de los componentes de las sociedades humanas sumergidas en la historia: "hemos reconocido que, en una sociedad, cualquiera que sea, todo se liga y se manda mutuamente: la estructura política y social, la economía, las creencias, las manifestaciones más elementales, así como las más sutiles de la mentalidad". Y aquí, Marc Bloch se quita el sombrero ante uno de los grandes antepasados de la historia nueva, Guizot, quien habló de un complejo "en el sentido del cual todos los elementos de la vida del pueblo, todas las fuerzas de su existencia vienen a reunirse". A ese complejo, "¿cómo llamarlo?" Marc Bloch arriesga una palabra (y una idea), cuya historia ya fue escrita por Lucien Febvre: "civilización". No negaré su interés, pero debo comprobar, no sin lamentarlo, que hoy se encuentra casi limitada a la lengua y a la civilización francesas. En otras partes triunfa la "cultura" que no es lo mismo y no se sitúa en el mismo nivel de calidad. Señal de los tiempos, sin duda, que condenan la civilización por su elitismo y la rechazan para la masa de la cultura, invadiendo

un ámbito histórico al que hace menos humano y más material. El combate de Fernand Braudel que deseaba sustituir "cultura material" por "civilización material" también parece perdido. ¿Habrá que resignarse a esta inhumanidad?

Marc Bloch no pudo terminar —su trabajo fue interrumpido por la participación activa en la Resistencia, y el hilo de su vida fue cortado por las balas del pelotón enemigo en 1944— el capítulo V que habría sido, sin duda, el de la "explicación en la historia". Sólo redactó el comienzo sobre "la noción de causa". Marc Bloch nos da, aún allí, algunos mensajes de gran importancia.

Para empezar una nueva protesta contra el "positivismo" que "ha pretendido eliminar de la ciencia la idea de causa", pero también la condena de la tentativa de reducción del problema de las causas en la historia a un problema de motivos y el rechazo de la "trivial psicología". Rechazo en que debemos meditar, pues por el camino real, demasiado real de las mentalidades, se ha lanzado la corriente de una vulgar psicología.

Luego, la designación de un nuevo ídolo que se debe expulsar de la problemática del historiador: "la superstición de la causa única". La condena es sin apelación: "prejuicio del sentido común, postulado de lógico, tic de magistrado instructor, el monismo de la causa no sería más que una carga para la explicación histórica". La vida y, por tanto, la historia son múltiples en sus estructuras, en sus causas.

Marc Bloch señala, al respecto, otro "error": "aquel en que se inspiraba el seudodeterminismo geográfico, hoy definitivamente arruinado". Y añade: "El desierto, diga lo que dijere Renán, no necesariamente es monoteísta". No estoy seguro de que ese cadáver haya dejado de moverse. Hace poco tiempo, buenas gentes aún se maravillaban de las lucubraciones (de las que se sabe además, hoy, que no estaban exentas de todo relente fascista) de un André Siegfried, cuya geografía electoral fantasmagórica de Francia parecía llena de seducciones. No, el granito no vota.

Llega ahora el doloroso momento en que la frase queda inconclusa, en que la página queda inexorablemente blanca... Pero el fin es bello: "Para decirlo todo en una palabra, las causas, en historia más que en otras partes, no se postulan. Se buscan". El libro interrumpido termina con una frase de hombre de oficio, de investigador, pero también con una tonalidad pascaliana.

Se dice comúnmente hoy —sobre todo entre quienes no los quieren— que Marc Bloch y los *Annales* triunfaron y que su concepción de la historia conquistó la ciencia histórica; pero ése es un pretexto para relegar su lección y su ejemplo al museo de las antigüedades historiográficas. Esta afirmación errónea o maliciosa oculta dos verdades.

La primera es que si Marc Bloch y los *Annales* ejercieron una influencia decisiva sobre la renovación de la historia, esa renovación ha sido limitada, especialmente en aspectos esenciales de sus orientaciones, como la concepción de la historia-problema o la historia interdisciplinaria.

La segunda es que un libro como éste conserva actualmente gran parte de su novedad, de su necesidad, y que debe recuperar su eficacia.

Sobre la complejidad del tiempo histórico, sobre la necesidad de la explicación histórica, sobre la naturaleza de la historia del presente, sobre las relaciones entre presente y pasado, sobre "el ídolo de los orígenes", sobre la noción de "causa" en historia, sobre la naturaleza y la construcción del hecho histórico, sobre la función de la toma de conciencia, el tratamiento del "azar" y las formas de la mentira y del error en historia, sobre el discurso histórico, sobre las maneras legítimas de hacer historia, sobre la definición de una necesaria investigación de la "verdad" histórica (so pretexto de no dejarse engañar por la artificialidad de la historia, la que comparte con todas las ciencias, pues no hay saber sino a ese precio, se ha querido negar la existencia de una verdad histórica para entregarse a una práctica pretendidamente nietzscheana de un juego histórico con reglas arbitrarias), sobre la obligación de una ética de la historia y del historiador, hay que volver a partir de este libro. Y si Marc Bloch guardó su secreto sobre su concepción de la actitud del historiador frente al futuro, nos legó ese problema como herencia imperativa.

Entonces, ¿un retorno a Marc Bloch? Sin duda alguna será uno de los más fecundos, entre otros que a menudo no son sino modas que ocultan mal un retorno a una prehistoria historiográfica. Pero evidentemente, escuchando aún el consejo de Marc Bloch: "Permaneceré, pues, fiel a sus lecciones criticándolas, allí donde lo juzgaré útil, muy libremente, como deseo que un día mis discí-

pulos, a su vez, me critiquen". En efecto, este libro no es un punto de llegada, sino un punto de partida.

¿Qué pueden pensar hoy de esta obra un historiador, un docente de la historia, un estudiante, un aficionado a la historia? (y toda mujer, todo hombre, deben ser, en el espíritu de Marc Bloch, aficionados y tal vez amantes de la historia).

Para empezar, es la obra de un hombre de gran inteligencia y sensibilidad, hombre y ciudadano tanto como profesor e historiador, orgulloso de la certidumbre pero consciente de la juventud incierta de la ciencia histórica, cargado de una erudición grande y profunda, pero dispuesto a las aventuras intelectuales, con sed de saber, de comprensión y de explicación. También es obra de un historiador nacido en 1886, formado en el seno de una familia universitaria judía y partidaria de Dreyfus, insatisfecha de la estrechez y de la superficialidad, de la concepción, de la práctica y de la enseñanza de la historia en la Francia de comienzos del siglo xx y que, por medio de su encuentro con Lucien Febvre, se convirtió en uno de los grandes protagonistas de la renovación de la historia entre las dos guerras, por su obra, su enseñanza y la influencia de los *Annales* de los que, como lo hemos dicho, fue cofundador. Un hijo espiritual de Michelet y de Fustel de Coulanges, que también recogió lo mejor de la historiografía europea a finales del siglo XIX y a comienzos del siglo xx, un lector de Marx, de Durkheim y de Simiand, siempre dispuesto a escuchar aquellos de sus mensajes que profundizan y confortan la historia, a resistir, asimismo, a aquello que en dichos análisis elimina el tiempo real de la historia y los hombres concretos que la sufren pero que también son sus protagonistas, incluso los actores anónimos de las profundidades. Como él se habría definido a sí mismo, un hijo de su época, más aún que de su padre. Y esta época es la Tercera República, las dos guerras mundiales que Marc Bloch "pasó" y vivió intensamente como ciudadano, como soldado y como historiador.

Obra de ese Marc Bloch individual y colectivo, *Apología para la historia* es también el producto de un momento: el de la Francia vencida, postrada en la derrota, en la ocupación y en el infame gobierno de Vichy, pero en que un Marc Bloch captó los primeros latidos de una esperanza, a la vez de una liberación de la historia, que había que ayudar en la resistencia activa, y de un progreso

de la ciencia histórica, a la que había que iluminar escribiendo este libro. Así como el historiador belga Henri Pirenne, ese gran maestro y cómplice citado aquí frecuentemente —puesto en arresto domiciliario por los alemanes durante la primera Guerra Mundial—, escribió una pionera *Historia de Europa,* así en el mismo momento, en un campo de prisioneros en Alemania, Fernand Braudel elaboraba su tesis sobre *La Méditerranée et le Monde méditerranée a l'époque de Philippe II* (1949). Este libro inconcluso es un acto completo de historia.

PARA USO DEL LECTOR

En esta obra fueron utilizados ciertos signos que permitirán dar cuenta, lo más fielmente posible, de los textos originales. De este modo:

... indican que son indescifrables una o varias palabras de los manuscritos de Marc Bloch. Si se trata de varias palabras se hace la aclaración.
(?) indica que subsiste duda sobre la palabra descifrada.
/ separa las palabras, grupos de palabras y miembros de frases a falta de puntuación sobre las hojas manuscritas.
[ ] indican palabras o pasajes añadidos en relación con una redacción anterior de Marc Bloch (primera redacción o redacción intermedia cuando no existe primera redacción).
] [indican palabras o pasajes suprimidos en relación con las redacciones anteriores de Marc Bloch.

APOLOGÍA PARA LA HISTORIA
O EL
OFICIO DE HISTORIADOR



In memoriam matris amicae

Métier d'historien

In memoriam matris amicae (page de garde)

A Lucien Febvre (première page)

En manière de dédicace.

Si ce livre doit, un jour, être publié; si, de simple antidote, auquel, parmi les pires douleurs et les pires anxiétés, personnelles et collectives, je demande aujourd'hui un peu d'équilibre de l'âme, il se change jamais en un vrai livre, offert pour être lu: un autre nom que le vôtre, cher ami, sera alors inscrit sur la feuille de garde. Vous le sentez, il le fallait, ce nom-là, à cette place: seul rappel permis à une tendresse trop profonde et trop sacrée pour souffrir même d'être dite. Vous aussi, cependant, comment me résignerais-je à ne vous paraître qu'au hasard, de quelques références? Longuement, nous avons combattu de concert, pour une histoire plus large et plus humaine. La tâche commune, au moment où j'écris, subit bien des menaces. Non par notre faute. Nous sommes les vaincus provisoires d'un injuste destin. Le temps viendra, j'en suis sûr, où notre collaboration pourra véritablement reprendre, publique comme par le passé, et, comme par le passé, libre. En attendant, c'est dans ces pages toutes pleines de votre présence, que, de mon côté, elle se poursuivra. Elle y gardera le rythme qui fut toujours le sien, d'un accord fondamental, vivifié, en surface, par le profitable jeu de nos affectueuses discussions. Parmi les idées que je me propose de soutenir, plus d'une, assurément, me vient tout droit de vous. De beaucoup d'autres, je ne saurais décider, en toute conscience, si elles sont de vous, de moi, ou de tous deux. Vous approuverez, je m'en flatte, souvent. Vous me gronderez quelquefois. Et tout cela fera, entre nous, un lien de plus.

Fougères (Creuse), le 10 mai 1941.

([illegible])

La dedicatoria a Lucien Febvre

A LUCIEN FEBVRE
A manera de dedicatoria

Si este libro ha de publicarse un día; sí de simple antídoto al cual, entre los peores dolores y las peores ansiedades, personales y colectivas, pido hoy una cierta tranquilidad del alma si llega a ser un verdadero libro que se ofrezca a la lectura, entonces otro nombre distinto al suyo, querido amigo, se inscribirá en la primera hoja. Usted lo siente, se necesitaba, ese nombre, en ese lugar: único recuerdo permitido a una ternura demasiado profunda y demasiado sagrada para poder siquiera expresarse. Sin embargo, ¿cómo podría resignarme a no verle a usted aparecer sino al azar de algunas referencias (mucho muy escasas, por lo demás)?[1] Hemos combatido, largamente, juntos, por una historia más amplia y más humana. En el momento en que escribo, sobre la tarea común se ciernen muchas amenazas. No por culpa nuestra. Somos los vencidos provisionales de un injusto destino. Tiempos vendrán, estoy seguro, cuando nuestra colaboración podrá realmente[2] reanudarse: ser pública como en el pasado y, como en el pasado, libre. Mientras tanto, por mi parte proseguirá en estas páginas, tan llenas de la presencia de usted. Aquí conservará el ritmo, que siempre le fue propio, el de un acuerdo fundamental, vivificado, en la superficie, por el provechoso juego de nuestras afectuosas discusiones. Entre las ideas que me propongo sostener, sin duda más de una me llega directamente de usted. De muchas otras, no podría decidir, con plena conciencia, si son suyas, mías o de ambos. Me enorgullece pensar que a menudo usted me aprobará. En ocasiones me reprenderá. Y todo ello tenderá, entre nosotros, un lazo más".[3]

Fougères (Creuse), 10 de mayo de 1941[4]

---

[1] Estas palabras entre paréntesis que remitían a algo más parecen haber sido conservadas, mientras que lo siguiente fue eliminado por Marc Bloch o por otra persona. He aquí el texto: "no tanto como lo hubiera requerido la estricta equi dad; porque casi a cada paso hubiera sido necesario citar tanto sus expresiones familiares como sus escritos; pero para ser justo hubiera sido necesario citar inclusive sus expresiones familiares".

[2] Lucien Febvre sustituyó esta palabra por el adverbio "verdaderamente".

[3] Existen dos textos de la Dedicatoria, ambos redactados a mano por Marc Bloch. Uno es el original que aquí reproducimos y el otro lo copió el mismo Bloch sobre una hoja anexada a una carta dirigida a Lucien Febvre con fecha 17 de agosto de 1942. Lucien Febvre escogió publicar este segundo texto, el cual no lleva ni el paréntesis ("mucho muy escasas, por lo demás"), ni la coma antes de "un lazo más".

[4] Volví a poner en el texto la auténtica puntuación de Marc Bloch, que Lucien Febvre modificó.

INTRODUCCIÓN

"Papá, explícame para qué sirve la historia." Así interrogaba, hace algunos años, un muchachito allegado mío a su padre que era historiador. Me gustaría poder decir que este libro es mi respuesta. Porque no imagino mejor elogio para un escritor que saber hablar con el mismo tono a los doctos y a los alumnos. Pero tal sencillez es el privilegio de unos cuantos elegidos. Cuando menos de buen grado, conservaré aquí, como epígrafe, esta pregunta de un niño cuya sed de saber quizá no logré apagar en su momento. Probablemente algunos pensarán que la fórmula es ingenua. Por el contrario, a mí me parece del todo pertinente. El problema que plantea, con la embarazosa franqueza de esa edad implacable, es ni más ni menos el de la legitimidad de la historia.[11]

He aquí al historiador llamado a rendir cuentas. No se atreverá a hacerlo sin un ligero temblor interior: ¿qué artesano envejecido en el oficio no se ha preguntado alguna vez, con el corazón encogido, si ha empleado su vida juiciosamente? Pero el debate rebasa am-

[1] Nota de Marc Bloch: "En lo que me opongo, desde el principio y sin haberlo intentado, a la *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos. El párrafo que se acaba de leer fue escrito ya hace tiempo, cuando leí en la Advertencia de esta obra (p. XII) una lista de 'preguntas ociosas'. Ahí veo aparecer, textualmente, la siguiente pregunta '¿Para qué sirve la historia?' Quizá en este problema sucede lo mismo que en todos los concernientes a las razones de ser de nuestros actos y de nuestros pensamientos: las mentes que permanecen indiferentes a ellos, por naturaleza o porque voluntariamente así lo decidieron, difícilmente entienden que otras formas de pensar puedan encontrar ahí el tema de reflexiones apasionantes. Sin embargo, ya que la ocasión se me presenta, creo que más vale decir desde ahora mi posición frente a un libro justamente notable, al que el mío, construido sobre otro proyecto y en algunas de sus partes mucho menos desarrollado, no pretende sustituir. Fui alumno de estos dos autores, especialmente de Seignobos. Ambos me mostraron valiosas manifestaciones de su benevolencia. Mi formación básica debe mucho a su enseñanza y a su obra. Pero tanto uno como el otro no sólo nos enseñaron que el historiador tiene por primera obligación ser sincero, sino que además nunca ocultaron que del progreso mismo de nuestros estudios se logra gracias a la contradicción necesaria entre las sucesivas generaciones de trabajadores. Por lo tanto, seré fiel a sus lecciones criticándolos con toda libertad, ahí donde lo crea útil, como espero que un día mis alumnos me critiquen a su vez".

pliamente los [pequeños] escrúpulos[2] de una moral corporativa. Toda nuestra civilización occidental se interesa en él.

Porque a diferencia de otros tipos de cultura, la civilización "occidental siempre ha esperado mucho de su memoria. [Todo la llevaba a hacerlo: tanto la herencia cristiana como la herencia antigua. Los griegos y los latinos, nuestros primeros maestros, eran pueblos historiógrafos. El cristianismo es una religión de historiadores. Otros sistemas religiosos pudieron fundar sus creencias y sus ritos sobre una mitología hasta cierto punto fuera del tiempo humano. Por libros sagrados, los cristianos tienen libros de historia, y sus liturgias conmemoran, junto con los episodios de la vida terrestre de un Dios, los fastos de la Iglesia y de los santos. El cristianismo es además histórico en otro sentido, tal vez más profundo: colocado entre la Caída y el Juicio Final, el destino de la humanidad aparece ante sus ojos como una larga aventura, de la que cada vida individual, cada "peregrinación" particular es a su vez un reflejo. Es en la duración, por lo tanto en la historia, que se desarrolla el gran drama del pecado y de la redención, eje central de toda meditación cristiana. Nuestro arte, nuestros monumentos literarios están llenos de los ecos del pasado; nuestros hombres de acción siempre tienen en los labios sus lecciones, reales o imaginarias.

Probablemente convendría marcar más de un matiz en la psicología de los grupos. Cournot lo observó hace mucho tiempo: eternamente inclinados a reconstruir el mundo sobre las líneas de la razón, los franceses, en conjunto, viven sus recuerdos colectivos con mucha menor intensidad que los alemanes, por ejemplo. También probablemente las civilizaciones pueden cambiar; no es inconcebible que un día la nuestra se aparte de la historia. Los historiadores harían bien en reflexionar sobre ello. Si no tenemos cuidado, existe el riesgo de que la historia mal entendida finalmente ocasione también el descrédito de la historia mejor comprendida. Pero si algún día hemos de hacerlo, será a costa de una violenta ruptura con nuestras tradiciones intelectuales más constantes.

Por el momento, en esta cuestión no estamos sino en la etapa del examen de conciencia. Cada vez que nuestras tristes sociedades, en perpetua crisis de crecimiento, empiezan a dudar de sí mismas, uno las ve preguntándose si han tenido razón en interrogar al

---

[2]], por muy respetables que sean,[

pasado o si lo han interrogado bien. Léase lo que se escribía antes de la guerra, lo que aún hoy en día se puede escribir:] entre las inquietudes difusas del tiempo presente, ustedes oirán, casi inevitablemente, la voz de esta inquietud mezclándose con las otras. En pleno drama, me tocó captar el eco [totalmente] espontáneo de ello. Era en junio de 1940, si mal no recuerdo, el día mismo cuando los alemanes entraron en París. En el jardín normando, donde nuestro estado mayor, privado de tropas, arrastraba su ocio, rumiábamos sobre las causas del desastre: "¿Habrá que creer que la historia nos engañó?", murmuró uno de nosotros. Así la angustia del hombre ya adulto se encontraba, con un acento más amargo, con la simple curiosidad del jovencito. Hay que contestar a una y a la otra.

Sin embargo, conviene saber qué quiere decir la palabra "servir".

En verdad, aunque se considerara a la historia incapaz de otros servicios, por lo menos se podría alegar en su favor que distrae. O, para ser más exactos —porque cada quien busca sus distracciones[3] donde le place—, que indiscutiblemente así lo considera un gran número de hombres.[4] En lo personal, hasta donde pueden llegar mis recuerdos, siempre me ha divertido mucho; creo que como a todos los historiadores. De no ser así, ¿por qué otra razón habrían escogido este oficio? A los ojos de cualquiera que tenga más de tres dedos de cerebro, todas las ciencias son interesantes. Pero cada estudioso no encuentra sino una, cuya práctica le divierte. Descubrirla para consagrarse a ella es lo que propiamente se llama vocación.

Por lo demás, este indiscutible atractivo de la historia, por sí mismo, merece ya que nos detengamos a reflexionar.

Como germen[5] y como aguijón, su papel ha sido y sigue siendo capital. Antes del deseo de conocimiento, el simple gusto; antes de la obra científica plenamente consciente de sus fines, el instinto que conduce a ella: la evolución de nuestro comportamiento inte-

---

[3]]ahí[

[4] Es probable que cerca de este lugar se debía situar la nota de Marc Bloch: "Prefacio a las *Accessiones Historícae* (1700): *Opera,* ed. Dutens, t. iv-2, p. 55: *'Tria sunt quae expetimus in Historia: primum, voluptatem noscendi res singulares; deinde, utilia in primis vitae praecepta; ac dimique origines praesentium a praeteritis repetitas, cum omnia optime ex causis noscantur'".*

[5]]antes que nada[

lectual abunda en concatenaciones de este tipo. Hasta en el caso de la física, los primeros pasos deben mucho a los "gabinetes de curiosidades". De manera similar hemos visto cómo los pequeños goces de la antigualla figuran en la cuna de más de una orientación de estudios que, poco a poco, se han ido cargando de seriedad. Tal es la génesis de la arqueología y, más recientemente, del folklore. Quizá los lectores de Alejandro Dumas no son sino historiadores en potencia, a quienes sólo falta formación para proporcionarse un placer más puro y, a mi juicio, más agudo: el del color verdadero.

Si por otra parte este encanto dista mucho de acabarse cuando se inicia la investigación metódica con sus necesarias austeridades, si por el contrario gana en vivacidad y en plenitud —todos los [verdaderos] historiadores pueden dar cuenta de ello—, no hay en ello, a mi parecer, nada que no sea propio de cualquier trabajo intelectual.[6] Sin embargo, la historia tiene indudablemente sus propios goces estéticos, que no se parecen a los de ninguna otra disciplina. Y es que el espectáculo de las actividades humanas, que constituye su objeto particular, más que ningún otro está hecho para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se atavía con las sutiles seducciones de lo extraño. El gran Leibniz nos lo ha confesado: cuando pasaba de las abstractas especulaciones matemáticas o de la teodicea a descifrar antiguas cartas[7] o antiguas crónicas de la Alemania imperial, experimentaba, igual que nosotros, esa "voluptuosidad de estudiar cosas singulares". Cuidémonos de no quitarle a nuestra ciencia su parte de poesía. Sobre todo cuidémonos, como he descubierto en el sentimiento de algunos, de sonrojarnos por su causa. Sería una increíble tontería creer que, por ejercer semejante atractivo sobre la sensibilidad, es menos capaz de satisfacer nuestra inteligencia.

Pero si la historia, hacia la cual nos conduce un atractivo que casi todo el mundo siente, sólo contara con ese atractivo para jus-

---

[6]]¿Acaso no todo ejercicio intelectual hábilmente llevado es, a su manera, una obra de arte?[

[7] Con base en las traducciones existentes de las obras de Bloch y Pirenne, se optó por traducir *charles,* que en francés significa el otorgamiento de un título de propiedad, de venta o de privilegio en la Edad Media, únicamente como cartas, ya que el francés no especifica si se trata de una carta de donación, puebla, etcétera.

tificarse, si de hecho no fuera más que un amable pasatiempo, como el bridge o la pesca con anzuelo, ¿merecería todos los esfuerzos que hacemos por escribirla? Por escribirla como yo lo entiendo, honestamente, verídicamente, yendo, en la medida de lo posible, hasta los resortes más oscuros; en consecuencia, difícilmente. El juego, escribió André Gide, ya no nos está permitido hoy en día; ni siquiera el de la inteligencia. Eso se escribía en 1938. En 1942, fecha en que a mí me toca escribir, ¡las palabras se cargan de un sentido más grave! De seguro en un mundo que acaba de abordar la química del átomo y que apenas empieza a sondear el secreto de los espacios estelares, en nuestro pobre mundo, justamente orgulloso de su ciencia y que sin embargo no logra procurarse un poco de felicidad, las largas minucias de la erudición histórica, tan capaces de devorar toda una vida, merecerían ser condenadas como un absurdo derroche de energías casi criminal, si no lograran revestir con un poco de verdad una de nuestras diversiones. Será preciso desaconsejar la práctica de la historia a todas las mentes susceptibles para ocuparse de otros campos, o bien la historia tendrá que probar su buena conciencia como conocimiento.

Pero aquí se plantea una nueva pregunta: ¿qué es lo que justamente legitima un esfuerzo intelectual?

Imagino que hoy en día ya nadie se atrevería a decir, con los positivistas de estricta observancia, que el valor de una investigación se mide, con todo y por todo, según su aptitud para servir a la acción. La experiencia no nos ha enseñado solamente que es imposible decidir de antemano si las especulaciones en apariencia más desinteresadas no se revelarán algún día asombrosamente provechosas para la práctica. Sería infligir a la humanidad una extraña mutilación si se le negase el derecho de buscar, fuera de toda preocupación de bienestar, cómo sosegar su hambre intelectual. Aunque la historia fuera eternamente indiferente al *Homo faber* o *politicus,* para su defensa le bastaría que se reconociera cuan necesaria es para el pleno desarrollo del *Homo sapiens.* Sin embargo, aun limitada de este modo, la cuestión no ha sido resuelta de entrada.

Porque la naturaleza de nuestro entendimiento lo inclina más a querer comprender que a querer saber. De donde resulta que a su parecer, las únicas ciencias auténticas son las que logran establecer entre los fenómenos vínculos explicativos. Lo demás sólo es, según la expresión de Malebranche, "polimatía". Ahora bien, la po-

limatía fácilmente puede pasar por distracción o por manía; pero ahora menos que en tiempos de Malebranche puede pasar por una buena obra de la inteligencia. Independientemente incluso de cualquier eventual aplicación a la conducta, la historia tendrá, pues, el derecho a reivindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, sólo en la medida en que, en vez de una simple enumeración sin relaciones y casi sin límites, nos permita una clasificación racional y una progresiva inteligibilidad.

No obstante, es innegable que una ciencia siempre nos parecerá incompleta si, tarde o temprano, no nos ayuda a vivir mejor.

¿Cómo no sentir intensamente algo similar por la historia que, al parecer, está destinada a trabajar en provecho del hombre a causa de tener como tema de estudio al hombre mismo y sus actos? De hecho, una vieja tendencia, a la que por lo menos se atribuye el valor de un instinto, nos inclina a pedir a la historia los medios para guiar nuestra acción; y por consiguiente, a indignarnos contra ella, como el soldado vencido cuyas palabras recordaba yo,[8] si por casualidad, parece manifestar su impotencia para ofrecerlos. El problema de la utilidad de la historia, en sentido estricto, en el sentido "pragmático" de la palabra útil, no se confunde con el de su legitimidad propiamente intelectual. Por lo demás es un problema que no puede plantearse sino en segundo término, pues para obrar razonablemente, ¿acaso se necesita primero comprender? Pero este problema no puede eludirse sin correr el riesgo de responder tan sólo a medias a las sugestiones más imperiosas del sentido común.

Algunos de nuestros consejeros o que quisieran serlo ya han respondido a estas preguntas. Lo han hecho para amargar nuestras esperanzas. Los más indulgentes han dicho: la historia no tiene provecho ni solidez. Otros, cuya severidad no se toma la molestia de las medias tintas, han dicho: es perniciosa. "El producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado", así ha dicho uno de ellos [y no de los menos notables]. Estas condenas tienen un atractivo peligroso: justifican por adelantado la ignorancia. Afortunadamente para lo que todavía nos queda de curiosidad intelectual, esas censuras quizá no son inapelables.

---

[8]]hace un momento[

Pero si el debate ha de volver a considerarse, será preciso hacerlo con base en datos más seguros.

Porque hay una precaución que, al parecer, los detractores comunes de la historia no han tomado en cuenta. Su palabra no carece ni de elocuencia, ni de chispa. Pero, los más de ellos han omitido informarse con exactitud sobre lo que hablan. La imagen que se hacen de nuestros estudios no se ha formado en el taller. Huele más a oratoria y a Academia que a gabinete de trabajo.[9] Es sobre todo una imagen anticuada. De suerte que a fin de cuentas probablemente toda esa palabrería no se haya gastado sino para exorcizar un fantasma. Nuestro esfuerzo aquí debe ser muy diferente. Los métodos con los que trataremos de medir el grado de certeza serán los que realmente usa la investigación, hasta en el humilde y delicado detalle de sus técnicas. Nuestros problemas serán los mismos que al historiador le impone cotidianamente su materia.[10] En pocas palabras, quisiéramos, ante todo, decir cómo y por qué un historiador practica su oficio. Después, al lector le tocará decidir si vale la pena ejercerlo o no.

Sin embargo, hay que tener mucho cuidado. La tarea así entendida y limitada sólo puede parecer simple en apariencia. Quizá lo sería si estuviéramos frente a una de esas artes aplicadas de la que se ha dicho todo, una vez que se han enumerado, unas tras otras, las habilidades consagradas. Pero la historia no es como la relojería ni como la ebanistería. Es un esfuerzo encaminado a conocer menor; por consiguiente, algo en movimiento. Limitarse a describir una ciencia tal como se hace, siempre será traicionarla un poco. Es aún más importante decir cómo espera progresivamente lograr hacerse. Ahora bien, por parte del analista, semejante empresa exige forzosamente una gran dosis de elección personal. [En efecto, toda ciencia, en cualquiera de sus etapas, está constantemente atravesada por sus tendencias divergentes, las cuales no se pueden privilegiar sin una especie de apuesta al porvenir.] No tenemos la intención de retroceder ante esta necesidad. En materia intelectual, igual que en cualquier otra, el horror a las responsabilidades no es un sentimiento muy recomendable.

9]Albert Vandal tal vez se hubiera reconocido ahí; Pirenne la hubiera repudiado.[

10]: por poco, claro está, que la aborde armado con ese espíritu de reflexión crítica, sin el cual, para decirlo claramente, nunca hay problemas. Hay que ser dos cosas para la obra científica: un objeto y un hombre.[

Sin embargo, nos pareció un asunto de honestidad advertir al lector.

Asimismo, las dificultades a las que inevitablemente se enfrenta todo estudio de los métodos varían mucho según el punto que cada disciplina ha alcanzado momentáneamente en la curva, siempre irregular, de su desarrollo. Hace cincuenta años, cuando Newton reinaba como maestro, supongo que era singularmente más fácil que ahora elaborar, con el rigor de un plano arquitectónico, una exposición de la mecánica. Pero la historia aún se encuentra en una fase mucho más desfavorable para las certidumbres.

Porque la historia no es sólo una ciencia en movimiento. Es también una ciencia en pañales, como todas las que tienen por objeto el espíritu humano, este recién llegado al campo del conocimiento racional. O, para decirlo mejor, vieja bajo la forma embrionaria del relato, por mucho tiempo saturada de ficciones y por mucho más tiempo atada a los acontecimientos más inmediatamente aprehensibles, sigue siendo muy joven como empresa razonada de análisis. Se esfuerza por penetrar finalmente los hechos de la superficie, por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy en día más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común. En algunos de los problemas esenciales de su método, no ha superado los primeros tanteos. Por lo que Fustel de Coulanges y, antes que él, Bayle, probablemente no estaban totalmente equivocados al llamarla "la más difícil de todas las ciencias".[11]

[¿Sin embargo, es ésta una ilusión? Por incierto que nuestro camino siga siendo en tantos puntos, me parece que en este momento estamos mejor colocados que nuestros predecesores inmediatos para ver con mayor claridad.

En las últimas décadas del siglo xix, las generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra vivieron como alucinadas por una imagen muy rígida, una imagen realmente comtiana de las ciencias del mundo físico. Extendiendo este esquema prestigioso al conjunto de las adquisiciones intelectuales, pensaban que no

---

[11] Es probable que aquí debiera insertarse la siguiente nota de Marc Bloch: *"Fustel de Coulanges,* citado por Paul Guiraud; Bayle, *Dictionnaire,* artículo "Renaud": "La historia, en términos generales, es la composición más difícil que un autor puede emprender o una de las más difíciles" (y, a mano, una breve mención: "verificar").

puede haber conocimiento auténtico que no desemboque en demostraciones, de entrada irrefutables, en certidumbres formuladas bajo el aspecto de leyes imperiosamente universales. Ésta era una opinión más o menos unánime. Pero, aplicada a los estudios históricos y de acuerdo con los diferentes temperamentos, dio lugar a dos tendencias opuestas.

De hecho, unos creyeron posible instituir una ciencia de la evolución humana conforme con este ideal de alguna manera pancientífico y trabajaron con afán para establecerla, con el riesgo, por otra parte, de optar por dejar, a fin de cuentas, fuera del alcance de ese conocimiento de los hombres muchas realidades muy humanas, pero que les parecían muy rebeldes a un saber racional. Este residuo era lo que con desdén llamaban el acontecimiento; era también una buena parte de la vida más íntimamente individual. Tal fue, en suma, la posición de la escuela sociológica fundada por Durkheim, al menos si no se toma en cuenta la flexibilidad que ante la inicial rigidez de los principios introdujeron, poco a poco, algunos hombres demasiado inteligentes para no sufrir, incluso a pesar suyo, la presión de las cosas. Nuestros estudios deben mucho a este gran esfuerzo que nos ha enseñado a analizar con mayor profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevería a decir, de manera menos barata. Aquí no hablaremos de él sino con un respeto y un reconocimiento infinitos. Si hoy nos parece superado, ése es el rescate que, tarde o temprano, tienen que pagar todos los movimientos intelectuales por su fecundidad.

Sin embargo, al mismo tiempo otros investigadores adoptaron una actitud muy diferente. Al no lograr insertar la historia en los marcos del legalismo físico y además preocupados en particular —a causa de su primera formación— por las dificultades, las dudas, el frecuente volver a empezar de la crítica documental, extrajeron de la experiencia, ante todo, una lección de humildad decepcionada. La disciplina a la que consagraban su inteligencia no les pareció, a fin de cuentas, *capaz* de ofrecer muchas perspectivas ni en del presente, ni en el futuro. Se inclinaron a ver en ella, más que un conocimiento verdaderamente científico, una suerte de juego estético o, a lo mucho, un ejercicio de higiene favorable para la salud mental. En ocasiones se les ha llamado "historiadores historizantes", sobrenombre injurioso para nuestra corporación, ya que parece considerar la esencia de la historia en la negación

misma de sus posibilidades. Por mi parte, de buena gana les encontraría un signo de adhesión más expresivo en el momento del pensamiento francés con el que se vinculan.

Si uno se atiene a las fechas que el libro asigna a su actividad, el amable y huidizo Silvestre Bonnard es un anacronismo, exactamente igual a esos santos antiguos que los escritores de la Edad Media pintaban con ingenuidad bajo los colores de su propio tiempo. Silvestre Bonnard (por poco que se quiera reconocer, aunque sea por un instante, una existencia de carne y hueso en esta sombra inventada), el verdadero Silvestre Bonnard, nacido en el primer Imperio, hubiera sido considerado por los integrantes de la generación de los grandes historiadores románticos como uno de los suyos, hubiera compartido con ellos el entusiasmo conmovedor y fecundo, la fe un tanto candida en el porvenir de la "filosofía" de la historia. Ignoremos la época que se le atribuye y situémoslo en la que se escribió su vida imaginaria; merecería figurar como el patrón, el santo corporativo de todo un grupo de historiadores que fueron más o menos los contemporáneos intelectuales de su biógrafo: trabajadores profundamente honestos, pero de aliento algo corto y de los que a veces se pensaría que, como esos hijos cuyos padres se han divertido mucho, llevan en sus huesos la fatiga de las grandes orgías históricas del romanticismo; dispuestos a minimizarse ante sus colegas de laboratorio; en fin, más deseosos de aconsejarnos prudencia que empuje. ¿Sería muy malicioso buscar su divisa en estas sorprendentes palabras que un día se le escaparon a ese hombre de inteligencia tan viva, mi querido maestro Charles Seignobos: "Es muy útil hacer preguntas, pero muy peligroso responderlas"? Sin duda alguna, ésta no es la expresión de un fanfarrón. Pero si los físicos no hubieran sido más intrépidos, ¿adonde estaría la física?

Ahora bien, nuestra atmósfera mental ya no es la misma. La teoría cinética de los gases, la mecánica einsteiniana, la teoría de los quanta han alterado profundamente la idea que aún ayer todo se formaba de la ciencia. Estas teorías no la han empequeñecido, la han hecho más flexible. En muchos puntos han sustituido lo cierto por lo infinitamente probable, lo rigurosamente mesurable por la noción de eterna relatividad de la medida. Su acción se deja sentir incluso sobre las innumerables mentes —debo ¡por desgracia! co-

locarme entre ellas— a quienes la debilidad de su inteligencia o de su educación impiden seguir, salvo de muy lejos y en cierta manera por reflejo, esta gran metamorfosis. Así pues, de aquí en adelante, estamos mucho mejor preparados para admitir que un conocimiento puede pretender el nombre de científico aunque no se revele capaz de hacer demostraciones euclidianas o leyes de repetición inmutables. Aceptamos con mucha mayor facilidad hacer de la certidumbre y del universalismo una cuestión de grados. Ya no sentimos la obligación de tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado prestado de las ciencias de la naturaleza física, porque incluso en ellas mismas ese modelo ya no se aplica por completo. Todavía no sabemos muy bien qué será un día de las ciencias del hombre. Sabemos muy bien que para ser —por supuesto, siempre obedeciendo a las reglas fundamentales de la razón— no tendrán necesidad de renunciar a su originalidad, ni de avergonzarse de ella.]

Me gustaría que los historiadores de profesión, particularmente los jóvenes, se acostumbraran a reflexionar sobre estas vacilaciones, estos perpetuos "arrepentimientos" de nuestro oficio. Esa será para ellos la mejor manera de prepararse, gracias a una elección deliberada, para conducir razonablemente sus esfuerzos. Sobre todo me gustaría verlos acercarse, cada ocasión en mayor número, a esta historia ampliada y profundizada a la vez, cuyo diseño concebimos varios —cada día quienes lo hacemos somos más—. Si mi libro puede servirles para ello, sentiré que no ha sido [absolutamente] inútil. Confieso que hay en él una parte programática.

Pero yo no escribo únicamente, ni sobre todo, para el uso interno del taller. Tampoco pienso que sea necesario ocultar a los simples curiosos las irresoluciones de nuestra ciencia. Ellas son nuestra excusa; más aún: la causa de la frescura de nuestros estudios. No sólo tenemos el derecho de reclamar en favor de la historia la indulgencia que todos los comienzos merecen. Lo inacabado, si tiende constantemente a superarse, ejerce sobre cualquier mente apasionada una seducción que bien vale del logro perfecto. Al buen labrador le gustan tanto las labores y la siembra como la cosecha, ha dicho más o menos Péguy.

Conviene que estas palabras introductorias terminen con una confesión personal. Cada ciencia, tomada de manera aislada, no representa sino un fragmento del movimiento universal hacia el

conocimiento. [Ya tuve la ocasión de dar un ejemplo de ello más arriba:] Para entender y apreciar bien sus procedimientos de investigación, aunque se trate de los más particulares en apariencia, resulta indispensable [saber] unirlos [, con un trazo perfectamente seguro,] al conjunto de tendencias que se manifiestan, en el mismo momento, en las otras disciplinas. Ahora bien, este estudio de los métodos en sí mismos constituye, a su manera, una especialidad, cuyos técnicos se llaman filósofos. Éste es un título al que me está vedado aspirar. A causa de esta laguna de mi primera formación, probablemente este ensayo perderá mucho, lo mismo en precisión de lenguaje que en amplitud de horizonte. No puedo presentarlo sino como lo que es: el compendio de un artesano a quien siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana, la libreta de un obrero que por muchos años ha manejado la toesa y el nivel, sin por ello creerse matemático.[12]

[12] Nota de Marc Bloch: "Quizá no sea inútil que añada unas palabras más para disculparme. Las circunstancias de mi vida actual, la imposibilidad de tener acceso a alguna biblioteca grande, la pérdida de mis propios libros ocasionan que tenga que confiar mucho en mis notas y en mis experiencias. Las lecturas complementarias, las verificaciones que reclamarían las propias leyes del oficio cuyas prácticas me propongo describir, muy a menudo me están prohibidas. ¿Algún día me será posible llenar las lagunas? Temo que nunca por completo. Al respecto no puedo sino solicitar indulgencia, diría 'declararme culpable', si no fuera asumir las faltas del destino más de lo que es justo".

I. LA HISTORIA, LOS HOMBRES Y EL TIEMPO

1. LA ELECCIÓN DEL HISTORIADOR

La palabra historia es una palabra muy vieja, [tan vieja que a veces ha cansado. Cierto es que rara vez se ha llegado a querer eliminarla del vocabulario.] Hasta los sociólogos de la escuela durkheimiana le hacen un lugar, pero para relegarla en el último rincón de las ciencias del hombre: suerte de mazmorras donde arrojan los hechos humanos considerados a la vez como los más superficiales y los más fortuitos, mientras que reservan a la sociología todo aquello que les parece susceptible de análisis racional. Por el contrario, aquí conservaremos su significación más amplia. [De antemano la palabra no veda ninguna dirección hacia la cual se pueda orientar la investigación: sea de preferencia hacia el individuo o hacia la sociedad, sea hacia la descripción de las crisis momentáneas o hacia la búsqueda de los elementos más durables; no encierra en sí misma ningún credo; no compromete, conforme con su etimología primera, a nada más que a la "investigación".] Desde que apareció hace más de dos milenios en los labios de los hombres, sin duda ha cambiado mucho de contenido. En el lenguaje, ése es el destino de todos los términos que realmente tienen vida. Si las ciencias tuvieran que buscarse una nueva denominación cada vez que logran una conquista, ¡cuántos bautismos habría y cuánto tiempo se perdería en el reino de las academias! No obstante, al seguir siendo serenamente fiel a su glorioso nombre helénico, nuestra historia no será la misma que escribía Recateo de Mileto, como la física de lord Kelvin o de Langevin no es la de Aristóteles.

[Sin embargo, ¿qué es la historia?

No tendría ningún interés empezar este libro, centrado en torno a los problemas reales de la investigación, con una larga y rígida definición. ¿Qué trabajador serio se ha preocupado alguna vez de semejantes artículos de fe?[1]] Su meticulosa precisión no sólo deja

---

[1]]Por lo que respecta al fondo, al hablar del trabajo del historiador, todos estarán de acuerdo en que no es inútil empezar por formarse una idea un tanto precisa del objeto de su trabajo. ¿Pero es necesario que este reconocimiento del terreno desemboque necesariamente en una definición de diccionario?[

escapar lo mejor de todo impulso intelectual, entiéndase: las simples veleidades en el impulso hacia un saber todavía no determinado, el poder de extensión. Su mayor peligro es definir con tanto cuidado para delimitar mejor. "Este tema o esta manera de tratarlo", dice el guardián de los dioses términos, "es lo que probablemente puede seducir. Pero ten cuidado, ¡oh efebo!: eso no es historia". ¿Acaso somos una juraduría de los tiempos antiguos para codificar las tareas permitidas a las gentes de oficio y, una vez cerrada la lista, reservar el ejercicio a nuestros maestros con patente? Los físicos y los químicos son más sabios; hasta donde yo sé, jamás se les ha visto pelear por los derechos respectivos de la física, de la química, de la química-física o —suponiendo que este término exista— de la física-química.

No es menos cierto que frente a la inmensa y confusa realidad, el historiador necesariamente es llevado a delimitar el punto particular de aplicación de sus herramientas; por ende, a hacer una elección, la cual evidentemente no será igual a la del biólogo, por ejemplo; sino que será propiamente la elección de un historiador. Este es un auténtico problema de acción. Nos acompañará a lo largo de nuestro estudio.[2]

2. LA HISTORIA Y LOS HOMBRES

Algunas veces se ha dicho: "La historia es la ciencia del pasado". Lo que [a mi parecer] es una forma impropia de hablar.[3]

[Porque, en primer lugar,] la idea misma que el pasado, en tanto tal, pueda ser objeto de una ciencia es absurda. ¿De qué manera se puede tratar como materia de conocimiento racional, sin previa delimitación, a una serie de fenómenos cuyo único punto en común es el no ser contemporáneos? ¿Podemos imaginar, de manera similar, una ciencia total del Universo en su estado actual?

[2] Toda esta exposición figuraba de manera diferente en la primera redacción al final de la Introducción. Posteriormente, el pasaje fue rescrito y hoy día subsisten dos hojas manuscritas, numeradas 1-1 y 1-2, que sirvieron para la mecanografía de la redacción definitiva.

[3]] y doblemente. Dejemos, por el momento, la falsedad que hay en el cisma que se pretende decretar así entre el pasado y el supuesto presente.[

Probablemente en los orígenes de la historiografía, los viejos analistas no se cohibían con estos escrúpulos. Narraban acontecimientos diversos, cuyo único vínculo era haber ocurrido aproximadamente en el mismo momento: los eclipses, las granizadas, la aparición de impresionantes meteoros mezclados con las batallas, los tratados, las muertes de los héroes y de los reyes. Pero, en esta primera memoria de la humanidad, confusa como la percepción de un niño pequeño, un esfuerzo de análisis sostenido poco a poco ha realizado la clasificación necesaria. Es verdad que el lenguaje, profundamente tradicionalista, con facilidad otorga el nombre de historia a cualquier estudio de un cambio en la duración. La costumbre no es peligrosa porque no engaña a nadie. En este sentido hay una historia del sistema solar, ya que los astros que lo componen no siempre han sido tal como los vemos. Esa historia incumbe a la astronomía. Hay una historia de las erupciones volcánicas, que estoy seguro es de enorme interés para la física del globo. No pertenece a la historia de los historiadores.

O al menos no le pertenece sino en la medida en que, de alguna manera, quizá sus observaciones se vendrían a encontrar con las preocupaciones específicas de nuestra historia de historiadores. ¿Cómo se establece en la práctica la repartición de las tareas? Probablemente con un ejemplo comprenderemos mejor que con muchos discursos.

En el siglo X de nuestra era, un golfo profundo, el Zwin, encajaba en la costa flamenca. Después se cegó. ¿A qué campo del conocimiento habría que asignar el estudio de este fenómeno? De entrada todos responderán que a la geología. ¿Acaso esta ciencia no fue creada y traída al mundo para tratar asuntos como el mecanismo de los aluviones, el papel de las corrientes marinas, los cambios en el nivel de los océanos? Indudablemente. Sin embargo, si se examinan de cerca, las cosas no resultan tan sencillas.

¿Se trata ante todo de escrutar los orígenes de la transformación? He aquí a nuestro biólogo obligado a hacerse preguntas que ya no son estrictamente de su competencia. Porque probablemente el fenómeno fue favorecido cuando menos por la construcción de diques, por la desviación de canales, por desecaciones, todos ellos actos humanos, nacidos de necesidades colectivas y que sólo se hicieron posibles gracias a una estructura social dada.

En el otro extremo de la cadena hay un nuevo problema: el de las consecuencias. A poca distancia del fondo del golfo había una ciudad: Brujas, que se comunicaba con él por un corto trecho de río. Por las aguas del Zwin recibía o expedía la mayor parte de las mercancías que hacían de ella, guardadas todas las proporciones, el Londres o el Nueva York de aquellos tiempos. Era notable cómo día a día el terreno se iba cegando. A medida que la superficie inundada se alejaba, los muelles de Brujas se iban adormeciendo, por más que la ciudad adelantara cada vez más sus antepuertos hacia la embocadura. Ciertamente no fue ésa, ni con mucho, la única causa de su decadencia. ¿Acaso la física incide sobre lo social sin que su acción esté preparada, favorecida o permitida por otros factores que provienen del hombre mismo? Pero en el movimiento de las ondas causales, no cabe duda de que esa causa cuenta como una de las más eficaces.

Ahora bien, la obra de una sociedad que modifica el suelo donde vive según sus necesidades es, como todos lo sentimos por instinto, un hecho "eminentemente histórico". Las vicisitudes de un poderoso centro de intercambio también lo son. En un ejemplo muy característico de la topografía del saber tenemos, por una parte, un punto de intersección donde la alianza de dos disciplinas resulta indispensable para cualquier tentativa de explicación y, por la otra, un punto de tránsito en el que, una vez que ya se ha dado cuenta de un fenómeno y sólo sus efectos han quedado sin definirse, una de las disciplinas lo cede definitivamente a la otra. ¿Qué sucedió en cada caso para que la historia haya aparecido de manera tan imperiosa? Apareció lo humano.

En efecto, hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet, un Fustel de Coulanges, nos enseñaron a reconocerlo: el objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre.[4] Mejor dicho:

---

[4] Sin traicionar a Marc Bloch, creo que se puede colocar aquí la nota a pie de página que él había previsto: "Fustel de Coulanges, lección de apertura de 1862, en la *Revue de synthese historique,* t. u, 1901, p. 243; *Michelet,* curso de la Escuela Normal, 1829, citado por G. Monod, t.I, p. 127: 'Nos ocupamos a la vez del estudio del hombre individual, esto es la filosofía, y del estudio del hombre social, esto es la historia'. Conviene agregar que más adelante Fustel dijo en una fórmula más concisa y plena lo que la exposición que se acaba de leer no hace sino comentar: 'La historia no es la acumulación de los acontecimientos de cualquier naturaleza que ocurrieron en el pasado. Es la ciencia de las sociedades humanas'. Pero, más tarde lo veremos, quizá así se reduzca al exceso la parte del individuo en la historia; el hombre en sociedad y las sociedades no son dos nociones exactamente equivalentes".

los hombres. Más que el singular que favorece la abstracción, a una ciencia de lo diverso le conviene el plural, modo gramatical de la relatividad. Tras los rasgos sensibles del paisaje, [las herramientas o las máquinas,] tras los escritos en apariencia más fríos y las instituciones en apariencia más distanciadas de quienes las establecieron, la historia quiere captar a los hombres. Quien no lo logre nunca será, en el mejor de los casos, sino un obrero manual de la erudición. El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa.

Del carácter de la historia como conocimiento de los hombres se desprende su posición particular frente al problema de la expresión. ¿Es "ciencia" o "arte"? Hacia 1800, a nuestros bisabuelos les gustaba disertar gravemente sobre este punto. Más tarde, alrededor de 1890, empapados en un ambiente de positivismo un tanto rudimentario, se pudo ver cuánto se indignaban los especialistas del método porque en los trabajos históricos la gente daba una importancia, según ellos excesiva, a lo que llamaban la "forma". [Arte contra ciencia, forma contra fondo:] una de tantas querellas que bien vale mandar engrosar el expediente de la escolástica. Ño hay menos belleza en una ecuación exacta que en una frase precisa. Pero cada ciencia tiene su propia estética del lenguaje. Los hechos humanos son, por esencia, fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medición matemática. Para traducirlos bien, y por lo tanto para penetrar bien en ellos (porque ¿acaso es posible comprender perfectamente lo que no se sabe decir?), se necesita una gran finura de lenguaje[, un color justo en el tono verbal]. Ahí donde resulta imposible calcular, se impone sugerir. Entre la expresión de las realidades del mundo físico y la expresión de las realidades del espíritu humano, el contraste es, considerándolo bien, el mismo que entre la tarea del obrero que trabaja con una fresadora y la del laudero: ambos trabajan al milímetro, pero el primero usa instrumentos mecánicos de precisión y el segundo se guía, ante todo, por la sensibilidad de su oído y sus dedos. No estaría bien que el obrero se contentara con el empirismo del laudero, ni que el laudero se pusiera a imitar al obrero. ¿Se podrá negar que así como existe un tacto de la mano, existe un tacto de las palabras?

3. EL TIEMPO HISTÓRICO

"Ciencia de los hombres", hemos dicho. Todavía es algo demasiado vago. Hay que añadir: "de los hombres en el tiempo". El historiador no sólo piensa lo "humano". La atmósfera donde su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración.

En verdad no es fácil imaginar una ciencia, cualquiera que sea, que pueda hacer abstracción del tiempo. Sin embargo, para muchas de ellas, que por convención lo dividen en fragmentos artificialmente homogéneos, el tiempo no representa más que una medida. Realidad concreta y viva, entregada a la irreversibilidad de su impulso, el tiempo de la historia, por el contrario, es el plasma mismo donde están sumergidos los fenómenos y es como el lugar de su inteligibilidad. El número de segundos, de años o de siglos que un cuerpo radioactivo necesita para convertirse en otros cuerpos es un dato fundamental para la atomística. Pero el hecho de que tal o cual de esas metamorfosis haya tenido lugar hace mil años, ayer u hoy, o bien que se deba producir mañana, probablemente interesaría al geólogo, porque la geología es, a su manera, una disciplina histórica; pero al físico lo deja perfectamente impávido. Por el contrario, ningún historiador se conformará con constatar que César tardó ocho años en conquistar Galia y que Lutero necesitó quince años para que del novicio ortodoxo de Erfurt saliera el reformador de Wittemberg. Le interesará mucho más señalar el lugar cronológico exacto de la conquista de Galia dentro de las vicisitudes de las sociedades europeas; y sin negar en modo alguno lo que una crisis del alma como la del hermano Martín pudo haber tenido de absoluto, no creerá haber rendido cuenta exacta de ella sino después de haber fijado con precisión el momento en la curva de los destinos tanto del hombre que fue su héroe como de la civilización que tuvo por clima.

Ahora bien, este tiempo verdadero es, por naturaleza, un continuo. También es cambio perpetuo. De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica. Esto, antes que nada, cuestiona hasta la razón de ser de nuestros trabajos. En el caso de dos periodos consecutivos extraídos de la sucesión interrumpida de los tiempos —el vínculo establecido por el flujo de la duración puede ser más fuerte o más

débil que la desemejanza entre ambos— ¿habrá que considerar el conocimiento del periodo más antiguo como algo necesario o como algo superfluo para el conocimiento del más reciente?]

4. EL ÍDOLO DE LOS ORÍGENES

[Nunca es malo comenzar con un *mea culpa.* La explicación de lo más próximo por lo más lejano, tan preciada por los hombres que hacen del pasado su principal tema de investigación, no pocas veces ha dominado nuestros estudios hasta la hipnosis. Bajo su forma más característica, este ídolo de la tribu de los historiadores tiene un nombre: la obsesión por los orígenes. En el desarrollo del pensamiento histórico también tiene un momento de auge particular.]

Creo que fue Renán quien escribió un día (cito de memoria, por lo tanto me temo que sin exactitud): "En todas las cosas humanas, ante todo los orígenes son dignos de estudio". Y antes de él, Saint-Beuve había dicho: "Espío y noto con[5] curiosidad lo que comienza". La idea es muy propia de su tiempo, tanto como la palabra orígenes. A los "orígenes del cristianismo"[6] respondieron un poco después aquéllos de la Francia contemporánea.[7] Sin contar los epígonos. Pero la palabra es inquietante porque es equívoca.

¿Significa simplemente los comienzos?[8] Eso sería más o menos claro. Sin embargo, habrá que hacer una reserva: para la mayoría de las realidades históricas, la noción misma de este punto inicial sigue siendo singularmente huidiza.[9] Probablemente el problema es de definición. De una definición que [, por desgracia,] con facilidad se olvida dar.

Por el contrario, ¿por orígenes deberíamos entender las causas?

---

[5]]interés y[

[6] Lucien Febvre subraya.

[7] Lucien Febvre sustituyó "aquéllos" por "orígenes", entrecomilló "orígenes de la Francia contemporánea" y subrayó.

[8] Lucien Febvre entrecomilló "comienzos".

[9]]¿De dónde hacer partir el cristianismo? ¿De la atmósfera sentimental en que, se elaboraron, en el mundo mediterráneo o iranio, las religiones de la salvación? ¿De Cristo? ¿De Pablo? ¿O de las generaciones que vieron fijarse los lineamientos esenciales del dogma?[

Entonces no habrá más dificultades de las que, constantemente y quizá más en el caso de las ciencias humanas, son inherentes por naturaleza a las investigaciones causales.

Pero entre los dos significados a menudo se establece una contaminación tanto más temible cuanto que, en general, no se percibe con mucha claridad. Para el léxico común, los orígenes son un principio que explica. Peor aún, que basta para explicar. Ahí está la ambigüedad; ahí está el peligro.

Sería de lo más interesante hacer una investigación sobre esta obsesión embriogénica, tan notoria en toda una familia de grandes inteligencias. Como sucede a menudo —nada es más difícil que establecer entre las diversas ramas del conocimiento una simultaneidad exacta— en este caso las ciencias del hombre quedaron rezagadas de las ciencias de la naturaleza. Porque hacia mediados del siglo xix, estas últimas estaban dominadas por el evolucionismo biológico, que por el contrario supone un distanciamiento progresivo de las formas ancestrales y explica el fenómeno, en cada etapa, por las condiciones de vida o del medio propias del momento. La filosofía francesa de la historia, desde [Victor] Cousin hasta Renán, recibió el gusto apasionado por los orígenes, sobre todo del romanticismo alemán. Ahora bien, este interés, en sus primeros pasos, había sido contemporáneo de una fisiología bastante anterior a la nuestra: la de los prerreformistas que, a veces en la esperma, a veces en el huevo, creían encontrar un resumen de la edad adulta. Añádase la glorificación de lo primitivo que había sido familiar al siglo XVIII francés. Pero los pensadores de la Alemania romántica, herederos de este tema, antes de transmitirlo a nuestros historiadores, sus discípulos, a su vez lo habían ataviado con los artificios de muchas seducciones ideológicas nuevas. ¿Qué palabra nuestra logrará algún día expresar la fuerza de ese famoso prefijo alemán *Ur: Urmensch, Urdichtung?* Todo inclinaba, pues, a esas generaciones a conceder, en las cosas humanas, una importancia extrema a los hechos del principio.

No obstante, otro elemento de naturaleza muy diferente también ejerció su acción. En la historia religiosa, el estudio de los orígenes adquirió espontáneamente un lugar preponderante, porque parecía proporcionar un criterio del valor de las religiones. Especialmente[10] de la religión cristiana. Ya lo sé, hoy en día algunos

[10]]del valor[

neocatólicos, entre los cuales, por otra parte, más de uno no es católico en absoluto, tienen la costumbre de burlarse de esas preocupaciones de exégeta. "No comprendo vuestra emoción, confesaba Barres a un sacerdote que había perdido la fe. ¿Qué tienen que ver con mi sensibilidad las discusiones de un puñado de estudiosos sobre unas palabras hebreas? Me basta con 'la atmósfera de las iglesias'." Y Maurras, a su vez: "¿A mí qué me interesan los evangelios de cuatro judíos oscuros?" (supongo que "oscuros" quiere decir plebeyos; porque parece difícil no reconocer a Mateo, Marcos, Lucas y Juan al menos cierta notoriedad literaria). ¡Cómo alardean estos bromistas! Sin duda, ni Pascal ni Boussuet hubieran hablado así. Quizá se pueda concebir una experiencia religiosa que no deba nada a la historia. Al deísta puro le basta con una iluminación para creer en Dios. No para creer en el Dios de los cristianos. Porque el cristianismo [ya lo mencioné antes,] es por esencia una religión histórica, entiéndase bien, cuyos dogmas primordiales se basan en acontecimientos. Vuelvan ustedes a leer su *Credo:* "Creo en Jesucristo... que fue crucificado bajo Poncio Pilatos... y que al tercer día resucitó de entre los muertos". Ahí los comienzos de la fe también son sus fundamentos.

Ahora bien, por un contagio probablemente inevitable, estas preocupaciones, que en cierta forma de análisis religioso podrían tener su razón de ser, se extendieron a otros campos de investigación donde su legitimidad era mucho más cuestionable. Ahí también una historia centrada en los principios se puso al servicio de la apreciación de los valores. ¿Qué se proponía Taine al escrutar los "orígenes" de la Francia de sus días, sino denunciar el error de una política surgida, a su juicio, de una falsa filosofía del hombre? Ya fuera en el caso de las invasiones germánicas o de la conquista normanda [de Inglaterra], el pasado se empleó con tanto ardor en la explicación del presente con el único propósito de justificarlo mejor o de condenarlo. De suerte que en muchos casos, el demonio de los orígenes quizá sólo fue un avatar de este otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar.

Regresemos, sin embargo, a los estudios cristianos. Una cosa es, para la conciencia inquieta que busca para sí misma una norma, fijar su actitud frente a la religión católica tal como se define cotidianamente en nuestras iglesias, y otra es, para el historiador,

explicar el catolicismo actual como un hecho de observación. Aunque para una comprensión justa de los fenómenos religiosos actuales sea por supuesto indispensable el conocimiento de sus comienzos, éste no basta para explicarlos. Con el fin de simplificar él problema, renunciemos incluso a preguntarnos hasta qué punto, bajo un nombre que no ha variado, la fe realmente ha permanecido inmutable en su esencia. Por intacta que se considere una tradición, siempre será necesario dar las razones de su mantenimiento. Razones humanas, se enriende; la hipótesis de una acción providencial escaparía a la ciencia. En pocas palabras, la cuestión no es saber si Jesús fue crucificado y después resucitó. Lo que ahora hay que entender es por qué tantos hombres a nuestro alrededor creen en la Crucifixión y en la Resurrección. Ahora bien, la fidelidad a una creencia evidentemente no es sino uno de los aspectos de la vida general del grupo en el que ese rasgo se manifiesta. Se sitúa en el nudo donde se intercala una multitud de rasgos convergentes, sea de estructura social, sea de mentalidad colectiva. En pocas palabras, plantea todo un problema del ambiente humano. El roble nace de la bellota. Pero llega a ser roble y continúa siendo roble sólo si encuentra las condiciones favorables del medio que no dependen de la embriología.

Se ha citado la historia religiosa sólo a manera de ejemplo. Sea cual fuere la actividad humana que se estudie, el intérprete siempre se ve acechado por el mismo error: confundir concatenación con explicación.

De hecho, ésa era la ilusión de los antiguos etimólogos, quienes creían haberlo dicho todo cuando, frente al significado actual, proporcionaban el significado más antiguo que se conocía; cuando habían probado, supongo, que la palabra *bureau* originalmente designaba a una tela o "timbre" a un tambor. Como si no hubiera todavía que explicar este deslizamiento. Como si, sobre todo, el papel de una palabra en la lengua no fuera tanto como su pasado mismo, dirigido por el estado contemporáneo del vocabulario: reflejo, a su vez, de la etapa social del momento. *Bureaux,* en la expresión *bureaux de ministére,* significa "oficinas públicas". Cuando pido "timbres" en la ventanilla del correo, el empleo que hago del término requirió, para establecerse, junto con la organización lentamente elaborada de un servicio postal, la transformación técnica, que para el mayor provecho del intercambio de ideas sustituyó la

impresión de un sello por la aplicación de una estampilla. Ello fue posible sólo porque las diferentes acepciones del antiguo nombre, especializadas por oficios, actualmente se han alejado lo suficiente como para que no haya el mínimo riesgo de confundir el timbre de mi carta con, por ejemplo, el timbre gracias al cual el laudero presume de la pureza de sus instrumentos.

"Orígenes del régimen feudal", se dice. ¿Dónde buscarlos? Algunos han respondido "en Roma". Otros "en Germania". Las razones de estos espejismos son evidentes. En efecto, en uno y otro lugares existían ciertos usos —relaciones de clientela, compañerismo guerrero, papel de la renta de la tierra como salario por servicios prestados— que las generaciones posteriores, contemporáneas en Europa de las épocas llamadas feudales, habrían de continuar. Por lo demás, no sin modificarlas considerablemente. Sobre todo, en ambas partes se usaban palabras —tales como "beneficio" *(beneficium)* entre los latinos, "feudo" entre los germanos— que esas generaciones continuaron usando, confiriéndoles, poco a poco y sin advertirlo, un contenido casi completamente nuevo. Porque, para desgracia de los historiadores, los hombres no suelen cambiar de léxico cada vez que cambian de costumbres. Ciertamente, éstas son constataciones llenas de interés. ¿Podemos pensar que agotan el problema de las causas? El feudalismo europeo, en sus instituciones características, no fue un arcaico tejido de supervivencias. Durante cierta fase de nuestro pasado, nació de todo un ambiente social.

Seignobos dice en alguna parte: "Creo que las ideas revolucionarias del siglo XVIII... provienen de las ideas inglesas del siglo XVII". ¿Quería con eso decir que por haber leído ciertos escritos ingleses del siglo anterior o por haber recibido indirectamente su influencia, los publicistas franceses del Siglo de las Luces adoptaron los principios políticos de aquéllos? Se le podrá conceder la razón, suponiendo al menos que en las fórmulas extranjeras nuestros filósofos no hayan añadido a su vez nada original en cuanto a sustancia intelectual o a tonalidad de sentimiento. Pero incluso así reducida a un préstamo, no sin mucha arbitrariedad, la historia de este movimiento de las ideas distará mucho de haber sido[11] esclarecida, porque siempre

[11]]completamente[

subsistirá el problema de saber por qué la

transmisión ocurrió en la fecha indicada, ni más tarde, ni más temprano. Un contagio supone dos cosas: generaciones microbianas, y en el instante cuando el mal prende, un "terreno".

En pocas palabras, un fenómeno histórico nunca se explica plenamente fuera del estudio de su momento. Esto es cierto para todas las etapas de la evolución. Para la que vivimos y para las otras.[12] El proverbio árabe lo dijo antes que nosotros: "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres". Por no haber meditado sobre esta sabiduría oriental, el estudio del pasado a veces se ha desacreditado.

5.PASADO Y PRESENTE

[En las antípodas de los escudriñadores de los orígenes, se colocan los devotos de lo inmediato. En una de sus obras de juventud, Montesquieu habla de esta "cadena infinita de las causas que se multiplican y combinan de siglo en siglo". De creer a algunos escritores, la cadena en el extremo más cercano a nosotros sería aparentemente muy tenue. Porque conciben el conocimiento de lo que llaman el presente casi absolutamente desligado del pasado. La idea está muy extendida como para no merecer un intento por analizar sus elementos.]

[En primer lugar conviene observarla:] tomada a la letra, sería propiamente impensable.[13] ¿Qué es en efecto el presente? En lo infinito de la duración, un punto minúsculo que sin cesar se esquiva; un instante que muere tan pronto como nace. Acabo de hablar, acabo de actuar y mis palabras o mis actos se hunden en el reino de Memoria. Éstas son las palabras, a la vez triviales y profundas, del joven Goethe: no hay presente, sólo devenir, *nichts gegenwärtig, alies vorübergehend.* Una pretendida ciencia del presente, condenada a una eterna transfiguración, se metamorfosearía, en cada momento de su ser, en ciencia del pasado.

---

[12] Creo que Lucien Febvre tachó estas dos últimas oraciones (no me parece que la tachadura sea de mi padre). No obstante las presentamos en esta edición.

[13] Este párrafo, así como los dos siguientes y una parte del tercero (hasta "con tactos demasiado ardientes"") fueron desplazados. En un principio el párrafo se encontraba en el 2, segundo párrafo del capítulo I.

Ya lo sé, se me tildará[14] de sofista. En el lenguaje común, "presenté" significa pasado cercano. Aceptemos [pues] desde ahora, sin titubear, este empleo un tanto impreciso de la palabra. Y no es que deje de ocasionar, a su vez, serias dificultades. La noción de proximidad no sólo carece de precisión —¿de cuántos años se trata?—, sino que también nos coloca en presencia del más efímero de los atributos. Si el momento actual, en el sentido estricto del término, no es sino algo qué continuamente se esfuma, la frontera entre el presente y el pasado se desplaza con un movimiento no menos constante. ¿Acaso el régimen de la moneda estable y del patrón oro, que en el pasado aparecía en todos los manuales de economía política como la norma misma de la actualidad, sigue siendo para el economista de hoy en día algo actual o es ya historia que huele un poco a viejo? Sin embargo, tras estos paralogismos es fácil descubrir un haz de ideas menos inconsistentes, cuya simplicidad, al menos aparente, ha seducido a algunas mentes.

En el vasto decurso del tiempo, se cree que es posible apartar una fase de extensión corta. Relativamente poco distante de nosotros en su punto de partida, esa fase comprende en su última etapa los días en que vivimos. Nada en ella, ni las características más sobresalientes del estado social o político, ni las herramientas materiales, ni la tonalidad general de la civilización presentan, al parecer, diferencias profundas respecto al mundo en el cual nos desenvolvemos. En pocas palabras, parece estar afectada, en relación con nosotros, por un coeficiente muy fuerte de "contemporaneidad". De ahí el honor o la limitación de que esa fase no se confunda con el resto del pasado. "Lo que sucede a partir de 1830, ya no es historia", nos decía uno de nuestros profesores de liceo, que era [muy] viejo cuando yo era muy joven: "eso es política": Hoy en día ya no se diría "a partir de 1830" —las Tres Gloriosas, a su vez, han envejecido—, ni "eso es política". Se diría más bien, con un tono respetuoso: "es sociología"; o, con menos consideración: "periodismo". Muchos sin embargo repetirían de buen grado: lo que sucede a partir de 1914 o de 1940 ya no es historia. Por lo demás, sin entenderse bien sobre los motivos de este ostracismo.[15]

---

[14]]aquí[

[15] En la primera versión, el final de este párrafo se encontraba antes de esta oración que a principios del párrafo siguiente empezaba por: "Por lo demás, sin ponerse bien de acuerdo".

Algunos,[16] al considerar que los hechos más cercanos a nosotros son, por lo mismo, rebeldes a todo estudio realmente sereno, simplemente quieren evitar que la casta Clío tenga contactos demasiado ardientes.[17] [Me imagino que así pensaba mi antiguo maestro. Lo que sin duda supone poco control sobre nuestros nervios y también olvida que, cuando las resonancias sentimentales entran en juego, el límite entre lo actual y lo no actual dista mucho de determinarse necesariamente por la medida matemática de un intervalo de tiempo.] Cuánto se equivocaba mi buen director del liceo languedociano, donde yo haría mis primeras armas,[18] cuando me advertía con su vozarrón de capitán de enseñanza: "Aquí, el siglo xix no es muy peligroso;[19] cuando toque usted las guerras de Religión, sea muy prudente". En verdad, quien una vez ante su mesa de trabajo no tiene la fuerza para sustraer su cerebro del virus del momento será muy capaz de dejar que las toxinas se filtren hasta en un comentario sobre la *Ilíada* o el *Ramayana.*

Por el contrario, otros estudiosos consideran con justa razón que el presente humano es perfectamente susceptible de conocimiento científico. Pero reservan su estudio a disciplinas muy distintas de aquella que tiene por objeto al pasado. Analizan; por ejemplo, pretenden comprender la economía contemporánea con ayuda de observaciones limitadas, en el tiempo, a algunas décadas. En pocas palabras, consideran que la época en la que viven está separada de las que la precedieron por contrastes muy vivos como para no llevar en sí misma su propia explicación. También es esa la actitud instintiva de muchos simples curiosos. La historia de los periodos un poco lejanos sólo los seduce como un inofensivo lujo intelectual. Así, por un lado tenemos un puñado de anticuarios ocupados por una macabra dirección en desfajar a los dioses muertos y por la otra a los sociólogos, economistas, publicistas —únicos exploradores de lo vivo...

Lo curioso es que la idea de este cisma surgió hace muy poco.[20]

---

[16]]—evidentemente entre ellos estaría mi antiguo maestro—[

[17] El principio de este párrafo, así como los dos anteriores se encontraban, en la primera versión, en la segunda división del capítulo I.

[18]]de profesor[

[19]]pero[

[20] Las dos primeras oraciones de este párrafo, en forma bastante distinta, se encontraban, en la primera redacción, antes del pasaje sobre la naturaleza del pre sente.

Los antiguos historiadores griegos, un Heródoto, un Tucídides, los verdaderos maestros de nuestros estudios, los antepasados cuyas imágenes merecerían figurar eternamente en el *celia* de la corporación, más cerca de nosotros jamás soñaron que para explicar la tarde bastaría conocer, a lo mucho, la mañana.[21] "Quien quiera atenerse al presente, a lo actual, no comprenderá lo actual", escribía[22] Michelet, en las primeras líneas de su hermoso libro *El pueblo,* que sin embargo se estremecía con las fiebres del siglo. Y ya Leibniz colocaba, entre los beneficios que esperaba de la historia, "los orígenes de las cosas presentes encontrados en las cosas pasadas"; porque, añadía, "una realidad no se comprende mejor sino por sus causas".

Pero desde Leibniz, desde Michelet, se produjo un hecho importante: las revoluciones sucesivas de las técnicas ampliaron de manera desproporcionada el intervalo psicológico entre las generaciones. Tal vez no sin [algo de] razón el hombre de la edad de la electricidad y del avión se siente muy alejado de sus antepasados. Con mayor imprudencia, concluye de buen grado que ha dejado de estar determinado por ellos. Agregúese el giro modernista innato a toda mentalidad de ingeniero. Para echar a andar o reparar un dinamo ¿acaso es necesario haber penetrado en las ideas del viejo Volta sobre el galvanismo? Por una analogía sin lugar a dudas coja, pero que se impone espontáneamente a más de una mente sometida a la máquina, también se pensará que para comprender los grandes problemas humanos de la actualidad y para tratar de resolverlos, no sirve de nada haber analizado sus antecedentes. Algunos historiadores, que sin advertirlo también se encuentran dentro de esta atmósfera mecanicista, dicen a coro: "Como explicación del presente, la historia se reduciría casi al estudio del periodo contemporáneo". No temían escribir así dos de ellos en 1899.

[Considerado de cerca,] el privilegio de la autointeligibilidad que de esta manera se le reconoce al presente se apoya en una serie de extraños postulados.

En primer lugar, supone que en el intervalo de una o dos generaciones, las condiciones humanas han sufrido un cambio no sólo muy rápido, sino también total, de suerte que ninguna institución

---

[21] Lucien Febvre prefirió la oración de la primera redacción: "Sin embargo, habremos de pensar... plantear".

[22]]en el siglo pasado[

con cierta antigüedad, ningún comportamiento tradicional habría escapado a las revoluciones del laboratorio o de la fábrica. Se olvida la fuerza de la inercia propia a tantas creaciones sociales. El hombre se pasa la vida montando mecanismos de los que después se vuelve prisionero más o menos voluntario. ¿Qué observador al recorrer las tierras del Norte no se ha impresionado por el extraño diseño de los campos? A pesar de las atenuaciones que en el curso de los tiempos las vicisitudes de la propiedad han aportado al esquema primitivo, el espectáculo de esas tiras desproporcionadamente angostas y alargadas que fragmentan la cierra arable en un número prodigioso de parcelas todavía confunde al agrónomo. El derroche de esfuerzos que implica semejante disposición, las molestias que impone a quienes las explotan son incuestionables. ¿Cómo explicarla? A través del Código Civil y sus inevitables efectos, han respondido algunos publicistas demasiado impacientes. Y agregan: modifiquen nuestras leyes sobre la herencia y terminarán con el mal. Si hubieran conocido mejor la historia, si también hubieran interrogado mejor *a* una mentalidad campesina formada por siglos de empirismo, hubieran considerado el remedio menos fácil. De hecho esta estructura se remonta a orígenes tan lejanos, que hasta hoy en día ningún estudioso ha logrado dar una explicación satisfactoria;[23] los roturadores de la época de los dólmenes probablemente tienen que ver con ese asunto más que los legisladores del primer Imperio.[24] Al prolongarse aquí el error sobre la causa, como ocurre casi necesariamente a falta de terapéutica, la ignorancia del pasado no se limita a entorpecer el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, a la acción misma.

Pero hay más. Para que una sociedad, cualquiera que sea, pudiera estar del todo determinada por el momento inmediatamente anterior al que vive, no sólo necesitaría una estructura tan adaptable al cambio, que la dejaría auténticamente deshuesada; además necesitaría que los cambios entre las generaciones ocurriesen sólo, si se me permite decirlo así, a manera de fila india: los hijos sin otro contacto con sus antepasados que por mediación de sus padres.[25]

Ahora bien, esto no sucede ni siquiera con las comunicaciones

---

23]y[

24]No ha dejado de ordenar la vida de muchas de nuestras comunidades rurales. [

25 Todo este párrafo fue rescrito.

puramente orales.[26] [Obsérvense, por ejemplo, nuestros pueblos.] Debido a que las condiciones de trabajo mantienen al padre y a la madre alejados de los hijos pequeños durante casi todo el día, los niños son educados sobre todo por sus abuelos. En cada nueva formación de las mentes, se da un paso hacia atrás, el cual, por encima de la generación [eminentemente] portadora de cambios, une los cerebros más maleables con los más cristalizados. [Sin duda de ahí viene, antes que nada, el tradicionalismo inherente a tantas sociedades campesinas. El caso es particularmente claro. No es único. Como el antagonismo natural a los grupos de edad se da principalmente entre grupos limítrofes, más de una generación de jóvenes se debe a las lecciones de los viejos por lo menos tanto como a la de los hombres maduros.]

Con mayor razón, lo escrito facilita enormemente [, entre dos generaciones a veces muy separadas,] esas transferencias de pensamientos que propiamente dan continuidad a una civilización. Lutero, Calvino, Loyola: quizá hombres de otros tiempos, hombres del siglo XVI; el historiador que trate de comprenderlos y hacer que se les comprenda tendrá como primera tarea volver a situarlos en su medio, sumergidos en la atmósfera mental de su tiempo, de cara a problemas de conciencia que no son exactamente los nuestros. Sin embargo, ¿nos atreveríamos a decir que para el mundo actual la comprensión justa de la Reforma protestante o de la Reforma católica, separadas de nosotros por un espacio varias veces centenario, no importa más [que el de muchos otros movimientos de ideas o sensibilidades, sin duda más cercanas en el tiempo, pero más efímeras?]

Después de todo, el error está claro y probablemente para acabarlo basta con formularlo. Hay quienes representan la corriente de la evolución humana formada por una serie de breves y profundas sacudidas, cada una de las cuales no duraría sino el término de unas cuantas vidas. Por el contrario, la observación prueba que en este inmenso continuo, las más grandes conmociones son perfectamente capaces de propagarse desde las moléculas más distantes hasta a las más cercanas.[27] ¿Qué diríamos de un geofísico

[26]]Ya lo he expuesto en otra parte; la principal razón del espíritu tradicionalista innato a casi todas las sociedades rurales son probablemente las condiciones de trabajo...[

[27]]y por ende —retomando la expresión de Michelet— negar que lo "actual" sólo se puede

que, conforme con contar los miríametros, consideraría que la acción de la Luna sobre nuestro globo es mucho más importante que la del Sol? [En la duración como en el cielo, la eficacia de una fuerza no se mide exactamente por la distancia.]

En fin, entre las cosas pasadas ¿habrá que considerar inútil el conocimiento de aquellas —creencias que desaparecen sin dejar la menor huella, formas sociales abortadas, técnicas muertas— que al parecer han dejado de dominar al presente? Ello sería olvidar que no existe conocimiento verdadero sin una cierta escala de comparación. A condición, por supuesto, de que se confronten realidades diversas pero también parecidas. No se podrá negar que éste sea el caso. Ciertamente, ya no creemos hoy en día, como escribía Maquiavelo o como pensaban Hume o Bonald, que en el tiempo haya "por lo menos algo inmutable: el hombre". Hemos aprendido que el hombre también ha cambiado mucho: en su mente y, probablemente, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo. ¿Cómo podría ser de otro modo? Su atmósfera mental se ha transformado profundamente; su higiene y su alimentación también. Sin embargo, es necesario que en la naturaleza humana y en las sociedades humanas haya un fondo permanente, sin el cual los nombres mismos de hombre y de sociedad no significarían nada. ¿Creeremos, pues, comprender a estos hombres si sólo los estudiamos en sus reacciones frente a circunstancias particulares del momento? Incluso la experiencia resulta insuficiente para explicar lo que son en ese momento. Muchas potencialidades provisionalmente poco aparentes pero que en cualquier momento pueden despertarse, muchos motores más o menos inconscientes, muchas actitudes individuales o colectivas permanecerán en la sombra. Una experiencia única nunca es *capaz* de discriminar sus propios factores, por ende, de dar su propia interpretación.[28]

[Asimismo esta solidaridad entre las edades es tan fuerte que los lazos de inteligibilidad entre ellas tienen en verdad un doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la

---

explicar por completo gracias al pasado, equivaldría a caer en un error semejante al del físico[

[28] Se puede considerar que este nuevo párrafo sustituye un pasaje mucho más corto de la primera redacción: "El presente y el pasado se penetran entre sí. A tal punto que en lo que se refiere a la práctica del oficio de historiador, sus lazos tienen doble sentido. Si para quien quiere comprender el presente, la ignorancia del pasado resulta funesta, lo recíproco —aunque no siempre se caiga claramente en la cuenta— no es menos cierto".

ignorancia del pasado. Pero quizá es igualmente vano esforzarse por comprender el pasado, si no se sabe nada del presente.] Ya he recordado en otro lugar la anécdota: Acompañaba a Henri Pirenne en Estocolmo. Apenas habíamos llegado, me dijo: "¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un ayuntamiento nuevecito. Empecemos por él". Después, como si quisiera evitar mi asombro, añadió: "Si fuera anticuario, no tendría ojos más que para las cosas antiguas.[29] Pero soy historiador. Por eso amo la vida". En efecto, esta facultad para aprehender lo vivo es la principal cualidad del historiador. No nos dejemos engañar por cierta frialdad de estilo,[30] los más grandes entre nosotros la han tenido:[31] Fustel o Mainland a su manera, que era más austera y Michelet, no menos. Y quizá esta facultad sea en sus orígenes un don de las hadas que nadie podría pretender adquirir fuera de la cuna. Pero no por eso es menos necesario ejercerla y desarrollarla constantemente. Cómo hacerlo sino de la misma manera como el propio Pirenne nos lo enseñaba, a través de un contacto permanente con el presente.

Porque el estremecimiento de la vida humana, que requiere de un gran esfuerzo para ser restituido a los textos antiguos, es [aquí] directamente perceptible a nuestros sentidos.[32] En muchas ocasiones, yo había leído y contado historias de guerras y batallas. ¿Pero conocía realmente, en el sentido pleno del verbo conocer, conocía por dentro lo que para un ejército es quedar cercado y para un pueblo sufrir la derrota, antes de haber experimentado yo mismo esa náusea atroz? Durante el verano y el otoño de 1918, antes de haber respirado la alegría de la victoria —con la que verdaderamente espero algún día volver a llenar mis pulmones, aunque el perfume, desgraciadamente, no será el mismo— ¿sabía yo realmente lo que encierra esa hermosa palabra? En verdad, inconscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas con nuevos tintes donde es preciso, los elementos que nos sirven para reconstruir[33] el pasado. ¿Qué sen-

---

[29]]pero no soy anticuario. [

[30]]verdadera

[31]]bajo formas diversas[

[32]]y a nuestra inteligencia[

[33]]para imaginar[

tido tendrían para nosotros las palabras que empleamos para caracterizar los estados de ánimo desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, si no hubiéramos visto antes vivir a los hombres? Es [mil veces preferible] sustituir esa asimilación instintiva por una observación voluntaria y controlada. Supongo que un gran matemático no será menos grande por haber cruzado el mundo en el que vive con los ojos cerrados. Pero el erudito a quien no le gusta mirar a su alrededor ni a los hombres, ni las cosas, ni los acontecimientos, [él] tal vez merecería, como decía Pirenne, el nombre de útil anticuario. Haría bien en renunciar al de historiador.

Por otra parte, la educación de la sensibilidad histórica no siempre es la única en juego. Sucede que en una línea[34] dada, el conocimiento del presente importa de una manera aún más directa para la comprensión del pasado.

En efecto, sería un grave error creer que el orden adoptado por los historiadores en sus investigaciones debe modelarse conforme al de los acontecimientos. Aunque luego tengan que restituir su verdadero movimiento a la historia, a menudo pueden sacar provecho si comienzan a leerla, como decía Maitland, "al revés".[35] Porque el camino natural de toda investigación es ir de lo mejor conocido o lo menos mal conocido a lo más oscuro.[36] Probablemente, dista mucho de que la luz de los documentos se vuelva progresivamente más viva a medida que descendemos por el hilo de las edades. Por ejemplo, estamos incomparablemente menos informados sobre el siglo x de nuestra era que sobre la época de César o de Augusto. En la mayoría de los casos, los periodos más cercanos sí coinciden con las zonas de relativa claridad. Añádase que al proceder mecánicamente de atrás para adelante, siempre se corre el riesgo de perder el tiempo buscando los principios o las causas de los fenómenos que, a la luz de la experiencia, quizá resulten imaginarios. Por no haber practicado un método prudentemente regresivo ahí donde era necesario, los más ilustres entre nosotros a veces se abandonaron a extraños errores. Fustel de Coulanges se dedicó a buscar los "orígenes" de instituciones feu-

---

34]de estudios[

35]a partir de lo más reciente para llegar a lo más lejano[

36]—para hablar como Maitland— acostumbrar los ojos al crepúsculo antes de hundirse en la noche. [

dales, de las que me temo se formó una imagen bastante confusa y [las premisas] de una servidumbre que, mal enterado por las descripciones de segunda mano, concebía bajo tintes del todo falsos.

Ahora bien, quizá menos excepcionalmente de lo que se piensa, sucede que para alcanzar la luz resulta necesario llegar hasta el presente. Ya sabemos que en cada uno de sus rasgos fundamentales, nuestro paisaje rural data de épocas sumamente lejanas. Pero, para interpretar los escasos documentos que nos permiten penetrar en esa brumosa génesis, para plantear correctamente los problemas, incluso para tener idea de ellos, hubo que cumplir con una primera condición: observar, analizar el paisaje actual. Porque sólo *él* podía proporcionar la perspectiva de conjunto de la que era indispensable partir. Ciertamente no se puede imponer de adelante hacia atrás esta imagen, inmovilizada de una vez por todas, en cada etapa del pasado con la que uno se vaya encontrando. Tanto en un tiempo como en el otro lo que el historiador quiere captar es un cambio. Pero en la película que está considerando, sólo el último rollo está intacto. Para reconstruir los trazos rotos de los otros, primero hubo que enrollar la bobina en sentido inverso a las tomas.

[No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo, que sin cesar necesita unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más amplio, el menos exclusivo, también el más cargado de conmovedores recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular; por ende el mejor. Al proponer que se prolongue hasta el presente, en contra de ciertos prejuicios, por lo demás menos antiguos que la palabra misma, no pretendemos —¿habrá que defendernos contra ello?— ninguna reivindicación corporativa. La vida es demasiado breve y los conocimientos se adquieren muy lentamente como para permitir, incluso al mayor genio, tener una experiencia total de la humanidad. El mundo actual, tanto como la edad de piedra y la egiptología siempre tendrán sus especialistas.

A unos como a otros, simplemente se les pide recordar que las investigaciones históricas no padecen de autarquía. Aislado, ningún especialista entenderá nada sino a medias, incluso en su propio campo de estudio; y la única historia verdadera, que no puede hacerse sino con ayuda mutua, es la historia universal.]

Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites también pueden marcarse por la naturaleza propia de sus métodos. Falta todavía preguntarnos si, a medida en que nos acercamos o alejamos del momento presente, las técnicas mismas de la encuesta no deberían ser radicalmente distintas. Esto equivale a plantear el problema de la observación histórica.

II. LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

1. [RASGOS GENERALES DE LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA]

[Para empezar, coloquémonos decididamente en el estudio del pasado.]

Los rasgos más aparentes de la información histórica [, entendida en el sentido restringido y usual del término,] han sido descritos muchas veces. Se nos dice que, por definición, el historiador se halla en la absoluta imposibilidad de constatar por sí mismo los hechos que estudia. Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés; ningún especialista de las guerras napoleónicas ha oído el cañón de Austerlitz. Por lo tanto no podemos hablar de las edades que nos precedieron sino a partir de los testigos. Respecto de ellas, estamos en la misma situación que el juez que intenta reconstituir el crimen al que no asistió, o el físico, que obligado a quedarse en cama por la gripa, no se entera de los resultados de sus experimentos sino por los informes del asistente de laboratorio. En breve, en contraste con el conocimiento del presente, el conocimiento del pasado es forzosamente "indirecto".

Que haya en todas estas observaciones una[1] parte de verdad, nadie pensará en negarlo. Sin embargo, exigen que las maticemos sensiblemente.

Supongamos que un jefe militar acaba de obtener una victoria. Inmediatamente se pone a escribir el relato de ella. Ha concebido el plan de la batalla. La ha dirigido. Gracias a la pequeña extensión del terreno [porque decididos a poner todos los triunfos en nuestro juego, imaginamos un encuentro de otros tiempos, concentrado en poco espacio], pudo presenciar la casi totalidad de la pelea. No dudemos sin embargo de que para más de un episodio esencial haya tenido que remitirse a los informes de sus tenientes.[2] [En su narración, adoptará la misma conducta que la que había

[1]]gran[

[2]]que a su vez fueron establecidos en gran medida gracias a los informes que redactaban los subalternos[

tenido algunas horas antes, cuando estaba en la acción. Para adaptar entonces, en cada momento, los movimientos de sus tropas a las vicisitudes del combate, ¿qué informaciones le habrán sido más útiles: las imágenes confusas, más o menos entrevistas a través de sus binoculares o los informes que le traían al galope sus correos o sus ayudantes de campo? Rara vez el conductor de hombres se conforma con su propio testimonio. Aun cuando se haga tan favorable hipótesis, ¿qué nos queda de la famosa observación directa, pretendido privilegio del estudio del presente?

En verdad, casi siempre ésta no es más que un señuelo, al menos tan pronto como el horizonte del observador se amplía un poco.] Toda recolección de cosas vistas se compone en gran medida de cosas vistas por otros. Como economista, estudio el movimiento de las transacciones que se hicieron este mes, esta semana. No tengo otro recurso para hacerlo que las estadísticas elaboradas por otros. Como explorador del punto extremo de lo actual, me dedico a sondear la opinión pública sobre los grandes problemas del momento. Hago preguntas, apunto, comparo,[3] cuento las respuestas. ¿Qué me dan éstas sino la imagen, más o menos torpe, de lo que mis interlocutores creen pensar o la que quieren presentarme como su pensamiento? Ellos son los sujetos de mi experimento. Pero mientras que un fisiólogo que diseca un conejillo de Indias percibe con sus propios ojos la lesión o la anomalía que busca, sólo conozco[4] el estado de ánimo de mis "hombres de la calle" a través del cuadro que ellos mismos aceptan proporcionarme. Porque en el inmenso tejido de acontecimientos, de gestos y palabras que componen el destino de un grupo humano, el individuo no percibe sino un rinconcito, estrechamente limitado por sus sentidos y su facultad de atención. Porque [además] nunca posee[5] la conciencia inmediata de sus propios estados mentales: todo conocimiento de la humanidad en el tiempo, independientemente de su punto de aplicación, sacará siempre de los testimonios de otros gran parte de su sustancia. [A este respecto, el investigador del presente no está mucho más favorecido que el historiador del pasado].

[Pero hay más.] ¿Será cierto que la observación del pasado, aun de un pasado muy remoto, sea tan "indirecta"?

3]y[

4]yo mismo[

5]gracias a una introspección sumamente frágil[

Son muy claras las razones por las cuales la impresión de este alejamiento entre objeto de conocimiento e investigador se impuso con tanta fuerza a muchos teóricos de la historia. Y es que pensaban ante todo en una[6] historia de acontecimientos, incluso de episodios; quiero decir en una historia, que con razón o sin ella —no es el momento aún de discutirlo— se preocupa extremadamente por registrar con exactitud los actos, palabras o actitudes de algunos personajes, reunidos en una escena relativamente corta donde se juntan, como en la tragedia clásica, todas las fuerzas de crisis del momento: jornada revolucionaria, combate, entrevista diplomática. Se ha narrado que el 2 de septiembre de 1772, se paseó la cabeza de la princesa de Lamballe clavada en la punta de un pico bajo las ventanas de la familia real. ¿Será cierto? ¿Será falso? Pierre Carón, quien escribió un libro de admirable probidad sobre las *Masacres* no se atrevió a pronunciarse sobre este punto. Si él hubiera podido contemplar el horrible cortejo desde una de las torres del templo, sabría seguramente a qué atenerse. Supongamos que al menos hubiera conservado debidamente en estas circunstancias la sangre fría de un estudioso y anotado inmediatamente sus observaciones, desconfiando no sin razón de su memoria. En semejante caso, no hay duda de que el historiador se siente en una posición un poco humillante respecto del verdadero testigo del hecho presente. Es como si estuviera en la cola de una columna donde las opiniones se transmiten desde la cabeza, de fila en fila. No es un muy buen lugar para estar bien informado. Hace tiempo, durante un relevo nocturno, vi cómo se[7] transmitía a lo largo de la fila el grito: "¡Cuidado! ¡Hoyos de obuses a la izquierda!" El último hombre recibió el grito bajo la forma: "Háganse a la izquierda", dio un paso hacia ese lado y se desplomó.

Sin embargo, existen otras eventualidades. En las paredes de ciertas ciudadelas sirias construidas algunos milenios antes de Cristo, los arqueólogos han encontrado en nuestros días [vasijas llenas de] esqueletos de niños, embutidas entre las piedras. Como no podemos razonablemente suponer que esos huesos hayan llegado ahí por casualidad, deducimos que nos encontramos frente a restos de

[6]]otra[
[7]]intentaba transmitir[

sacrificios humanos, realizados en el momento mismo de la construcción y vinculados con ella. Acerca de las creencias que expresan esos ritos, probablemente tendremos que remitirnos a testimonios de la época, si es que existen, o proceder por analogía mediante otros testimonios. ¿Cómo podríamos conocer[8] una fe que no compartimos sino a través de los decires de otros? Tal es el caso[, cabe repetirlo,] de todos los fenómenos de conciencia tan pronto como nos son ajenos. En cambio, en cuanto al hecho mismo del sacrificio, tenemos una posición muy distinta. Es cierto que no lo captamos de manera inmediata, así como el geólogo no percibe la amonita en el fósil que descubre, o el físico el movimiento molecular cuyos efectos descubre en el movimiento browniano. Pero el simple razonamiento que al excluir cualquier otra posibilidad de explicación nos permite pasar del objeto verdaderamente constatado al hecho del que este objeto es la prueba —trabajo de interpretación rudimentario muy cercano, finalmente, [a las operaciones mentales instintivas] sin las cuales ninguna sensación se volvería percepción— no ha exigido en absoluto la interposición de otro observador entre la cosa y nosotros. Los especialistas del método[9] generalmente han entendido por conocimiento indirecto aquel que no llega a la mente del historiador sino por el canal de diferentes mentes humanas.[10] [La palabra, quizá, no ha sido muy bien escogida; se limita a indicar la presencia de un intermediario; no se ve porque esa cadena tendría que ser forzosamente de naturaleza humana. Sin discutir la palabras, aceptemos, sin embargo, el uso común. En ese sentido nuestro conocimiento de las inmolaciones murales en la antigua Siria seguramente no tiene nada de indirecto.

Ahora bien, muchos otros vestigios del pasado nos ofrecen un acceso igualmente llano. Tal es el caso de la inmensa mayoría de testimonios no escritos y, en buena parte, de los testimonios escritos. Si los teóricos más conocidos de nuestros métodos no hubieran manifestado hacia las técnicas propias de la arqueología tan sorprendente y soberbia indiferencia, si no se hubieran obsesionado en el orden documental con el relato y en el orden de los hechos

[8]]sea lo que sea[

[9]]histórico[

[10]]Entendido en este sentido, el término ya no vale para nuestro conocimiento de los sacrificios sirios.[

con el acontecimiento, nos habrían orientado menos hacia una observación eternamente dependiente. En las nimbas reales de Ur, en Caldea, se encontraron granos de collares hechos con amazonita. Como los yacimientos más cercanos de esta piedra se sitúan en el corazón de la India o en los alrededores del lago Baïkal, se llegó a la conclusión de que desde el tercer milenio antes de nuestra era, las ciudades del Bajo Eufrates tenían relaciones de intercambio con tierras sumamente lejanas. La inducción podrá parecer buena o frágil. Sea el que sea el juicio que nos formemos de ella, es innegablemente *una* inducción del tipo más clásico: se funda en la constatación de un hecho sin que intervenga la palabra de otro. Pero los documentos materiales distan mucho de ser los únicos en tener el privilegio de poder ser aprehendidos de primera mano. Así como el sílex, tallado antaño por el artesano de las edades de piedra,] un rasgo de lenguaje, una regla de derecho incorporada en un texto, [un rito fijado por un libro de ceremonias o representado en una estela] son realidades que captamos y explotamos gracias a un esfuerzo de inteligencia estrictamente personal. [Para ello, no necesitamos de ningún otro cerebro humano, de ningún intermediario. Para retomar nuestra comparación anterior, no es cierto que el historiador no tenga otra manera de saber lo que pasa en su laboratorio sino por los informes de un extraño. Es cierto que nunca llega hasta después de terminado el experimento. Pero si las circunstancias le son favorables, el experimento habrá dejado residuos que no le será imposible percibir con su propios ojos.]

Por lo tanto, es en otros términos, a la vez menos ambiguos y más comprensivos, como conviene definir las indiscutibles peculiaridades de la observación histórica.

Como primer rasgo, el conocimiento de todos los hechos humanos en el pasado y de la mayoría de ellos en el presente, tiene que ser un conocimiento por huellas[, según la afortunada expresión de François Simiand]. Trátese de los huesos amurallados en los baluartes sirios, de una palabra cuya forma o uso revela una costumbre, del relato escrito por el testigo de una escena antigua [o reciente], ¿qué entendemos, en efecto, por documento sino una "huella", es decir la marca de un fenómeno que nuestros sentidos pueden percibir, pero imposible de captar en sí mismo? Poco importa que el objeto original resulte por naturaleza inaccesible a la

sensación, como el átomo cuya trayectoria se ha hecho visible en la cámara de Wilson; poco importa que el objeto se haya transformado con el tiempo como el helécho, podrido desde hace milenios cuya huella subsiste en el bloque de hulla, o como las solemnidades que han caído en desuso y que vemos pintadas y comentadas en las paredes de los templos egipcios. En ambos casos, el procedimiento de reconstitución es el mismo y todas las ciencias ofrecen de ello múltiples ejemplos.[11] [Pero el hecho de que muchos investigadores de todo tipo no puedan captar ciertos fenómenos centrales sino a través de otros fenómenos que se derivan de los primeros, no significa en modo alguno que haya entre ellos una perfecta igualdad de medios. Puede ser que, como el físico, tengan el poder de provocar ellos mismos la aparición de esas huellas. Pero puede ser, al contrario, que se vean obligados a esperarla del capricho de fuerzas sobre las que no pueden mínimamente influir.] En uno u otro caso, su posición será por supuesto totalmente diferente. ¿Qué sucede con los observadores de los hechos humanos? Aquí las cuestiones de fecha recuperan sus derechos.[12]

[Parece bastante obvio que todos los hechos humanos algo complejos escapan a la posibilidad de una reproducción o de una orientación voluntarias; regresaremos sobre este punto más adelante. Es cierto] que desde las medidas más elementales de sensación hasta los textos más refinados de la inteligencia o la emotividad, existe[13] una experimentación psicológica. Pero de hecho, ésta sólo se aplica al individuo. La psicología colectiva le es casi completamente rebelde. Suponiendo que se pueda, nadie se atrevería a suscitar deliberadamente el pánico o un movimiento de entusiasmo religioso. Sin embargo, cuando los fenómenos estudiados pertenecen al presente o al pasado más cercano, el observador, aunque no pueda obligarlos a repetirse o incidir a su voluntad en su desarrollo, no se encuentra tan desarmado frente a sus huellas.

---

[11]]Pero a ese primer rasgo, se agrega otro: siempre cuando se trata del pasado y a menudo cuando se trata del presente. El observador es incapaz de provocar por sí mismo la aparición de estas huellas.[

[12] En la primera redacción seguía un largo párrafo que ha sido suprimido en esta redacción.

[13] En la primera redacción, esas últimas oraciones eran el objeto de un párrafo que empieza así: "Sin embargo, tengamos cuidado".

Puede literalmente dar existencia[14] a algunas de ellas. Se trata de los informes de los testigos.

El 5 de diciembre de 1905, era tan imposible como hoy que se repitiera la experiencia de Austerlitz. Sin embargo, ¿qué habían hecho en la batalla tal o cual regimiento? Si Napoleón hubiera querido informarse sobre ello [algunas horas después de cesar el fuego], dos palabras le habrían bastado para que uno de sus oficiales le entregara un informe.[15] ¿Pero acaso se ha hecho alguna relación pública o privada de este tipo? ¿Se habrán perdido las que se escribieron?[16] Por más que nos hagamos la misma pregunta, ésta correrá el riesgo de permanecer eternamente sin respuesta[, junto con otras mucho más importantes]. ¿Qué historiador no ha soñado, como Ulises, que podía alimentar las sombras con sangre a fin de interrogarlas?[17] [Pero los milagros de la *Nekuia* ya pasaron de moda y no tenemos otra máquina para remontar el tiempo sino la que funciona en nuestro cerebro, con los materiales que nos proporcionan las generaciones pasadas.]

[Probablemente tampoco habría que exagerar los privilegios del estudio del presente.] Imaginemos que todos los oficiales, que todos los hombres de regimiento hayan fallecido; o simplemente que entre los sobrevivientes ya no se encuentren testigos cuya memoria o facultades de atención sean dignos de crédito. En este caso, Napoleón no hubiera estado más favorecido que nosotros.[18] Cualquiera que haya participado en una gran acción[, aunque sea con el papel más humilde,] sabe perfectamente que puede ser imposible precisar un episodio, a veces capital, al cabo de unas cuantas horas. Cabe agregar que todas las huellas no se prestan [con la misma docilidad] a esa evocación posterior. Si en noviembre de 1942 las aduanas han descuidado el registro diario de la entrada y salida de mercancías, en diciembre no tendré prácticamente modo alguno de evaluar el comercio exterior del mes anterior. [En una palabra, entre la encuesta sobre lo lejano y la encuesta sobre lo inmediatamente próximo, una vez más, la diferencia no es sino una

---

[14] El pasaje que comienza aquí con: "Pero de hecho, ésta sólo se aplica al in dividuo" corresponde en la primera redacción a un planteamiento muy modi ficado.

[15]](aunque se someta después a la crítica; eso es otro aspecto).[

[16]]Quizás.[

[17]]¡Desafortunadamente sin éxito![

[18]]somos[

diferencia de grado. No afecta a los métodos en profundidad. No por ello carece de importancia y conviene sacar las consecuencias de ese fenómeno.]

El pasado es por definición algo dado que ya no será modificado por nada. Pero el conocimiento del pasado es una cosa en progreso que no deja de transformarse y perfeccionarse. A quien dudara de ello, bastaría con recordarle[19] lo que hemos presenciado desde hace más de un siglo. Inmensos lienzos de la humanidad salieron de las brumas. Egipto y Caldea sacudieron sus sudarios. Las ciudades muertas de Asia central revelaron sus lenguas que ya nadie sabía hablar, sus religiones desde hace tiempo apagadas. [Toda] una civilización ignorada acaba de levantarse de su tumba a orillas del Indo. [No es todo] y la ingeniosidad de los investigadores que indagan aún más en las bibliotecas, que abren en los viejos suelos nuevas zanjas, no trabaja sola, [ni quizá con la mayor eficacia] para enriquecer la imagen de los tiempos cumplidos. Varios procedimientos de investigación desconocidos hasta hoy también han surgido. Sabemos mejor que nuestros antecesores cómo interrogar las lenguas acerca de las costumbres, las herramientas acerca del obrero. Hemos aprendido sobre todo cómo profundizar en el análisis de los hechos sociales. El estudio de las creencias y de los ritos populares apenas está desarrollando sus primeras perspectivas. La historia de la economía —de la que Cournot, al enumerar [antaño] los aspectos diversos de la investigación histórica no tenía[20] siquiera idea— empieza apenas a constituirse. Todo esto es cierto y despierta las mayores esperanzas, aunque no ilimitadas. Ese sentimiento de progresión verdaderamente indefinida que da una ciencia como la química, [capaz de crear hasta su propio objeto], nos es vedado.

Y es que los exploradores del pasado no son hombres del todo libres. El pasado[21] es su tirano. No les permite conocer de él sino lo que él mismo les proporciona[, conscientemente o no]. Nunca podremos establecer una estadística de precios en la época merovingia, porque ningún documento registró estos precios en cantidad suficiente. Nunca podremos penetrar en la mentalidad de los hombres del siglo xi europeo, por ejemplo, como lo hacemos en

[19]]todo[
[20]]todavía[
[21]]mismo[

la de los contemporáneos de Pascal o Voltaire. De aquéllos no tenemos ni cartas [privadas], ni confesiones. Sólo tenemos de algunos de ellos malas biografías,[22] en estilo convencional. Por esta laguna, toda una parte de nuestra historia tiene forzosamente el aspecto, algo exangüe, de un mundo sin individuos. [No nos quejemos demasiado. En esa estrecha sumisión a un destino inflexible, no estamos —nosotros pobres adeptos a menudo burlados por las jóvenes ciencias humanas— peor dotados que muchos de nuestros colegas que se dedican a disciplinas más antiguas y más seguras de sí mismas.] Tal es la suerte común de todos los estudios cuya misión es la de escrutar fenómenos pasados, y el prehistoriador que carece de escritos no es más capaz de restituir las liturgias de la edad de piedra que el paleontólogo, supongo, de restituir las glándulas [de secreción] interna del plesiosauro, del que no queda más que el esqueleto. Siempre es desagradable decir: "No sé, no puedo saber". Sólo se puede decir después de buscar enérgica, desesperadamente. Pero hay momentos cuando el deber más imperioso del científico es[, después de intentarlo todo,] resignarse a la ignorancia y confesarlo honestamente.

2. LOS TESTIMONIOS

"Heródoto de Turios expone aquí el resultado de sus investigaciones para que las cosas hechas por los hombres no se olviden con el tiempo y para que grandes y maravillosas acciones, realizadas tanto por los griegos como por los bárbaros no pierdan su esplendor." Así empieza el libro más antiguo de historia que haya llegado en el mundo occidental hasta nosotros de manera no fragmentada. A su lado, coloquemos, por ejemplo, una de esas guías del viaje al más allá que los egipcios [de la época de los faraones] introducían en las tumbas. Frente a frente, tenemos los tipos mismos de dos grandes clases entre las cuales se reparte la masa, inmensamente variada, de los documentos que los historiadores tenían en el pasado a su disposición. Los testimonios del primer grupo son voluntarios, los otros no.

[En efecto,] cuando para informarnos leemos a Heródoto o a Froissart, las *Memorias* del mariscal Joffre o los comunicados per-

---

[22]]contemporáneas[

fectamente contradictorios que dan [en estos días] los periódicos alemanes y británicos sobre el ataque de un convoy en el Mediterráneo, ¿qué hacemos sino conformarnos exactamente con lo que los autores de estos escritos esperaban de nosotros? Al contrario, las fórmulas de los papiros de los muertos sólo estaban destinadas a ser recitadas por el alma en peligro y oídas únicamente por los dioses; el hombre de los palafitos que tiraba los desechos de su comida en el lago cercano donde el arqueólogo los remueve hoy en día, sólo quería limpiar la basura de su cabaña; la bula de exención pontificia sólo se conservaba cuidadosamente en los cofres del monasterio para poder ser blandida ante un obispo importuno en el momento preciso. [Ninguno de esos comportamientos tenía el objetivo de instruir a la opinión contemporánea o a los historiadores futuros.] Cuando [en el año de gracia de 1942] el medievalista hojea en los archivos la correspondencia comercial de los Cedamos de Lucca, comete una indiscreción que los Cedamos de nuestros días calificarían duramente, si los historiadores tomaran las mismas libertades con sus cartas archivadas.

Ahora bien, las fuentes narrativas —para usar el francés algo barroco de la expresión consagrada— [, es decir los relatos deliberadamente destinados a informar a los lectores,] no han dejado, por cierto, de prestar una valiosa ayuda al investigador. Entre otras ventajas, son por lo general las únicas que proporcionan un marco cronológico algo serio. ¿Qué no darían el prehistoriador o el historiador de la India para disponer de un Heródoto?[23] [Pero que no quepa duda alguna: en la segunda categoría de testimonios,] en los testigos involuntarios, es donde la investigación histórica, a lo largo de sus avances, ha depositado cada vez más su confianza. Comparen la historia romana tal y como la escribía Rollin o incluso Nieburh con la que propone cualquier manual contemporáneo: la primera extraía la mayor parte de su sustancia de Tito Livio, Suetonio o Floro, mientras que la segunda se construía en gran parte a golpe de inscripciones, papiros y monedas. Sólo así se han podido reconstituir trozos enteros del pasado: toda la prehistoria, casi toda la historia económica, casi toda la historia de las estructuras sociales. Y hasta en el presente, ¿quién de nosotros no

[23] El pasaje que comienza con "Ahora bien, las fuentes" se situaba en la primera redacción después del pasaje relativo a san Simón y a los santos de la alta Edad Media con variantes.

preferiría tener entre sus manos algunas piezas secretas de las cancillerías, algunos informes confidenciales de jefes militares, en vez de todos los periódicos de 1938 o 1939?[24]

[No es que los documentos de este tipo estén más que otros exentos de error o mentira. No faltan las bulas falsas, no todas las relaciones de embajadores dicen la verdad, ni tampoco las cartas comerciales. Pero si existe alguna deformación, al menos ésta no ha sido concebida especialmente para la posteridad. Sobre todo, esos indicios que el pasado deja caer sin premeditación a lo largo de su camino no nos permiten suplir únicamente los relatos cuando éstos faltan o controlarlos si su veracidad es dudosa. Alejan de nuestros estudios un peligro más mortal que la ignorancia o la inexactitud: el de una esclerosis irremediable. Sin su ayuda, en efecto ¿no veríamos inevitablemente al historiador, cada vez que estudia a las generaciones desaparecidas, volverse de inmediato preso de los prejuicios, de las falsas prudencias, de las miopías que habían afectado la visión misma de esas generaciones? ¿No veríamos, por ejemplo, al medievalista, conceder una mínima importancia al movimiento comunal, con el pretexto de que los escritores de la Edad Media eran poco propensos al respecto, o desdeñar los grandes impulsos de la vida religiosa, por la simple razón que ocupan, en la vida narrativa de la época, mucho menos espacio que las guerras de los Barones. En una palabra, ¿no veríamos a la historia (para retomar una antítesis muy apreciada por Michelet) dejar de ser la exploradora cada vez más atrevida de las edades pasadas y convertirse en la alumna eterna e inmóvil de sus "crónicas"?]

No sólo eso, sino hasta en los testimonios más decididamente voluntarios, lo que los textos nos dicen explícitamente ha dejado de ser, hoy en día, el objeto preferido de nuestra atención. Por lo general, nos apasiona más lo que nos dejan entender sin haberlo querido decir. ¿Qué es lo más instructivo que descubrimos en san Simón? ¿Sus informaciones, a menudo inventadas, sobre los acontecimientos del reino o la luz asombrosa que arrojan las *Memorias* sobre la mentalidad de un gran señor de la corte del rey Sol? Al menos las tres cuartas partes de las vidas de los santos de la alta Edad Media son incapaces de enseñarnos algo sólido sobre los

---

[24]]de toda la literatura sobre los orígenes de la guerra[

piadosos personajes, cuyo destino pretenden evocar[nos]. Pero si al contrario las interrogamos sobre[25] los modos de vivir y pensar propios de las épocas en las que fueron escritas, cosa que la hagiografía no tenía ni el más mínimo deseo de exponernos, nos parecerán de un valor inestimable. En nuestra inevitable subordinación al pasado, siempre condenados a conocerlo exclusivamente por [sus] huellas, nos hemos [por lo tanto] liberado de algo: hemos conseguido saber de él mucho más de lo que había tenido a bien darnos a conocer. [Pensándolo bien, es un gran desquite de la inteligencia sobre lo dado.]

Pero desde el momento en que ya no nos resignamos más a registrar [pura] y llanamente las palabras de nuestros testigos, desde el momento en que nos proponemos hacerlos hablar, [aun contra su voluntad,] más que nunca se impone un cuestionario. Tal es efectivamente la primera necesidad de toda investigación histórica bien llevada a cabo.

Mucha gente, e incluso[26] al parecer ciertos autores de manuales, se forma una imagen extraordinariamente candida del curso de nuestro trabajo. En el principio, dirían con todo gusto, están los documentos. El historiador los reúne, los lee,[27] se esfuerza por pesar su autenticidad y veracidad. Después de ello, y solamente después de ello, los pone a trabajar... Pero por desgracia, ningún historiador jamás ha procedido así, aunque acaso haya creído hacerlo.

Porque los textos o los documentos arqueológicos, aun los que aparentemente son más claros y más fáciles, sólo hablan[28] cuando uno sabe interrogarlos. Antes de Boucher de Perthes abundaban los sílex como hoy en día en las tierras de aluvión del Soma. Pero faltaba quién interrogara y no había prehistoria. Como viejo medievalista que soy, confieso no conocer lectura más atractiva que la de un cartulario. Y es que sé más o menos qué preguntarle. En cambio, una compilación de inscripciones romanas me dice poco. Mal que bien puedo leerlas, pero no sé qué solicitarles. En otros términos, cualquier investigación histórica supone, desde sus primeros pasos, que la encuesta tenga ya una dirección.

---

[25]]las instituciones[

[26]]nos parece[

[27]]los critica, es decir, lo veremos[

[28]]verdaderamente[

En el principio está la inteligencia.[29] Nunca [, en ninguna ciencia,] la observación pasiva ha producido algo fecundo, si es que ésta es posible.[30]

No nos dejemos engañar. En ocasiones puede ocurrir que el cuestionario sea puramente instintivo, pero sin embargo existe. Sin que el trabajador tenga conciencia de ello, los puntos del cuestionario son dictados por las afirmaciones o dudas que sus experiencias anteriores inscribieron oscuramente en *su* cerebro, por la tradición, el sentido común, es decir, con demasiada frecuencia, por los prejuicios comunes. Nunca se es tan receptivo como se cree. [Así] el peor consejo que se le puede dar a un principiante es que espere, en una actitud de aparente sumisión, que el documento lo inspire. Por esa vía, más de una investigación de buena voluntad ha sido condenada al fracaso o a la insignificancia.[31]

Por supuesto, esa selección racional de preguntas tiene que ser sumamente flexible, susceptible de recoger a lo largo del camino una multitud de elementos nuevos y abrirse a todas las sorpresas, tal como un imán que desde el comienzo atrae las limaduras del documento. El explorador sabe de antemano que no seguirá punto por punto el itinerario que se había fijado. Sin embargo, de no tenerlo, correrá el riesgo de errar eternamente a la ventura.

La diversidad de los testimonios históricos es[32] casi infinita. Todo lo que el hombre dice o escribe, todo lo que fabrica, todo lo que toca puede y debe informarnos acerca de él. Es curioso constatar hasta qué punto las personas ajenas a nuestro trabajo evalúan imperfectamente la extensión de esas posibilidades. Y es que siguen teniendo en mente una idea muy obsoleta de nuestra ciencia: la de la época en la que no se sabía leer más que los testimonios voluntarios. Reprochando a la "historia tradicional" dejar en la sombra "fenómenos considerables", que sin embargo "traen mayores consecuencias y son más capaces de modificar la vida futura que todos los acontecimientos políticos", Paul Valéry propone el ejemplo de "la conquista de la tierra" por la electricidad. En esto se le aplaudirá con gusto. Por desgracia, es demasiado cierto que

---

29]esto es tan cierto de la historia como de cualquier ciencia[

30 En la primera redacción, este párrafo y el siguiente figuran dos veces: en el capítulo I y en el capítulo II con importantes variantes.

31]Vale mil veces más una selección explícita y razonada de las preguntas.[

32]ya tuve la oportunidad de mencionarlo[

este inmenso tema no ha dado lugar aún a ningún trabajo serio.[33] Pero cuando impulsado, de alguna manera, por el exceso [mismo] de severidad con el que justifica la falta que acaba de denunciar, Paul Valéry agrega que esos fenómenos "escapan" necesariamente al historiador porque, prosigue, "ningún documento los menciona expresamente", la acusación, al pasar del científico a la ciencia, se equivoca de dirección. ¿Quién puede creer que la industria eléctrica no tiene sus archivos, sus estados de consumo, sus mapas de extensión de las redes? Los historiadores, dice usted, no se han preocupado hasta ahora por interrogar estos documentos. Cometen ciertamente un [gran] error —al menos que la responsabilidad incumba a los guardianes [quizá] demasiado celosos de tantos hermosos tesoros. Tenga paciencia. La historia no es todavía lo que debiera ser. No por eso, la historia, tal y como se puede escribir, debe cargar con los errores que sólo pertenecen a la historia mal entendida.

Del carácter maravillosamente disparejo de nuestros materiales nace, sin embargo, una dificultad en verdad[34] lo suficientemente grave como para figurar entre [las tres o cuatro grandes] paradojas del oficio de historiador.

Sería una gran ilusión imaginarse que a cada problema histórico responde un tipo único de documentos, especializado en ese empleo. Al contrario, cuanto más se empeña la investigación en llegar a los hechos profundos, menos se le permite esperar la luz sino por rayos convergentes de testimonios de naturaleza muy diversa. ¿Qué historiador de las religiones quisiera conformarse con consultar tratados de teología o recopilaciones de himnos? Bien lo sabe: acerca de las creencias y las sensibilidades muertas, las imágenes pintadas o esculpidas en las paredes de los santuarios, la disposición y el mobiliario de las tumbas tienen al menos tanto que decirle como muchos escritos. Así como del examen de las crónicas o de las cartas pueblas, nuestro conocimiento de las invasiones germánicas depende de la arqueología funeraria y del estudio de los nombres de lugar. A medida que uno se acerca a nuestra época, esas exigencias se vuelven probablemente dife-

33]las rutinas que falsean así nuestra imagen del mundo merecen todos los oprobios[

34]—aunque generalmente desapercibida por las personas que juzgan desde afuera—[

rentes. No por ello se vuelven menos imperiosas. Para entender las sociedades de hoy ¿quién cree que basta la lectura detenida de los debates parlamentarios o de las piezas de cancillería? ¿No se debe también saber interpretar un balance bancario, texto más hermético para el profano que muchos jeroglíficos? ¿Se aceptará que el historiador de una época en la que reina la máquina ignore cómo se constituyen y modifican las máquinas?

Si bien casi toda cuestión humana importante requiere el manejo de testimonios de tipos opuestos, en cambio las técnicas eruditas se distinguen forzosamente según el tipo de testimonio. El aprendizaje de cada una de ellas es largo; su plena posesión requiere una práctica aún más larga y casi constante. [Por ejemplo,] un número muy reducido de trabajadores puede vanagloriarse de tener la misma preparación para leer y criticar una carta puebla medieval, para interpretar correctamente los nombres de lugar (que son ante todo hechos de lenguaje), para fechar, sin error, los vestigios del habitat prehistórico, celta, galorromano, para analizar las asociaciones vegetales de una pradera, un barbecho, una landa. Sin embargo,[35] ¿cómo pretender escribir la historia de la ocupación del suelo sin todo esto? Creo que pocas ciencias tienen que usar simultáneamente tantas herramientas diferentes. Y es que los hechos humanos son de los más complejos, y el hombre se sitúa en el punto extremo de la naturaleza.

En mi opinión, es bueno, es imprescindible que el historiador tenga al menos un tinte de las técnicas principales de su oficio. Aunque sea sólo para saber medir de antemano la fuerza de la herramienta y las dificultades de su manejo. La lista de las "disciplinas auxiliares" que nos proponemos enseñar a nuestros principiantes es demasiado corta. A esos hombres que la mitad del tiempo no podrán alcanzar sus objetos de estudio sino a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogismo se les permite, entre otras lagunas, ignorar las adquisiciones fundamentales de la lingüística?[36] Sin embargo, cualquiera que sea la variedad de conocimientos que se quiera atribuir a los investigadores mejor armados, ésos encontrarán siempre y por lo general rápidamente sus límites. Entonces, no queda otro remedio que sustituir la multi-

[35]]—junto con muchas otras cosas—[

[36] Aquí, en la primera redacción se insertaba un ejemplo *(cf.* p. 354) que ha sido desplazado y modificado en la redacción definitiva del capítulo IV.

plicidad de competencias[37] en un mismo hombre por una alianza de técnicas practicadas por distintos eruditos, pero [todas] orientadas hacia la elucidación de un tema único. Este método supone que se acepte el trabajo por equipos. Exige también la definición previa, por común acuerdo, de algunos grandes problemas dominantes. Nos hallamos todavía muy lejos de lograrle Sin embargo, no hay duda de que estos logros dominan en gran medida el futuro de nuestra ciencia.

3. LA TRANSMISIÓN DE LOS TESTIMOMOS

Una de las tareas más[38] difíciles del historiador consiste en juntar los documentos que piensa necesitar. No lo lograría sin la ayuda de guías diversas: inventarios de archivos o de bibliotecas, catálogos de museos, repertorios bibliográficos de todo tipo.[39] Vemos [a veces] que unos pedantes descarados[40] se extrañan ante el tiempo que sacrifican algunos eruditos para componer obras de este tipo y ante el tiempo que necesitan todos los trabajadores para enterarse de su existencia y manejo. Como si, por las horas invertidas en semejantes tareas, que aunque tengan[41] cierto atractivo escondido carecen indudablemente de brillo romántico, no se pudiera ahorrar finalmente el más horrendo despilfarro de energía. [Supongamos] que apasionado con razón por la historia del culto de los santos,[42] desconozco la *Biblioteca hagiographica latina*[43] de los padres Bolandistas: [si ustedes no son especialistas, difícilmente podrán imaginarse] la cantidad de esfuerzos tontamente inútiles que [esta deficiencia bibliográfica] me costará. En verdad, lo que conviene lamentar no es que podamos colocar ya en nuestros estantes una cantidad notoria de esas herramientas (cuya enumeración, materia por materia, pertenece a los libros especiales de orientación), sino que no sean todavía lo bastante numerosas, sobre todo para las épocas menos alejadas de nosotros. También con-

---

37] técnicas [
38]largas y más[
39], recopilaciones de textos o de representaciones gráficas, clasificadas por tipos[
40]para parecer[
41]siempre[
42]en la Europa católica[
43]establecida[

viene lamentar que su elaboración, especialmente en Francia, no obedezca sino excepcionalmente a un plan global racionalmente concebido y que su actualización quede abandonada con demasiada frecuencia a los caprichos de los individuos o a la parquedad mal informada de algunas editoriales. El tomo primero de las admirables *Sources de l'histoire de France* que debemos a Emile Molinier no ha sido reeditado desde su primera publicación en 1901. Este simple hecho merece que se levante un acta.[44] [Es cierto] que la herramienta no hace la ciencia. Pero una sociedad que pretende respetar las ciencias no debería menospreciar sus herramientas. Quizá sería prudente no remitirse demasiado para ello a los cuerpos académicos, cuyo reclutamiento, favorable a la preeminencia de la edad y propicio a los buenos alumnos, no predispone al espíritu emprendedor. Nuestra Escuela de Guerra y nuestros Estados Mayores no son los únicos, en nuestro país, que conservan en la época del automóvil la mentalidad de la carreta de bueyes. No obstante la calidad y la abundancia de esas señales, serían de poca ayuda para un trabajador que no tuviera, de antemano, una idea del terreno a explorar. Pese a lo que a veces parecen imaginarse los principiantes, los documentos no surgen aquí y allá por el solo efecto de [quién sabe] qué misterioso decreto de los dioses. Su presencia o ausencia en tales o cuales archivos, en tal o cual biblioteca,[45] de tal o cual suelo, dependen de causas humanas que no escapan de manera alguna al análisis, y los problemas que plantea su transmisión, lejos de tener únicamente el alcance de un ejercicio de técnico, atañen a lo más íntimo de la vida del pasado, porque lo que se encuentra ahí puesto en juego es nada menos que el paso del recuerdo a través de las generaciones. Al frente de las obras históricas serias, el autor coloca por lo general una lista de las clasificaciones de los archivos que consultó, de las recopilaciones que utilizó. Está muy bien, pero no es suficiente. Cualquier libro de historia digno de este nombre debería incluir un capítulo, o [si se prefiere,] insertar en los puntos cardinales de la exposición, una sucesión de párrafos que se podrían llamar más o menos así:

[44]]Creo que no se puede acusar a Renán de insensibilidad hacia las ideas o la poesía. Sus palabras escritas en 1841 sobre trabajos de este tipo siguen siendo ciertas e incomprendidas: "Le reitero qué los cien mil francos que un ministro de Educación Pública les destinaría estarían mejor utilizados que las tres cuartas partes del dinero que se destina a las letras".[

[45]]de manuscritos[

"¿Cómo puedo saber lo que voy a decir?" Estoy convencido de que al conocer estas confesiones, hasta los lectores que no son historiadores sentirían un verdadero placer intelectual. El espectáculo de la investigación, con sus éxitos y sus trabas, rara vez aburre. La totalidad ya acabada es la que difunde frialdad y tedio.[46]

A veces me visitan[47] unos trabajadores que quieren escribir la historia de su pueblo. Por lo general, les digo lo siguiente que aquí simplifico ligeramente, a fin de evitar los detalles de erudición que estarían fuera de lugar: "Las comunidades campesinas no tuvieron archivos sino rara vez y tardíamente. En cambio, los señoríos eran empresas relativamente bien organizadas y con cierta continuidad, por lo que generalmente empezaron a conservar muy pronto sus archivos. Para todo el periodo anterior a 1789, y en especial para las épocas más remotas, los principales documentos de los que pueden esperar alguna utilidad son, pues, de proveniencia señorial. De allí resulta [, a su vez,] que la primera pregunta a la que tendrán que responder y de la que va a depender casi todo será la siguiente: ¿en 1789, quién era el señor del pueblo?" (En realidad, la existencia simultánea de varios señoríos entre los cuales el pueblo habría sido dividido no es de ninguna manera inverosímil; pero, para ser breve, se dejará de lado esa suposición.) "Se pueden concebir tres eventualidades. Puede que el señorío haya pertenecido a una iglesia; a un laico quien [durante la revolución] emigró; a un laico que por lo contrario nunca emigró. El primer caso es con mucho el más favorable. Probablemente el archivo habrá sido bien manejado[48] y desde hace más tiempo. Seguramente lo confiscaron en 1790 junto con las tierras, por aplicación de la Constitución Civil del clero. Lo llevaron entonces a algún archivo público y podemos esperar razonablemente que continúe ahí, más o menos intacto, a disposición de los eruditos. La hipótesis del emigrado merece también una calificación [bastante] buena. En este caso también, es probable que se procediera[49] al embargo y a la transferencia; a lo sumo, se podría temer el riesgo de una destrucción voluntaria, por ser vestigio de un régimen

---

[46] En la primera redacción sigue un párrafo bastante breve, que fue suprimi do en esta redacción.

[47]], profesionalmente,[

[48]]con orden[

[49]]en 1790[

aborrecido. Queda la última posibilidad que sería sumamente riesgosa. En efecto, los antiguos dueños que no se iban de Francia o no caían bajo la férula de las leyes de Salvación Pública no padecían en sus bienes. Probablemente perdían sus derechos señoriales ya que éstos habían sido umversalmente abolidos, pero conservaban la totalidad de sus propiedades personales, y por consiguiente sus legajos. Como nunca fueron reclamadas por el Estado, las piezas que buscamos habrán corrido, en este caso, la suerte común de todos los documentos de familia en los siglos xix y xx. Supongamos que no se hayan perdido, las ratas no los comieron o que no se hayan dispersado al azar de las ventas o las herencias, por los desvanes de tres o cuatro casas de campo distintas, nada podrá obligar a su actual detentar comunicárselos."[50]

(Mencioné este ejemplo porque me parece absolutamente típico de las condiciones que frecuentemente determinan y limitan la documentación. Un análisis detallado de sus enseñanzas no carecerá de interés.)

El papel[51] que acabamos de ver desempeñar a las confiscaciones revolucionarias es el de una deidad a menudo propicia al investigador: la catástrofe. Innumerables municipios romanos se transformaron en ciudades italianas banales y chiquitas, en las que el arqueólogo encuentra con dificultad algunos vestigios de la antigüedad; sólo la erupción del Vesubio conservó a Pompeya.[52]

Rara vez los grandes desastres de la humanidad han servido a la historia. Los inestimables expedientes de la burocracia imperial [romana], junto con montones de manuscritos literarios e historiográficos, se hundieron en la confusión de las invasiones. Vimos cómo las dos guerras mundiales borraron de un suelo cargado de gloria monumentos y archivos. Nunca más podremos hojear las cartas de los viejos comerciantes de Ypres y vi cómo se quemaron, durante la derrota, las libretas estratégicas de un ejército.

Sin embargo, a su vez, la apacible continuidad de una vida social sin accesos de fiebre se muestra mucho menos favorable de lo que a veces se cree para la transmisión del recuerdo. Son las re-

---

50]Ante semejante situación, no es improbable que la única salida sea final mente abandonar el estudio propuesto[

51]En el ejemplo que acabamos de leer, el[

52]deteniendo bruscamente el hilo de su destino[

voluciones las que fuerzan las puertas de los armarios de hierro y obligan a huir a los ministros, antes de que éstos encuentren el tiempo de quemar sus apuntes secretos. En los antiguos archivos judiciales, encontramos documentos de quiebra de empresas que, si hubieran podido llevar a cabo una existencia fructuosa y honorable, seguramente habrían acabado por destruir el contenido de sus archivos. Gracias a la admirable permanencia de las instituciones monásticas, la abadía de Saint-Denis en 1789 conservaba todavía los diplomas que los reyes merovingios le habían otorgado más de mil años antes. Pero en el Archivo Nacional es donde los leemos hoy en día. Si la comunidad de los monjes de Saint-Denis hubiera sobrevivido a la Revolución, ¿quién nos asegura que nos permitiría hurgar en sus baúles? No más, quizá, que la Compañía de Jesús que no permite al profano el acceso a sus colecciones, por lo que tantos problemas de la historia moderna permanecerán [siempre] desesperadamente oscuros, o el Banco de Francia que no permite a los especialistas del primer Imperio consultar sus registros, ni siquiera los más polvorientos. Desgraciadamente, la mentalidad del iniciado es inherente a todas las corporaciones. He aquí donde el historiador del presente se encuentra en franca desventaja: queda casi totalmente desprovisto de esas confidencias involuntarias. Para compensar, es cierto que dispone de las indiscreciones que le susurran al oído sus amigos. Por desgracia, ¡la información no se distingue bien del chisme! Un buen cataclismo nos convendría [a menudo] más.

Al menos así seguiremos, hasta que las sociedades no renuncien a confiar en sus propias tragedias para el cuidado de sus archivos y consientan organizar racionalmente, con su memoria, el conocimiento de sí mismas. No lo lograrán sino luchando cuerpo a cuerpo con los dos principales responsables del olvido y la ignorancia: la negligencia que extravía los documentos, y [, más peligrosa aún,] la pasión por el secreto —secreto diplomático, secreto de los negocios, secreto de las familias que los esconde o los destruye. Es natural[53] que el notario tenga el deber de no revelar las operaciones de su cliente, pero no que tenga derecho a encubrir de un misterio tan impenetrable los contratos firmados por los clientes de su bisabuelo— mientras que por otra parte, nada le impide

[53]], es bueno[

seriamente dejar que estos documentos[54] se conviertan en polvo.[55] Nuestras leyes [al respecto] huelen a viejo. Rara vez merecen respeto los motivos por los que las grandes empresas se niegan a hacer públicas las estadísticas más indispensables para una conducta sana de la economía nacional. Nuestra civilización habrá hecho un inmenso progreso el día en que el disimulo, erigido en método de acción y casi en virtud burguesa, deje el lugar al gusto por la información, es decir, necesariamente, por el intercambio de información.

[Volvamos, sin embargo, a nuestro pueblo.] En este caso preciso, las circunstancias que deciden la pérdida o la conservación, el acceso o el no acceso a los testimonios, tienen su origen en fuerzas históricas de carácter general; no presentan ningún rasgo que no sea perfectamente inteligible; ¡pero están desprovistas de toda relación lógica con el objeto de la encuesta cuyo resultado se encuentra, sin embargo, bajo su dependencia! Obviamente, uno no ve por qué el estudio de una pequeña comunidad rural en la Edad Media, por ejemplo, sería más o menos instructivo, dependiendo de que el señor de la época decida o no aumentar las tropas de Coblenz[56] algunos siglos más tarde. Nada más frecuente que ese desacuerdo. [Si conocemos muchísimo mejor el Egipto romano que la Galia de la misma época, no es porque nos interesen más los egipcios que los galorromanos. La sequía y los ritos funerarios de la momificación preservaron allá los escritos que el clima y los usos de Occidente condenaban, en cambio, a una rápida destrucción. Por lo general, no hay relación alguna entre las causas que hacen que la búsqueda de documentos sea un éxito o un fracaso y los motivos por los que estos documentos resultan deseables: tal es el elemento irracional, imposible de eliminar, que da a nuestras investigaciones algo de ese trágico interior en el que tantas obras de la inteligencia, quizá con sus límites, encuentran una de las razones secretas de su seducción.

Todavía en el ejemplo citado, la suerte de los documentos, pueblo por pueblo, se vuelve más o menos previsible una vez conocido el hecho crucial. Pero no siempre es el caso.] El resultado final depende a veces del encuentro de tantas cadenas causales total-

---

[54]]se pierdan[

[55]]las prescripciones de[

[56] Algunas frases de la primera redacción han sido suprimidas en ésta.

mente independientes unas de otras, que cualquier previsión es imposible. Sé que cuatro incendios sucesivos y luego un saqueo devastaron los archivos de la antigua abadía de SaintBenoît-sur-Loire. Al abordarlos, ¿cómo puedo adivinar de antemano qué tipo de piezas se salvaron? Lo que han llamado la migración de los manuscritos ofrece un tema de estudio de lo más interesante. El paso de una obra literaria por las bibliotecas, la ejecución de las copias, el cuidado o la negligencia de los bibliotecarios [y de los copistas] son otros tantos rasgos que expresan al vivo las vicisitudes de la cultura y el juego variable de sus grandes corrientes. Pero ¿acaso el erudito mejor informado hubiera podido anunciar, antes de su descubrimiento, que el manuscrito único de la *Germania* de Tácito, en el siglo xvi había ido a parar al monasterio de Hersfeld? En una palabra, en el fondo de [casi] cualquier encuesta documental, existe un residuo de imprevisión y por consiguiente de riesgo. Un trabajador que por alguna razón conozco bien me contó que en Dunkerque, cuando esperaba sin manifestar demasiada impaciencia un incierto embarque en la costa bombardeada, uno de sus compañeros le dijo sorprendido: "¡Qué extraño! No parece detestar la aventura". Mi amigo hubiera podido contestarle que, pese a un prejuicio bastante común, la costumbre de la investigación no es de ninguna manera desfavorable a la aceptación, bastante fácil, de una apuesta con el destino.

III. LA CRÍTICA

1. BOSQUEJO DE UNA HISTORIA DEL MÉTODO CRÍTICO

Hasta los policías más ingenuos saben[1] que no se debe creer sin más a los testigos. Sin perjuicio de no siempre sacar el mejor partido de este conocimiento teórico. Asimismo, desde hace mucho, uno se previene de no aceptar ciegamente todos los testimonios históricos. Por una experiencia casi tan antigua como la humanidad, sabemos que más de un texto se atribuye otro origen[2] del que realmente tiene: no son verídicos todos los relatos y las huellas materiales también pueden ser falsificadas. En la Edad Media, ante la abundancia misma de documentos falsos,[3] la duda fue [a menudo] una suerte de reflejo natural de defensa.[4] "Con tinta, cualquiera puede escribir cualquier cosa", exclamaba en el siglo XI un hidalgo lorenés, en pleito con unos frailes que presentaban pruebas documentales contra él. *La donación de Constantino* —sorprendente lucubración que un clérigo romano del siglo VIII atribuyó al primer César cristiano— fue cuestionada tres siglos más tarde por los allegados del muy piadoso emperador Otón III. Las falsas reliquias se persiguieron casi desde el momento en que hubo reliquias.

Sin embargo, el escepticismo como principio no es una actitud intelectual más valiosa ni más fecunda que la credulidad, con la cual, por otra parte, fácilmente se combina en muchas mentes simplistas. Durante la otra guerra, conocí a un veterinario bonachón, que no sin razón se negaba sistemáticamente a creer en las noticias de los periódicos. Pero si un compañero ocasional[5] le soltaba las cosas más inverosímiles, él se las tragaba sin ninguna dificultad.

[Tampoco podía llevarnos muy lejos la crítica basada únicamente en el sentido común, que durante mucho tiempo ha sido la única

---

1]y desde hace tiempo[

2]otra época u[

3], característica de una mentalidad profundamente tradicionalista —a fuerza de centrar su fe en el pasado, uno acababa por inventarlo—,[

4](reacción) mucho menos excepcional de lo que uno a veces se imagina[

5], que había conocido en el tren o durante alguna etapa,[

que se ha practicado y que todavía seduce a algunos. En efecto, ¿en qué consiste las más de las veces este supuesto sentido común? Nada más que en un compuesto de postulados no razonados y de experiencias apresuradamente generalizadas. ¿Trátase del mundo físico? Negó los antípodas, niega el universo einsteiniano, tachó de fábula el relato de Heródoto cuando contaba que los navegantes, al dar la vuelta alrededor de África, veían un día el punto donde sale el sol pasar de su derecha a su izquierda. ¿Trátase de actos humanos? Lo peor es que las observaciones así convertidas en algo eterno pertenecen forzosamente a un momento muy corto de la duración, o sea, la nuestra. Ahí es donde radica el vicio principal de la crítica volteriana, por otra parte tan penetrante. No sólo las rarezas individuales son de todos los tiempos. Más de un estado de ánimo que antes era común hoy nos parece raro porque ya no lo compartimos. Al parecer, "el sentido común" impediría aceptar que el emperador Otón I haya podido suscribir en favor de los papas concesiones territoriales inaplicables que desmentían sus actos anteriores y que los actos posteriores no tomarían en cuenta para nada. Sin embargo, es probable que su mente no era exactamente como la nuestra —que más bien en su tiempo se establecía, entre lo escrito y la acción, una distancia cuya extensión nos sorprende—, ya que el privilegio es incontestablemente auténtico.]

El verdadero progreso llegó el día en que la duda se volvió "examinadora", como decía Volney o, en otros términos, en que las reglas [objetivas] fueron elaboradas paulatinamente y permitieron seleccionar entre la mentira y la verdad. El jesuita Von Papebroeck, a quien la lectura de las *Vidas de los santos* había inspirado una incoercible desconfianza hacia la herencia de toda la [alta] Edad Media, consideraba que todos los diplomas merovingios conservados en los monasterios eran falsos. No, le contestó sustancialmente Mabillon; si bien no cabe duda de que unos diplomas han sido totalmente fabricados, modificados o interpolados, los hay también auténticos. He aquí como se pueden distinguir unos de otros. Aquel año [1681], año de la publicación del *De re diplomática,* fecha en verdad importante en la historia del espíritu humano, se fundó [definitivamente] la crítica de los documentos de archivos.

[De todos modos, ése fue el momento decisivo en la historia del método crítico. El humanismo de la edad precedente había

tenido sus veleidades y sus intuiciones. No había ido más lejos. No hay nada más característico que un pasaje de los *Ensayos,* en el que Montaigne justifica a Tácito por haber relatado prodigios. Les toca, dice él, a los teólogos y a los filósofos discutir las "creencias comunes". Los historiadores no tienen más que "recitarlas" tal y como sus fuentes se las proporcionan. "Que nos den la historia como la reciben y no como la estiman". En otros términos, una crítica filosófica que se apoya en cierta concepción del orden natural o divino es perfectamente legítima; y desde luego, se entiende que Montaigne no asume los milagros de Vespasiano, ni tampoco muchos otros. Pero aparentemente, no entiende bien cómo se podría proceder al examen, en especial histórico, de un testimonio en tanto tal. La doctrina de las investigaciones no se elaboró sino en el siglo XVII, cuya grandeza, en particular la de su segunda mitad,[6] no siempre se aprecia tal y como se debiera.]

Los propios hombres de esta época tuvieron conciencia de ello. Entre 1680 y 1690, era un lugar común[7] denunciar el "pirronismo de la historia" como una moda pasajera. "Se dice", escribe Michel Levassor al comentar el término, "que la rectitud del espíritu consiste en no creer con ligereza y en saber dudar más de una vez". La misma palabra "crítica" [, que hasta la fecha no había designado más que un juicio de preferencia,] cobra entonces el sentido de prueba de veracidad. No se usa al principio sino con excusas, porque "no pertenece todavía al uso culto", o sea que todavía tiene un sabor técnico. Sin embargo, cada vez gana más terreno. Bossuet la mantiene prudentemente a distancia: cuando habla de "nuestros autores críticos", uno percibe cierto gesto de indiferencia. Sin embargo, Richard Simón la inscribe en el título de casi todas sus obras. Los más informados no se engañan. Lo que ese nombre anuncia es el descubrimiento de un método [de aplicación casi universal]. La crítica es esa "suerte de antorcha que nos ilumina y nos conduce por los caminos oscuros de la Antigüedad, haciéndonos distinguir lo verdadero de lo falso". Así se expresa Ellies du Pin. Y Bayle[8] aún con mayor claridad: "Simón ha esparcido en esa nueva *Contestación* varias reglas de crítica que pueden servir

---

[6] Ese párrafo sustituye dos párrafos de la primera redacción con oraciones bastante distintas.

[7]]al parecer[

[8]]con menos pompa, pero[

no sólo para entender Las Escrituras, sino también para leer con provecho otras obras".

Ahora bien, confrontemos algunas fechas de nacimiento: Papebroeck —quien, si bien se equivocó acerca de las cartas de concesión ocupa sin embargo el primer lugar entre los fundadores de la crítica aplicada a la historiografía—, 1628; Mabillon, 1632; Richard Simón, cuyos trabajos dominan los principios de la exégesis bíblica, 1638. Fuera de la cohorte de los eruditos propiamente dichos,[9] añádase a Spinoza —el Spinoza del *Tratado teológico-político,* verdadera obra maestra de crítica filológica e histórica—, 1632 también. [En el sentido más estricto del término,] es una generación cuyos contornos se perfilan ante nuestros ojos [con sorprendente claridad. Pero] hay que precisar más. Se trata [exactamente] de la generación que nació hacia el momento cuando aparecía el *Discurso del método.*

Sin embargo, no podemos hablar de una generación de cartesianos. Mabillon, por ejemplo, era un monje devoto [ortodoxo con simplicidad] quien nos dejó, como último escrito, un tratado de la *Muerte cristiana.* Se puede dudar de que haya conocido de cerca la nueva filosofía [, tan sospechosa en aquel entonces para tantas gentes piadosas]; es más, si hubiera sabido de ella, la habría desaprobado en muchos puntos. Por otra parte —pese a lo que parecen sugerir algunas páginas quizá demasiado célebres de Claude Bernard— las verdades de evidencia, de tipo matemático, para las cuales la duda metódica de Descartes abriría camino, presentan pocos rasgos comunes con las probabilidades cada vez más certeras que satisfacen tanto a la crítica histórica, como a las ciencias de laboratorio. Pero para que una filosofía impregne toda una generación, no es necesario que actúe a la letra, ni que la mayoría de las mentes[10] sufran sus efectos sino por una especie de osmosis, [semi]inconsciente las más de las veces. [Al igual que la "ciencia" cartesiana,] la crítica del testimonio hace tabla rasa de la creencia. [Y también al igual que la ciencia cartesiana,] no derrumba implacablemente todos los viejos puntales sino para

---

[9] La hoja numerada III-5 que empieza con las palabras "propiamente dichos" y termina con "en otros términos" resulta de una nueva mecanografía con original y copia. Subsiste completa en el manuscrito: el original con dos correcciones ma nuscritas, reproducido aquí, y la copia sin ninguna corrección.

[10]]sometidas a su influencia[

lograr de este modo nuevas certidumbres (o grandes probabilidades), de ahora en adelante debidamente experimentadas. [En otros términos,] la idea que la inspira[11] [supone una vuelta casi total de las antiguas concepciones de la duda. Sea que desgarre o por el contrario inspire algo de noble dulzura, la duda no había sido considerada hasta entonces sino como una actitud mental meramente negativa, como una simple ausencia. Desde entonces, se estima que] la duda racionalmente conducida puede convertirse en un instrumento de conocimiento. Esta idea surge en un momento muy preciso de la historia del pensamiento.

A partir de ahí, las reglas esenciales del método crítico quedaron [de alguna manera] establecidas.[12] Su alcance general era tan claro que en el siglo XVIII, entre los temas que proponía las más de las veces la Universidad de París para el concurso de *agregation* de los filósofos, figuraba éste que suena extrañamente moderno: "Del testimonio de los hombres acerca de los hechos históricos". No es que las generaciones siguientes no hayan[13] por cierto perfeccionado la herramienta,[14] sino que sobre todo han generalizado su utilización y extendido sus aplicaciones de manera considerable.[15]

Durante mucho tiempo, sólo un puñado de eruditos, exégetas y curiosos practicaron, al menos de manera ininterrumpida, las técnicas de la crítica. Los escritores que se dedicaban a componer obras históricas de cierta importancia no se preocupaban por familiarizarse con esas recetas [de laboratorio], a su juicio demasiado minuciosas, y apenas aceptaban tomar en cuenta sus resultados. Ahora bien, según las propias palabras de Humboldt, no es bueno que los químicos teman "mojarse los dedos". Para la historia, el peligro de semejante cisma entre preparación y realización tiene

---

[11]]es que la duda[

[12]]La hoja numerada III-6 que empieza con las palabras "al fin y al cabo fijadas" y que termina con "que no está guiado desde arriba, el" resulta de una nueva mecanografía con original y copia que subsisten ambas. La copia, aquí reproducida, contiene una tachadura importante señalada más abajo. El original no tiene ninguna corrección.]Se encuentran en el *Primer discurso acerca de la historia eclesiástica* del padre Fleury —publicado en... (fecha ilegible)—, trabajo muy razonable que d'Alembert, en la *Enciclopedia,* no hará sino reproducir.[

[13]]poco a poco[

[14]]crítica[

[15] Aquí, en la primera redacción, se encuentra un párrafo que empieza en: "Los primeros eruditos" y termina en "el comercio de las antigüedades egipcias"; en la redacción definitiva, el párrafo ha sido desplazado.

dos aspectos. [Primero atañe, y cruelmente,] a los grandes ensayos de interpretación. Éstos [no sólo] faltan al deber primordial de veracidad [pacientemente buscado], sino que ya no pueden escapar a una[16] oscilación sin tregua entre algunos temas [estereotipados] impuestos por la rutina, porque carecen de esa renovación perpetua, de esa sorpresa siempre renovada que sólo produce la lucha con el documento. El propio trabajo técnico también se ve afectado. Como ya no está guiado desde arriba, corre el riesgo[17] de aferrarse indefinidamente a problemas insignificantes o mal planteados. No hay peor despilfarro que el de la erudición cuando gira sin sentido, ni soberbia más inoportuna que el orgullo de la herramienta que se considera como un fin en sí mismo. El concienzudo esfuerzo del siglo XIX luchó valientemente contra estos peligros. [La escuela alemana, Renán, Fustel de Coulanges devolvieron a la erudición su rango intelectual. El historiador regresó a su taller.] Sin embargo, ¿acaso se puede hablar ya de victoria? Creerlo sería muy optimista. [Con demasiada frecuencia, el trabajo de investigación sigue andando a tientas, sin escoger de manera racional sus puntos de aplicación. Ante todo, la necesidad crítica no logra aún conquistar plenamente la opinión de las gentes honradas (en el sentido antiguo del término), cuyo asentamiento, probablemente necesario para la higiene moral de cualquier ciencia, es particularmente imprescindible para[18] la nuestra. Si los hombres son nuestro objeto de estudio y éstos no nos entienden, ¿cómo dejar de sentir que no cumplimos sino a medias con nuestra misión?

Tal vez en realidad no hayamos perfectamente cumplido con ella. El esoterismo poco atractivo en el que a veces los mejores de los nuestros tienden a encerrarse; la preponderancia del triste manual en nuestra producción de lectura de divulgación, que la obsesión por una enseñanza mal concebida sustituye a una verdadera síntesis; el pudor singular que parece prohibirnos poner ante los ojos de los profanos nuestros más nobles titubeos meto-

---

16]suerte de[

17 La hoja numerada III-7 que empieza con la palabra "riesgo" y termina en "lo pintoresco de pacotilla" resulta de una nueva mecanografía con original y copia. La copia que aquí reproducimos presenta varias palabras tachadas y escasas correcciones manuscritas. También subsiste el original y éste no presenta ninguna corrección manuscrita.

18]la buena conciencia de[

dológicos tan pronto como salimos del taller; todos estos malos hábitos que surgen de la acumulación de sesgos contradictorios, comprometen una causa no obstante hermosa. Conspiran para entregar la masa indefensa de los lectores a los señuelos de una pretendida historia, en la que la ausencia de seriedad, lo pintoresco de pacotilla, los sesgos políticos piensan redimirse con una inmodesta seguridad: Maurras, Bainville o Plejanov afirman allí donde Fustel de Coulanges o Henri Pirenne habrían dudado. Entre la encuesta histórica tal y como se hace o aspira hacerse y el público lector, incontestablemente subsiste un malentendido.] Para poner en juego por ambas partes divertidos defectos, la gran querella de las notas constituye un síntoma bastante significativo.

[Los márgenes inferiores de las páginas ejercen, en muchos eruditos, una atracción que llega al vértigo.] Sin duda es absurdo llenar los blancos, como ellos lo hacen, con referencias bibliográficas que por lo general una lista colocada al frente del volumen hubiera podido evitar; o aún peor, relegar allí por mera pereza largas exposiciones que hubieran tenido que figurar en el cuerpo mismo del texto, de tal suerte que [a veces] es en el sótano donde hay que[19] buscar la más útil de esas obras. Pero cuando algunos lectores se quejan de que la más mínima línea aislada abajo del texto, les produce confusión; cuando algunos editores pretenden que sus compradores, probablemente menos hipersensibles en realidad de como los pintan, sufren horrores al ver una hoja así deshonrada, [estos delicados prueban sencillamente que son impermeables a los preceptos más elementales de la moral y la inteligencia. Porque, fuera de los libres juegos de la fantasía, no se puede producir una afirmación si no se puede comprobar; y] para un historiador, indicar lo más brevemente posible la fuente del documento que está utilizando, es decir la manera de encontrarlo, equivale sin más ni más a someterse a una regla universal de probidad.[20] [Envenenada por los dogmas y los mitos, nuestra opinión — incluso la más lúcida — perdió hasta el gusto por el control. El día

---

19]ir a[

20]En este momento, tengo al lado mío un libro muy interesante sobre Alemania antes de la Reforma. (...) Tal como un químico que, al anunciar un descubrimiento, se negara a exponer el experimento que lo llevó a ello, con el pretexto de que "esto aburriría a mi lector"[.

en que, cuidándonos de no relegarla con una vana pedantería, logremos persuadirla de que mida el valor de un conocimiento por su disposición de encarar la refutación, las fuerzas de la razón habrán ganado una de sus mayores victorias. Para prepararla a ello es por lo que trabajan nuestras humildes notas, nuestras referencias minuciosas de las que hoy en día se burlan tantos brillantes intelectuales.

Los documentos que manejaban los primeros eruditos eran las más de las veces escritos que se presentaban a sí mismos o que uno presentaba tradicionalmente como de un autor o una época dada, y que narraban deliberadamente tal o cual acontecimiento. ¿Decían verdad? ¿Son realmente de Moisés los libros calificados de "mosaicos" [, y de Clodoveo los diplomas que llevan su nombre?] ¿Qué valen los relatos del *Éxodo?* Ése era el problema. Pero a medida que la historia fue llevada a hacer un uso cada vez más frecuente de los testimonios involuntarios, dejó de limitarse a evaluar las afirmaciones [explícitas] de los documentos. También tuvo que arrebatarles la información que no tenían intención de proporcionarle.

Ahora bien, las reglas críticas que se habían revelado eficientes en el primer caso, también lo fueron en el segundo. Tengo a la mano un lote de cartas medievales. Algunas están fechadas, otras no. Ahí donde figura la indicación, habrá que verificarla ya que la experiencia comprueba que ésta puede ser falaz. ¿Falta la fecha? Hay que restablecerla. En ambos casos servirán los mismos medios. Por la caligrafía (si se trata del original), por el estado de la latinidad, por las instituciones a las que se alude y por el aspecto general del dispositivo, supongo que un acta responde a los usos fácilmente reconocibles de los notarios franceses, alrededor del año mil. Si el documento pretende ser de la época merovingia el fraude queda al descubierto. Si no tiene fecha, es fácil fijarla de manera aproXImada. Así, el arqueólogo que se propone clasificar por edades y por civilizaciones herramientas prehistóricas o descubrir falsas antigüedades, examina, compara, distingue las formas o los procedimientos de fabricación, según reglas en ambos casos muy similares.[21] [El historiador no es, o lo es cada vez

[21] El pasaje que empieza por "Tengo a la mano, [...] amplia" sustituye lo siguiente:]un cartulario de la Edad Media. Algunos documentos tienen indicaciones cronológicas que tendré que controlar, porque quizá las hay falsas (...). Para

menos, ese juez algo malhumorado cuya imagen desagradable nos impondrían los manuales introductorios si nos descuidáramos. Tampoco se volvió crédulo. Sabe que sus testigos pueden equivocarse o mentir. Pero ante todo, se esfuerza por nacerlos hablar, por entenderlos. Uno de los rasgos más hermosos del método crítico es haber logrado, sin modificar en nada sus primeros principios, que la investigación siguiera avanzando en esa amplia perspectiva.

Sin embargo, no podemos negar que el falso testimonio no sólo ha sido el excitante que provocó los primeros esfuerzos de una técnica de verdad, sino que sigue siendo el caso sencillo del que ésta tiene forzosamente que partir para desarrollar sus análisis.]

2. PERSEGUIR LA MENTIRA Y EL ERROR

Entre todos los venenos capaces de viciar el testimonio, el más virulento es la impostura.[22]

[A su vez,] ésta puede presentarse bajo dos aspectos. Primero, está el engaño acerca del autor y la fecha: el documento falso, en el sentido jurídico del término. No todas las cartas que presentan la firma de María Antonieta fueron escritas por ella: algunas fueron fabricadas en el siglo XIX. Vendida al Louvre como antigüedad escito-griega del siglo IV antes de nuestra era, la tiara conocida como de Saitafernés había sido cincelada en Odesa hacia 1895. Viene luego el engaño de fondo. César en sus comentarios, cuya paternidad no puede discutirse, deformó y omitió mucho a sabiendas. Si bien la estatua que se muestra en Saint Denis como la de Felipe el Atrevido es realmente la figura funeraria de este rey tal y como fue ejecutada después de su muerte, todo indica que el escultor se limitó a reproducir un modelo convencional, que no tiene de retrato más que el nombre.[23]

Ahora bien, estos dos aspectos de la mentira plantean pro-

---

clasificar por edades y civilizaciones las herramientas de los hombres prehistóricos —sin esta clasificación no se podrán interpretar esos indicios mudos—, los procedimientos son sensiblemente los mismos que los que usa el experto para rastrear, por ejemplo, las innumerables fabricaciones que cada año arroja el comercio de las antigüedades egipcias en el mercado.

[22] Esta oración sustituye tres oraciones muy diferentes.

[23] El pasaje correspondiente en la primera redacción difiere bastante.

blemas muy distintos, cuyas soluciones no dependen unas de otras.

No hay duda de que la mayoría de los escritos que se presentan bajo un nombre supuesto mienten también por su contenido.[24] Si después de examinar un supuesto diploma de Carlomagno se descubre que fue fabricado dos o tres siglos más tarde, se puede apostar que las generosidades atribuidas al honor del Emperador también fueron inventadas. Sin embargo, esto no se puede admitir de antemano, [porque] algunas actas fueron fabricadas con el solo fin de repetir las disposiciones contenidas en documentos absolutamente auténticos que se habían perdido. [Excepcionalmente, un documento falso puede decir la verdad.]

Al revés, debería ser superfluo recordar que los testimonios más insospechables en cuanto a su proveniencia manifiesta no son forzosamente testimonios verídicos.[25] Pero antes de aceptar un documento como auténtico, los eruditos trabajan tanto para evaluarlo que no siempre tienen después el estoicismo necesario para criticar sus afirmaciones. En particular, uno no se atreve a dudar de los escritos que se presentan amparados por garantías jurídicas impresionantes, como actas del poder o contratos privados, cuando éstos fueron oficialmente validados. Sin embargo, ni unos ni otros merecen mucho respeto.[26] El 21 de abril de 1834, antes del juicio de las Sociedades Secretas, Thiers escribía al prefecto del Bajo Rin:[27] "Le recomiendo tener el mayor cuidado en su aportación de documentos para el gran proceso que va a instruirse.[28] Lo que

---

[24]]¿Acaso el fraude tiene por lo general otra razón de ser? La historia contemporánea nos ha dado el ejemplo de un documento falso que algunos apreciaron como "patriótico"; no lo era en lo más mínimo y los hechos que pretendía relatar se apartaban completamente de la verdad. [

[25]]Es preciso insistir en esa regla de sentido común. Por más trivial que pueda parecer, no siempre ha sido bien aplicada. No es la opinión común la que convie ne aquí incriminar. Ya no vivimos en la época en la que se podía atribuir a la gen te sencilla la siguiente máXIma: "Está en el periódico. Por lo tanto es cierto". Por su abuso, las propagandas se destruyen a sí mismas. Hoy en día las noticias de periódico como las de publicaciones oficiales encuentran entre las masas una incredulidad de principio que, para la higiene intelectual del país, se revela tan cargada de peligros como la incredulidad de antaño: supongamos, si es que ésta ha sido tan general como se ha podido creer.[

[26] Este pasaje que empieza aquí con: "Pero antes de aceptar un documento como auténtico...", sustituye a cuatro oraciones bastante distintas.

[27]]en estos términos[

[28]]en la Cámara de París[

importa aclarar es la correspondencia de todos los anarquistas; es la íntima coneXIón entre los acontecimientos de París, Lyon, Estrasburgo; en una palabra, es la eXIstencia de una vasta conspiración que abarca a toda Francia". Ésta es sin duda una documentación oficial bien preparada. En cuanto al espejismo de las cartas pueblas debidamente selladas, debidamente fechadas, basta con la más mínima experiencia del presente para disiparlo. Nadie lo ignora: las actas notariales establecidas según todas las reglas están llenas de inexactitudes voluntarias,[29] y recuerdo[30] que me pidieron, hace muchos años, firmar con una fecha anterior a la real un acta requerida por una de las grandes administraciones del Estado.[31] Nuestros padres no tenían más escrúpulos[32] al respecto. "Otorgado tal día en tal lugar", se lee al pie de los diplomas reales. Pero si usted consulta los informes de viaje del rey, se percatará más de una vez de que, ese día, se encontraba en realidad a muchas leguas de allí. Innumerables actas de manumisión de siervos, que ninguna persona sensata podría imaginar como falsas, fueron concedidas por poca caridad, mientras que podemos oponerles la factura de la libertad.

[Pero] no basta con constatar el engaño. Hace falta descubrir sus motivos, aunque sólo fuera para mejor desenmascararlo. Si subsiste alguna duda en cuanto a sus orígenes, siempre quedará en el engaño algo que resiste al análisis y, por ende, sólo se le probará a medias. Ante todo, una mentira, como tal, es[33] a su manera un testimonio.[34] Probar, sin más, que el célebre diploma de Carlomagno para la iglesia de Aquisgrán no es auténtico es ahorrarse un error, pero no es adquirir un conocimiento.[35] Al contrario, si logramos determinar que el falso documento fue elaborado en el círculo de Federico Barbarroja con el fin de servir para los grandes sueños imperiales, se abre un panorama nuevo con vastas perspectivas históricas. Y

29]grandes o pequeñas [

30]personalmente[

31 En la primera redacción, esta oración era mucho más concreta:]Recuerdo personalmente haber firmado un acta que confirmaba mi instalación en un liceo de provincia, con una fecha en la que me encontraba enfermo en París —a sabien das de las autoridades que querían evitar una pequeña dificultad administrativa.[

32]que nosotros[

33]también[

34]Expresa una mentalidad; informa sobre las circunstancias que la inspiraron.[

35]positivo[

es como la crítica se ve conducida a buscar al impostor detrás de la impostura. Es decir, según la divisa misma de la historia, al hombre.

Sería pueril pretender enumerar en su infinita variedad las razones que pueden conducir a la mentira. Pero los historiadores, que tienden naturalmente a intelectualizar en exceso a la humanidad, harían bien en recordar que todas esas razones no son razonables. En algunos seres, la mentira, aunque se asocia por lo general con un complejo de vanidad o de represión, se vuelve, para retomar la terminología de André Gide, casi un "acto gratuito". El estudioso alemán que batalló tanto para redactar en muy buen griego la historia oriental cuya paternidad atribuyó al ficticio Sanchoniathon, hubiera podido adquirir fácilmente y con menos trabajo una buena reputación como helenista. Hijo de un miembro del Instituto, destinado a ingresar también más tarde en esta honorable compañía, François Lenormand se hizo famoso en el medio a los diecisiete años, engañando a su propio padre con el falso descubrimiento de las inscripciones de la capilla de San Eloy, que había íntegramente fabricado con sus propias manos. [Ya entrado en edad y cubierto de honores,] su último golpe maestro fue, según dicen, publicar como originarias de Grecia algunas [triviales] antigüedades prehistóricas que sencillamente había recogido en la campiña francesa.[36]

Ahora bien, lo mismo eXIstieron individuos que épocas mitómanas. Tal fue el caso hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX de las generaciones prerrománticas y románticas. Poemas [seudocélticos] escritos bajo el nombre de Ossian [,epopeyas, baladas que Chatterton creyó escribir en inglés antiguo], poesías supuestamente medievales de Clothilde de Surville, cantos bretones imaginados por Villamarqué, cantos supuestamente traducidos del croata por Merimé, cantos heroicos checos[37] de Kravoli-Dvor,[38] para no citar sino algunos ejemplos. Como si durante esas pocas décadas una vasta sinfonía de fraudes hubiera resonado[39] de un

[36]]Lo curioso es que el gusto por la mentira toma a veces la forma de una ver dadera epidemia colectiva.[

[37]]del manuscrito[

[38]]; crónica inglesa del seudo Ingulph; comentario sobre el "sitio de Bretaña", atribuido al seudo Ricardo de Circensester[

[39]]casi[

extremo de Europa a otro. La Edad Media,[40] sobre todo en la época que va del siglo VIII al XII presenta otro ejemplo de esta epidemia colectiva. Es cierto que la mayoría de los falsos diplomas, los falsos decretos pontificios, los falsos edictos,[41] fabricados en aquel entonces en cantidad tan grande, lo fueron por interés. [Los falsarios no tenían otro propósito] que asegurar a una Iglesia un bien que le disputaban, apoyar a la autoridad de la sede romana, defender a los monjes contra el obispo, a los obispos en contra de los metropolitanos, al papa contra los soberanos temporales, al emperador contra el papa. Pero es un hecho característico que personajes de una piedad y, a veces, de una virtud incontestables no temían participar en esos engaños. Por lo visto, no ofendían la moralidad común. En cuando al plagio,[42] en esta época[43] parecía ser [universalmente] el acto más inocente del mundo: el analista, el hagiógrafo, se apropiaban sin remordimientos pasajes enteros de escritos de autores más antiguos. [Y sin embargo, nada tenían de "futuristas" esas dos sociedades, por otra parte tan diferentes]. Lo mismo para su fe que para su derecho, la Edad Media no conocía otro fundamento que la enseñanza de sus ancestros. El romanticismo quería sosegar su sed en la fuente misma de lo primitivo y de lo popular. Así, los periodos más apegados a la tradición fueron también los que[44] tomaron las mayores libertades respecto de su exacta herencia. Como si, a fuerza de venerar el pasado, uno fuera llevado naturalmente a inventarlo por un extraño desquite de una irresistible necesidad de creación. En el mes de julio de 1857, el matemático Michel Chasles comunicó a la Academia de Ciencias un lote de cartas inéditas de Pascal, que le había vendido su proveedor habitual, el ilustre falsario Vrain-Lucas. Según ellas, el autor de *Las provinciales* había formulado antes que Newton el principio de la atracción universal. Se sorprendió un científico inglés: ¿Cómo explicar, decía en lo esencial,[45] que estos textos mencionan mediciones astronómicas realizadas[46] muchos años después de la

---

[40]](ya tuve oportunidad de mencionarlo)[
[41]]que se vieron[
[42]]propiamente dicho[
[43]]como durante mucho tiempo aún
[44]]por razones, ciertamente, diferentes[
[45]]este aguafiestas[
[46]]que sólo fueron realizadas[

muerte de Pascal y que Newton no conoció sino después de[47] publicadas las primeras ediciones de su obra? A Vrain-Lucas, esto no le apuraba. [Regresó a su taller; y] Chasles, nuevamente armado gracias a él,[48] pudo producir nuevos autógrafos. Ahora los firmaba Galileo y estaban dirigidos a Pascal. Así se resolvía el enigma: el ilustre astrónomo había proporcionado las observaciones y Pascal los cálculos, y ambos lo habían hecho en secreto. Cierto es que Pascal sólo tenía 18 años a la muerte de Galileo. Pero ¡vaya, otra razón para admirar la precocidad de su genialidad!

Sin embargo, observó el incansable objetante, eXIste otra cosa extraña: en una de esas cartas fechada en 1641, se ve a Galileo quejándose por no poder escribir sino a costa de una gran fatiga para sus ojos. ¿Y acaso no sabemos[49] que desde finales del [año] 1637, estaba, de hecho, totalmente ciego? Perdóneme, contestó poco después el buen Chasles, estoy de acuerdo en que [hasta ahora] todo el mundo creyó en esta ceguera. Pero se equivocaron: puedo ahora introducir en el debate un documento decisivo para desenmascarar el error común. El 2 de diciembre de 1641, otro estudioso italiano comunicaba a Pascal que Galileo, cuya vista bajaba probablemente desde hacía varios años, acababa de volverse totalmente ciego...[50] [51]

No todos los impostores fueron tan fecundos como Vrain-Lucas, ni todos los candidos su lamentable víctima. Pero que el insulto sea verdaderamente un engranaje, que cualquier mentira lleve[52] forzosamente a otra y a muchas otras más, destinadas a prestarse mutuo apoyo, al menos en apariencia, esto es cosa que enseña la experiencia de la vida y que confirma la experiencia de la historia. Por ello, tantos célebres documentos falsos se presentan en cascada:[53] falsos privilegios de la sede de Canterbury, falsos privilegios del ducado de Austria [—suscritos por tantos soberanos, desde Julio César hasta Federico Barbarroja—], falsos documentos en árbol genealógico del caso Dreyfus. [Da la impresión (y no quise citar más que algunos ejemplos) de una profusión de

---

47]ya[

48]por este valiente trabajador[

49]por una fuente de lo más segura[

50]unos días antes[

51](para no cansar al lector, tuve que abreviar un poco sus contribuciones al expediente extraordinariamente copioso del asunto Pascal-Newton)[

52]casi[

53]tales como[

colonias microbianas.] Por naturaleza, el fraude engendra al fraude.

Finalmente, eXIste una forma[54] más insidiosa del engaño. En vez de la falsedad brutal, [plena, y si puede decirse, franca], aparece la modificación solapada: interpolaciones en cartas auténticas, en la narración, adornos con detalles inventados sobre un fondo burdamente verídico. [Por lo general, se interpola por interés. Las más de las veces, se adorna para que se vea más bonito.] Con frecuencia se han denunciado los estragos que una estética falaz ejerció en la historiografía antigua o medieval. Tampoco nuestra prensa se salva. Aun a costa de la veracidad, el gacetero más modesto se complace en construir sus personajes según las convenciones de una retórica que goza todavía de mucho prestigio y en nuestras redacciones, Aristóteles y Quintiliano tienen más discípulos de lo que se podría creer.

Hasta algunas condiciones técnicas parecen favorecer estas deformaciones. En 1917, cuando el espía Bolo fue condenado a muerte, un periódico publicó el 6 de abril el relato de la ejecución. Si la fecha de la ejecución se había fijado para este mismo día, esta última[55] no tuvo [realmente] lugar[56] sino once días después. El periodista tenía preparado su artículo de antemano, y convencido de que el acontecimiento sucedería el día previsto, no consideró útil averiguarlo. No sé lo que vale la anécdota. Equivocaciones tan graves son sin duda excepcionales. Pero no es insensato suponer que, por apuro —dado que se debe entregar la edición a tiempo—, los reportajes de escenas esperadas sean preparados a veces con anticipación. Podemos estar convencidos de que después de la observación, se modificará la estructura en todos los puntos importantes [,si es necesario]. Pero en cambio, es muy probable que no se retocarán los rasgos[57] accesorios, considerados como necesarios para el folklore y que a nadie se le ocurre controlar. Al menos, esto es lo que un profano cree percibir. Nos gustaría que un profesional nos hiciera al respecto sinceras aclaraciones.[58]

54]peculiar[

55]sin embargo[

56], gracias a una prórroga,[

57]un poco[

58]: un estudio sincero de las prácticas del reportaje sería quizá más importan te que cualquier otro para la práctica de la historia contemporánea[

[Desgraciadamente,] el periódico no ha encontrado aún a su Mabillon o a su Papebroeck. [Lo seguro es que la sumisión a un código algo obsoleto de conveniencia literaria, el respeto por una psicología estereotipada, el furor por lo pintoresco no perderán su lugar pronto en la galaXIa de los provocadores de mentiras.]

Entre la pura simulación y el error totalmente involuntario, eXIsten varios grados, aunque sólo sea por la fácil metamorfosis que transforma la tontería [más] sincera en mentira, si la ocasión es propicia. Inventar supone un esfuerzo que repugna la pereza mental común a la mayoría de los hombres. ¡Cuan cómodo es aceptar con complacencia[59] una ilusión, originalmente espontánea, que satisface el interés del momento!

Vea el célebre episodio del "avión de Nuremberg". Aun cuando este asunto nunca ha sido bien aclarado, parece ser que un avión comercial francés voló sobre la ciudad unos días antes de la declaración de guerra. Es probable que lo confundieran con un avión militar. No es inverosímil que en una población ya presa de los fantasmas de la pelea próXIma, se haya difundido el rumor de que se habían arrojado bombas por aquí y por allá. Sin embargo, lo seguro es que no se arrojó ninguna bomba, que los gobernantes del Imperio alemán poseían todos los medios para deshacer ese falso rumor, y que después, al recibirlo sin control, propiamente mintieron para volverlo motivo de guerra. Pero sin imaginar nada. Ni siquiera quizá,[60] sin tener [al principio] una conciencia muy clara de su impostura. Se creyó el absurdo rumor porque resultaba útil creerlo. Entre todos los tipos de mentira, mentirse a sí mismo no es uno de los menos[61] frecuentes y la palabra "sinceridad" cubre un concepto algo vago, que no se debe manejar sin introducir muchos matices.

También es cierto que muchos testigos se equivocan de buena fe. Para el historiador, ha llegado el momento de sacar provecho de los valiosos resultados con los que la observación *in vivo* ha forjado, desde algunas décadas, una disciplina casi[62] nueva [: la psicología del testimonio]. En la medida en que nuestros estudios se interesan en ellas, esas adquisiciones parecen ser en lo esencial las siguientes.

59]o ampliar[

60], al menos para algunos de ellos,[

61]peligrosos, ni siquiera entre los menos[

62]completamente[

Si se cree a Guillaume de Saint-Thierry, su discípulo y amigo san Bernardo se sorprendió un día al enterarse de que el presbiterio de la capilla, donde asistía diariamente a los oficios religiosos cuando era joven monje, tenía tres ventanas. Siempre se había imaginado que sólo tenía una. Comentando este rasgo,[63] el hagiógrafo a su vez se sorprende y admira:[64] ¿Semejante desprendimiento de las cosas de la Tierra no presagiaba a un perfecto servidor de Dios? Es probable que Bernardo haya sido sumamente distraído, si al menos es cierto, según también cuentan, que caminó todo un día a lo largo del lago Lehman sin darse cuenta de ello. Sin embargo, numerosos experimentos prueban que para equivocarnos tan burdamente acerca de las realidades que deberíamos, al parecer, conocer mejor, no hace falta contarse entre los príncipes de la mística. Los estudiantes del profesor Claparède, en Ginebra, se revelaron durante célebres experimentos tan incapaces de describir el vestíbulo de su universidad como el Doctor "de palabra de miel" la iglesia de su monasterio. [La verdad es que,] en la mayoría de los cerebros, el mundo circundante no encuentra más que mediocres aparatos registradores. Si se agrega que los testimonios no son propiamente sino la expresión de recuerdos, los errores iniciales corren siempre el riesgo de complicarse con errores de memoria, de esa memoria incansable, "chorreante" que ya denunciaba uno de nuestros viejos juristas.[65]

En algunas mentes, la inexactitud histórica toma aspectos verdaderamente patológicos. ¿Sería demasiado irreverente proponer para esta psicosis el nombre de "enfermedad de Lamartine"? Todo el mundo lo sabe: por lo general, estas personas son las que más se apresuran a afirmar. Pero si bien eXIsten testigos más o menos dudosos o seguros, la experiencia prueba que no eXIsten testigos cuyo decir sea fidedigno acerca de todos los temas y en

---

63]y otros similares[

64 Desde las palabras "población ya presa..." (pp. anterior y ésta) hasta "¿Semejante desprendimiento...", además del original reproducido aquí y que tiene varias correcciones manuscritas eXIste una hoja, copia sin ninguna correc ción manuscrita, numerada III-14, cuyo texto es idéntico al de la primera re dacción pero con nueva mecanografía.

65 Se puede comparar este pasaje con la exposición de los mismos ejemplos que hace Marc Bloch en "RefleXIones de un historiador sobre las falsas noticias de la guerra", *Revue de synthése historique,* 1921, retomado en la obra de Bloch, *Mélanges historiques,* 1.1, p. 42.

todas las circunstancias. Principalmente dos órdenes de causa alteran, [hasta] en el hombre mejor dotado, la veracidad de las imágenes cerebrales. Unas se deben al estado momentáneo del observador: el cansancio, por ejemplo, o la emoción. Otras dependen del grado de su atención. Salvo algunas excepciones, sólo se ve o se escucha bien lo que se esperaba percibir. Si un médico va a ver a un enfermo, creeré más lo que diga acerca del aspecto de su paciente, cuyo comportamiento examinó minuciosamente, que lo que diga acerca de los muebles del cuarto a los que probablemente no echó más que un vistazo. Por ello, a pesar de un prejuicio bastante común, los objetos más familiares —como para san Bernardo la capilla de Citeaux— son habitualmente los más difíciles de describir: la familiaridad lleva casi forzosamente a la indiferencia.

Ahora bien, muchos acontecimientos históricos no se observaron sino en momentos de violenta agitación emotiva o por testigos cuya atención, sea que haya sido solicitada demasiado tarde si fue por sorpresa, sea que se haya preocupado esencialmente por la acción inmediata,[66] no pudo centrarse lo suficiente en aquellos rasgos a los que, con[67] razón, el historiador atribuiría hoy en día un interés preponderante. Algunos casos son célebres. ¿Salió de la tropa o de la muchedumbre el primer tiro que el 25 de febrero de 1848, [frente a Relaciones Exteriores], desató la rebelión de donde saldría, a su vez, la Revolución? Lo más probable es que no lo sepamos nunca.[68] Por otra parte, ¿cómo tomar en serio los grandes pasajes descriptivos, las pinturas [minuciosas] del vestuario, de los gestos, de las ceremonias, de los episodios de guerra, elaboradas por los cronistas? ¿Mediante qué rutina obstinada conservar la más mínima ilusión acerca de la veracidad de todo ese baratillo del que se nutría la morralla de los historiadores románticos, mientras que alrededor nuestro, ningún testigo es capaz de recordar correctamente, en su integralidad, los detalles sobre los cuales se interrogó con tanta ingenuidad a los antiguos autores? En el mejor de los casos, estos cuadros nos dan el escenario de las acciones tal y como se las imaginaban en la época del escritor. Esto es muy

[66]]o por la seguridad[

[67]]justa[

[68]]Tampoco sabremos si la encuesta judicial logró determinar si, el... en Cluses, el director de la fábrica utilizó su arma antes o después de la lluvia de piedras arrojadas por los huelguistas.[

instructivo, aunque no sea el tipo de informaciones que los aficionados a lo pintoresco piden por lo general a sus fuentes.

Sin embargo, conviene ver a qué conclusiones llevan a nuestros estudios estas observaciones, quizá sólo en apariencia pesimistas. No afectan la estructura elemental del pasado. Las palabras de Bayle siguen siendo justas. "Nunca se objetará nada que valga la pena en contra de esa verdad de que César venció a Pompeyo, y sea cual sea el principio que se quiera discutir, no se encontrará cosa más inquebrantable que esta proposición: 'César y Pompeyo eXIstieron y no fueron una simple modalidad del alma de aquellos que escribieron su vida'." Es cierto: si sólo subsistieran como verdaderos algunos hechos de este tipo, desprovistos de explicación, la historia se reduciría a una sucesión de apuntes burdos, sin gran valor intelectual. Afortunadamente, no es el caso. Para la psicología del testimonio, las únicas causas afectadas [así] de frecuente incertidumbre son los antecedentes más inmediatos. Se puede comparar un acontecimiento importante con una explosión. ¿En qué condiciones, exactamente, se produjo el último choque molecular, indispensable para la explosión de los gases? Las más de las veces tendremos que resignarnos a ignorarlo. Por más lamentable que sea (¿acaso los químicos están siempre en mejor situación que nosotros?), eso no impide que la composición de la mezcla detonante sí se pueda someter perfectamente bien al análisis. Numerosos factores, muy diversos y muy activos, que un historiador como Tocqueville supo discernir a tiempo, venían preparando desde hace mucho la Revolución de 1848, este movimiento tan claramente determinado en el que, por una extraña aberración, algunos historiadores vieron el tipo mismo del acontecimiento fortuito. ¿Acaso el tiroteo del *Boulevard des Capucines* no fue sino la última chispa?

Asimismo, veremos que las causas cercanas también escapan con demasiada frecuencia a la observación de nuestros informantes y, por ende, a la nuestra. En sí, constituyen también en la historia la parte privilegiada de lo imprevisible, del "azar". Podemos consolarnos, sin mucha dificultad, de que las debilidades del testimonio escapan por lo general a las más sutiles de nuestras herramientas. Aunque se conocieran mejor, su encuentro con las grandes cadenas causales de la evolución representaría el residuo de contingencias que nuestra ciencia nunca logrará eliminar [, ni

tiene derecho a pretenderlo]. En cuanto a los resortes íntimos de los destinos humanos, a las vicisitudes de la mentalidad o la sensibilidad, de las técnicas, de la estructura social o económica, los testigos interrogados no están sujetos a las fragilidades de la percepción momentánea. [Afortunadamente, y eso ya Voltaire lo había percibido,] lo más profundo de la historia bien podría ser lo más seguro.

La facultad de observación tampoco es una constante social, ya que varía considerablemente de individuo a individuo. Algunas épocas fueron desprovistas de ella más que otras. Por más mediocre que siga siendo hoy en día, por ejemplo, la apreciación de los números para la mayoría de los hombres, ya no es una carencia tan universal como entre los analistas medievales: lo mismo nuestra percepción que nuestra civilización se ha embebido de matemáticas. Sin embargo, si los errores del testimonio no fueran determinados más que por las debilidades de nuestros sentidos o de nuestra atención, sólo le quedaría al historiador abandonar sus estudios al psicólogo. Pero más allá de esos pequeños accidentes cerebrales, de naturaleza bastante común, muchos errores se remontan a causas que son mucho más significativas de una atmósfera social particular. Por eso adquieren, a su vez [, como la mentira], un valor documental.

En el mes de septiembre de 1917, el regimiento de infantería al que yo pertenecía ocupaba las trincheras del [Camino de las Damas] en el norte de la pequeña ciudad de Braisne. Luego de un ataque rápido, hicimos un prisionero. Era un reservista, de oficio comerciante y originario de Brême sobre el Weser. Poco tiempo después nos llegó una curiosa historia de la retaguardia. "El espionaje alemán", decían más o menos esos compañeros bien informados, "¡qué maravilla! Les quitamos uno de sus pequeños puestos en el corazón de Francia. ¿Qué encontramos? Un comerciante establecido en tiempos de paz a unos kilómetros de ahí: en Braisne". El despropósito parece claro. Cuidémonos, sin embargo, de dar cuenta de ello de manera demasiado simple. ¿Se invocará sin más ni más una equivocación del oído? En todo caso, sería expresarse con bastante inexactitud. En efecto, más que mal oído, el nombre había sido probablemente mal entendido: generalmente desconocido, no llamaba la atención y por inclinación natural de la mente, se creyó captar en su lugar un nombre familiar. Pero hay

más: en este primer trabajo de interpretación ya se hallaba implicado otro, igualmente inconsciente. Demasiado verídica, la imagen de las astucias alemanas había sido popularizada por innumerables relatos;[69] agasajaba[70] vivamente la sensibilidad novelística de las masas. La sustitución de Brême por Braisne armonizaba de maravilla con esta obsesión y de alguna manera, se impuso espontáneamente.[71]

[Ahora bien,] tal es el caso de muchas deformaciones del testimonio. Casi siempre el error está orientado de antemano. Sobre todo, no se difunde ni cobra vida sino a condición de coincidir con los prejuicios de la opinión común; se convierte entonces en el espejo en que la conciencia colectiva contempla sus propios rasgos. Muchas casas belgas presentan, en sus fachadas, estrechas aperturas para que los resanadores colocaran fácilmente sus andamios. En 1914, los [soldados] alemanes nunca hubieran visto en estos inocentes artificios de albañilería troneras preparadas para los francotiradores, si su imaginación no hubiera estado alucinada, desde hacía mucho, por el temor de las guerrillas. La forma de las nubes no ha cambiado desde la Edad Media, sin embargo ya no vemos en ellas ni cruces, ni espadas milagrosas. La cola del cometa que observó el gran Ambroise Paré no debiera ser muy distinta de las que a veces atraviesan nuestros cielos. Sin embargo, creyó ver [en aquél] una panoplia de armas extrañas. La sumisión al prejuicio universal había triunfado sobre la habitual exactitud de su mirada, y su testimonio [como tantos otros] no nos informa acerca de lo que vio en realidad, sino acerca de lo que en sus tiempos se consideraba natural ver.

Sin embargo, para que el error de un testigo venga a ser el de muchos hombres, para que una mala observación se transforme en falso rumor, se necesita también que la sociedad favorezca esa difusión. No todos los tipos sociales, ni con mucho, se prestan a ello con la misma facilidad. Al respecto, las extraordinarias vicisitudes de la vida colectiva que han vivido nuestras generaciones constituyen experiencias admirables. A decir verdad, las del momento presente están demasiado cerca de nosotros para someterse a

[69]]; no sólo sorprendía[

[70]]muy[

[71] Compare este párrafo con el pasaje correspondiente en *Mélanges historiques,* p. 53 (art. cit., nota 65, p. 113).

un análisis exacto. La guerra de 1914-1918 permite mayor distanciamiento.

Todos sabemos que esos cuatro años abundaron en falsas noticias, especialmente entre los combatientes. En la sociedad muy particular de las trincheras es donde parece más interesante analizar su formación.

El papel de la propaganda y de la censura fue a su manera considerable, pero exactamente[72] a la inversa de lo que esperaban de ellas los creadores de estas instituciones.[73] Como lo dijo muy bien un humorista: "En las trincheras prevalecía la opinión de que todo podía ser cierto, excepto lo que se imprimía". No se creía en los periódicos, ni mucho más en las cartas, no sólo porque llegaban de manera irregular, sino porque también se suponía que eran muy vigiladas. Aquello desató un prodigioso renacimiento de la tradición oral, antigua madre de las leyendas y los mitos. Gracias a un golpe audaz, con el que nunca hubiera podido soñar ni el más atrevido de los científicos, los gobiernos, aboliendo los siglos transcurridos, regresaban al soldado del frente a los medios de información y a la disposición mental de las viejas épocas, anteriores al periódico, a la hoja de noticias, al libro.

Por lo general, no era en la línea de fuego donde nacían los rumores. Ahí, los pequeños grupos quedaban demasiado aislados unos de otros. Al soldado no se le permitía desplazarse sin orden; además, las más de las veces, no hubiera podido hacerlo sin poner en peligro su vida. A veces circulaban viajeros intermitentes: agentes de enlace,[74] telefonistas que reparaban sus líneas, observadores de artillería. Estos personajes considerables se llevaban poco con el soldado raso. Pero había[75] comunicaciones periódicas mucho más importantes. La preocupación por la comida las imponía. Las cocinas fueron el agora de este mundo de refugios y puestos de observación. Ahí, una o dos veces al día, los abastecedores que venían de los diversos puntos del sector se juntaban y charlaban entre sí o con los cocineros. Éstos sabían mucho, ya que

---

72]por otra parte[

73]Ya tuve la oportunidad de insistir anteriormente en esa epidemia de escepticismo hacia lo escrito. [

74]de todo tipo[

75]también[

colocados en el cruce de todas las unidades, tenían [además] el privilegio bastante excepcional de poder a diario intercambiar unas cuantas palabras con los conductores del tren del regimiento, hombres afortunados que paraban en las cercanías de los estados mayores.[76] Así, por un instante, alrededor de las fogatas al aire libre o de los fogones de las cocinas rodantes, se tejían lazos precarios entre medios sociales singularmente disparejos. Luego los rasos agarraban camino por las pistas y trincheras, y llevaban hasta la primera línea, con sus ollas, las informaciones, verdaderas o falsas, en todo caso casi siempre deformadas y listas para una nueva elaboración. Sobre los planos directivos, ligeramente abajo de los trazos enlazados que marcaban las primeras posiciones, se hubiera podido sombrear una franja continua: la zona de formación de las leyendas.[77]

Ahora bien, la historia ha conocido más de una sociedad regida por condiciones más o menos análogas, pero con una diferencia: en lugar de ser el efecto pasajero de una crisis totalmente excepcional, estas condiciones representaban la trama normal de la vida. Ahí también, la transmisión oral era casi la única eficiente. Ahí también, entre elementos muy fragmentados, los enlaces se operaban casi exclusivamente por intermediarios[78] especializados o en puntos de enlace definidos. Vendedores, juglares, peregrinos y mendigos hacían la vez del pequeño pueblo errante[79] de las trincheras comunicantes. Los encuentros regulares se producían en los mercados o con motivo de las fiestas religiosas. Tomemos, por ejemplo, la alta Edad Media. Realizadas a fuerza de interrogatorios con los transeúntes que servían de informadores, las crónicas monásticas se asemejan mucho a las agendas que hubieran podido llevar nuestros cabos, si hubieran querido. En cuanto a las falsas noticias, estas sociedades siempre fueron un excelente caldo de cultivo. Las relaciones frecuentes entre los hombres facilitan la comparación entre los diversos relatos. Excitan el sentido crítico. Por el contrario, se cree firmemente al narrador quien, con

[76]]y a veces, incluso, cerca de pueblos habitados aún[

[77]]Agréguese, naturalmente, algunos instrumentos de enlace más lejanos como los soldados que regresaban después de un permiso. Sin embargo, lo que traían venía del país de los civiles al que se consideraba también como el país del lavado de cerebro y del que se desconfiaba mucho.[

[78]]de alguna manera[

[79]]e intermitente[

largos intervalos y por caminos difíciles, trae los rumores de las tierras lejanas.[80]

3. Intento de una Lógica del Método Crítico[81]

La crítica del testimonio siempre será un arte lleno de sutilezas, porque trabaja sobre realidades psíquicas. Para ella, no eXIste libro de recetas. Sin embargo, también es un arte racional que descansa en la práctica metódica de algunas grandes operaciones de la mente. En una palabra, tiene su propia dialéctica que conviene poner de manifiesto.

Supongamos que de una civilización desaparecida subsista un solo objeto y que además, las condiciones en que fue descubierto impidan relacionarlo con huellas ajenas al hombre, tales como los sedimentos geológicos (porque en esta búsqueda de nexos, la naturaleza inanimada también puede tener su parte). No se podrá fechar este vestigio único, ni pronunciarse sobre su autenticidad. En efecto, nunca se restablece una fecha, ni se controla, ni finalmente se interpreta un documento, sino insertándolo en una serie cronológica o en un conjunto sincrónico. Mabillon fundó la diplomática comparando diplomas merovingios entre sí o con otros textos diferentes por su época o por su naturaleza. La exégesis nació de la confrontación de relatos evangélicos. En la base de casi toda crítica se inscribe un trabajo de comparación.

80]Sin embargo, no habría que llevar demasiado lejos la analogía. En muchos aspectos, la guerra fue una asombrosa experiencia de regresión. Pero la regresión nunca es del todo completa y no se borra de un trazo la huella de varios siglos de evolución mental. En el soldado raso de 1914-1918, fue grande la credulidad en los falsos rumores, pero fue, me parece que duró poco. Ante todo centrada, como era natural, en los acontecimientos que podían afectar su destino inmediato —el relevo, el cambio de sector, el ataque próXImo—, su curiosidad, sin embargo, era sensible mente más amplia, su visión del mundo menos cuadrada o menos deficiente que la del pueblo medieval común. El historiador, ya lo mencionamos, no estudia el pre sente con la esperanza de descubrir en él una reproducción exacta del pasado. Sim plemente busca en el presente los medios para entender y sentir mejor el pasado. Creo que las falsas noticias de la guerra nos dan un ejemplo bastante bueno de ello.[

81 A partir de este título y hasta el final de esta redacción, las notas al pie de página señalan las modificaciones introducidas a lo largo de la única mecanogra fía entre la versión definitiva, que contiene algunas hojas manuscritas intercala das y hojas mecanografiadas con algunas correcciones manuscritas, y el texto de la mecanografía sin correcciones manuscritas.

Sin embargo, los resultados de esta comparación nada tienen de automático. Acaba forzosamente por hallar a veces semejanzas, a veces diferencias. Ahora bien, según los casos, la concordancia de un testimonio con los testimonios cercanos puede imponer conclusiones estrictamente opuestas.

Consideremos primero el caso elemental del relato. En sus *Memorias* que emocionaron a tantos jóvenes, Marbot cuenta con abundancia de detalles una hazaña de la que se presenta como el héroe. Si se le cree, en la noche del 7 al 8 de mayo de 1809, habría cruzado en una barca las aguas desatadas del Danubio, por entonces en plena crecida, para hacer prisioneros austríacos del otro lado del río. ¿Cómo comprobar la anécdota? Recurriendo a otros testimonios. Tenemos las órdenes, los cuadernos de ruta, los informes de los ejércitos enfrentados: atestiguan que durante esa famosa noche, el cuerpo austríaco del que Marbot pretendió haber encontrado el campamento en la orilla izquierda, todavía ocupaba la orilla opuesta. Por otra parte, en la correspondencia de Napoleón encontramos que el 8 de mayo la crecida no había empezado. Finalmente, encontramos un documento redactado por el propio Marbot el 30 de junio de 1809 en el que solicita su promoción, pero al evocar sus cargos, no dice palabra de la presunta hazaña del mes anterior. Por un lado están las *Memorias,* por el otro una serie de textos que las desmienten. Conviene escoger entre estos testigos irreconciliables. ¿Qué alternativa se considerará más verosímil? ¿Que en el momento mismo, los estados mayores, el propio emperador se hayan equivocado (al menos que, ¡quien sabe por qué!, hayan alterado adrede la realidad), que el Marbot de 1809, anhelando su promoción haya pecado de una modestia exagerada? ¿O que mucho más tarde, el viejo guerrero conocido por sus fanfarronadas nuevamente haya torcido la verdad? A nadie le cabrá la menor duda: una vez más, las *Memorias* mintieron.

Por lo tanto, aquí la constatación de un desacuerdo arruinó uno de los testimonios opuestos. Uno de los dos tenía que sucumbir. Así lo eXIgía el más universal de los postulados lógicos: el principio de contradicción prohibe inexorablemente que un acontecimiento pueda a la vez ser y no ser. Hay en el mundo eruditos que se empeñan honestamente en descubrir un término medio entre afirmaciones antagónicas: es como imitar al chamaco que interrogado

acerca del cuadrado de 2, y como uno de sus vecinos le soplaba 4 y el otro 8, creyó atinarle contestando 6.

Quedaba luego por escoger entre el testimonio rechazado y el que debía subsistir. Un análisis psicológico permitió escoger; en los testigos, se sopesaron una tras otra las presuntas razones de la veracidad, de la mentira o del error. Resultó que ahí, esta apreciación tenía un carácter evidente casi absoluto. En otras circunstancias, el coeficiente de incertidumbre podrá ser mucho más elevado. Las conclusiones que se fundan en una delicada dosificación de motivos suponen una larga degradación entre lo infinitamente probable y lo apenas verosímil.

[Pero veamos ahora ejemplos de otro tipo.] Una carta que se dice del siglo XIII está escrita sobre papel mientras que todos los originales de esta época encontrados hasta la fecha lo están sobre pergamino; la forma de las letras aparece muy distinta a la del trazo que se observa en los otros documentos de la misma fecha; la lengua abunda en palabras y giros estilísticos ajenos a su uso común. O bien el tamaño de una herramienta, presuntamente paleolítica, revela procedimientos de fabricación que, según sabemos, no se utilizaron sino en épocas mucho más cercanas a la nuestra. Concluiremos que la carta puebla y la herramienta son falsificaciones. Lo mismo que en el caso anterior, el desacuerdo condena, pero por razones muy diferentes.

En este caso, la idea que guía la argumentación es que en una misma generación de una misma sociedad impera una semejanza de costumbres y técnicas demasiado fuerte para permitir que ningún individuo se aparte sensiblemente de la práctica común. Estamos seguros de que un francés de la época de Luis VII trazaba sus palotes más o menos como sus contemporáneos, que se expresaba más o menos en los mismos términos,[82] utilizaba los mismos

[82] Quizá aquí es donde debe de ir la nota de Marc Bloch: "En mi juventud, escuché a un erudito muy famoso que fue director de la Escuela de Archivos y Paleontología decirnos con bastante orgullo: 'Puedo poner sin equivocarme una fecha a un manuscrito con veinte años de margen'. Sólo olvidaba una cosa: muchos escribanos viven más de cuarenta años y si la letra de uno se va modificando con los años, rara vez se adapta a las nuevas maneras de escribir. Hubo seguramente alrededor del año 1200 escribanos que a los sesenta años escribían todavía como se lo habían enseñado hacia 1150. En realidad, la historia de la escritura extrañamente es más lenta que la del lenguaje. Espera todavía a su Diez — o a su Meillet".

materiales; y si un obrero de las tribus magdalenienses hubiera podido disponer de una sierra mecánica para recortar sus puntas de hueso, sus compañeros también la hubieran utilizado. En resumen, el postulado es de orden sociológico. Las nociones de endosmosis colectiva, de presión del número, de imperiosa imitación en las que descansa y cuyo valor general se confirma sin duda por una constante experiencia de la humanidad, se confunden al final con el concepto mismo de civilización

Sin embargo, la semejanza no debe ser excesiva. En lugar de abogar en favor del testimonio, pronunciaría su condena.

Todo el que participó en la batalla de Waterloo supo que Napoleón fue vencido. Consideraríamos como falso al testigo demasiado original que negase la derrota. Por otra parte, aceptamos que no eXIsten en francés muchas otras maneras de decir que Napoleón fue derrotado, si nos atenemos a esta sencilla y burda constatación. ¿Pero acaso dos testigos, o que se dicen serlo, describen la batalla con el mismo lenguaje? Y si hubiera cierta diversidad de expresión, ¿acaso cuentan exactamente los mismos detalles? Se concluirá, sin vacilar, que uno de los dos le copió al otro o que ambos copiaron un modelo común. En efecto, nuestra razón se niega a admitir que, situados necesariamente en puntos distintos del espacio y dotados de facultades de atención desigual, dos observadores hayan podido notar, rasgo por rasgo, los mismos episodios. Tampoco acepta que entre las innumerables palabras de la lengua francesa, dos escritores que trabajan independientemente uno de otro hayan escogido casualmente los mismos términos, y los hayan combinado de la misma manera para contar lo mismo. Si dos relatos aseguran basarse directamente en la realidad, uno de los dos necesariamente miente.

Observen ustedes en dos monumentos antiguos dos escenas guerreras esculpidas en piedra. Remiten a dos campañas diferentes, pero se representan con rasgos casi idénticos. El arqueólogo dirá: "Uno de los dos artistas seguramente plagió al otro, al menos que se conformaran ambos con reproducir un modelo estereotipado". No importa que entre los combates no haya pasado mucho tiempo, o que quizá los contrincantes hayan pertenecido a los mismos pueblos egipcios contra hititas, Assur contra Elam. Nos sublevamos contra la idea de que, en la inmensa variedad de actitudes humanas, dos acciones distintas en diversos momentos hayan podido dar lugar,

una y otra vez, exactamente a los mismos gestos. Como testimonio de los fastos militares que pretenden recordar, al menos una de las dos imágenes —sino es que las dos— es verdaderamente una falsificación.

Así la crítica se mueve entre estos dos extremos: la similitud que justifica y la que desacredita. Y es que el azar de los encuentros tiene sus límites y el acuerdo social está tejido con puntos, a decir verdad, bastante flojos. En otros términos, pensamos que eXIste en el universo y la sociedad una uniformidad suficiente como para excluir la eventualidad de diferencias demasiado marcadas. Pero tal y como la representamos, esta uniformidad obedece a caracteres muy generales. Pensamos que supone, y de alguna manera engloba, tan pronto como penetramos en lo real, un número de combinaciones posibles demasiado cercanas al infinito para que su repetición espontánea se pueda concebir: requiere un acto voluntario de imitación. Así que a fin de cuentas, la crítica del testimonio se apoya en una metafísica instintiva de lo igual y lo desigual, de lo uno y de lo múltiple.

Una vez establecida la hipótesis de la copia, queda por delimitar las influencias. ¿Ambos documentos del par se originaron en la misma fuente? O por el contrario, suponiendo que uno de los dos sea el original, ¿cómo determinarlo? A veces la respuesta será dada por criterios exteriores, como por ejemplo las fechas relativas, si es que resulta posible establecerlas. A falta de este recurso, el análisis psicológico con ayuda de los rasgos internos del objeto o del texto se volverá a imponer.

[Éste, por supuesto, no obedece a reglas mecánicas. ¿Habrá que partir del principio, así como algunos eruditos parecen hacerlo, que los retocadores[83] constantemente multiplican nuevas invenciones, de tal suerte que el texto más sobrio y menos inverosímil siempre pasaría por el más antiguo? A veces esto es cierto. De unas inscripciones a otras, vemos cómo se inflan desmesuradamente las cifras de los enemigos caídos bajo los golpes de un rey asirio. Pero también sucede que la razón se rebela. La más fabulosa de las *Pasiones* de san Jorge es la más antigua; después, al retomar el antiguo relato, los sucesivos redactores sacrificaron primero tal rasgo, luego tal otro cuya excesiva fantasía les molestaba. Hay muchas

[83] Neologismo.

maneras distintas de imitar. Varían según el individuo, a veces según modas comunes a una generación. Al igual que cualquier actitud mental, no se pueden presuponer bajo el pretexto de que nos parecen "naturales".]

[Afortunadamente,] los plagiarios se traicionan a menudo por sus torpezas. Cuando no entienden a su modelo, sus contrasentidos denuncian el fraude. Cuando buscan disfrazar sus préstamos, la torpeza de sus estratagemas los pierde. Conocí a un estudiante que durante un examen fijaba el ojo en el trabajo de su vecino y transcribía cuidadosamente todas sus frases al revés; con mucho tesón, transformaba los sujetos en atributos y las oraciones activas en pasivas. No logró más que entregar a su maestro un excelente ejemplo de crítica histórica.

Desenmascarar una imitación implica quedarse con uno de los dos o más testigos que pensábamos haber encontrado. Dos contemporáneos de Marbot, el Conde de Segur y el general Pelet, dieron de la supuesta travesía del Danubio un relato análogo al suyo. Pero Segur venía después de Pelet; lo leyó; no hizo más que copiarlo. En cuanto a Pelet, por más que hubiera escrito antes que Marbot, era su amigo, lo había oído sin duda alguna evocar sus proezas ficticias, ya que el infatigable fanfarrón, al engañar a la gente que le era cercana, se preparaba alegremente para mistificar la posteridad. Por lo tanto el único fiador que nos queda es Marbot, ya que sus aparentes avales no hablaron sino siguiéndolo. Cuando Tito Livio reproduce a Polibio, aun adornándolo, Polibio es nuestra única autoridad. Cuando Eginhard, bajo el pretexto de pintarnos a Carlomagno, calca el retrato de Augusto por Suetonio, no hay testigo en el sentido propio del término.

[Finalmente], detrás del supuesto testigo a veces se esconde un apuntador que no quería identificarse. Al estudiar el proceso de los Templarios, Roberto Lea observó que cuando dos acusados que pertenecían a dos casas distintas eran interrogados por el mismo inquisidor, se les veía invariablemente confesar las mismas atrocidades y las mismas blasfemias. Por el contrario, si venían de la misma casa y eran interrogados por distintos inquisidores, las confesiones ya no concordaban. La conclusión evidente es que el juez dictaba las respuestas. Supongo que los anales judiciales darían de este fenómeno otros ejemplos.

En ningún otro campo, el papel que desempeña en el razona-

miento crítico lo que se podría llamar el principio de semejanza limitada aparece de manera tan curiosa como en una de las aplicaciones más recientes del método: la crítica estadística.

Supongamos que estoy estudiando la historia de los precios entre dos fechas determinadas, en una sociedad muy cohesionada y atravesada por corrientes de activos intercambios. Tras de mí, un segundo trabajador y luego un tercero empiezan la misma investigación, pero con elementos que distintos a los míos difieren también entre sí: otros libros de cuentas, otros registros de precios. Cada quien por su lado establece promedios anuales, números, índices, gráficas a partir de una base común. Las tres curvas más o menos coinciden. Se concluirá que cada una de ellas da una imagen sumariamente exacta del movimiento. ¿Por qué?

La razón no es tan sólo que en un medio económico homogéneo las grandes fluctuaciones de precios debían forzosamente someterse a un ritmo sensiblemente uniforme. Esta consideración bastaría probablemente para que curvas brutalmente divergentes resultaran sospechosas, pero no para asegurarnos de que entre todos los trazos posibles, el que las tres gráficas concuerdan en dar sea obligatoriamente el verdadero, ya que coinciden. Pesar tres veces en balanzas igualmente adulteradas dará la misma cifra y esta cifra será falsa. Todo el razonamiento descansa aquí en un análisis del mecanismo de los errores. Ninguna de la tres listas de precios puede considerarse exenta de estos pequeños errores. En la estadística son casi inevitables, aun cuando supongamos que hayan sido eliminados los errores personales del investigador (sin hablar de las equivocaciones más burdas, ¿quién de nosotros se atreverá a decir que nunca tropezó en el espantoso dédalo de las antiguas medidas?). Por más atento que nos imaginemos al erudito, siempre quedarán las trampas tendidas por los mismos documentos: quizá algunos precios por descuido o mala fe se escribieron con inexactitud; otros serán excepcionales (precios para "amigo" o al contrario para "timado") y por lo tanto susceptibles de adulterar los promedios; las listas de precios que registraban las cotizaciones practicadas en los mercados no se establecieron siempre de modo cuidadoso. Pero en muchos precios, estas fallas se compensan, porque sería muy inverosímil que los errores siempre se fueran del mismo lado. Por lo tanto, si la concordancia de los resultados obtenidos a partir de datos distintos hace que se

confirmen unos con otros, es porque de entrada y con razón nos parece inconcebible que concuerden los descuidos, los pequeños engaños y las pequeñas complacencias. Lo que los testigos presentan como irreductiblemente diverso nos llevó a concluir que la concordancia final no podía venir sino de una realidad cuya unidad profunda estaba, en este caso, fuera de duda.

Los reactivos de la prueba del testimonio no están hechos para ser manejados brutalmente. Si se examinan a fondo, casi todos los principios racionales, casi todas las experiencias que la guían encuentran sus límites en principios o experiencias contrarios. Como toda lógica que se respeta, la crítica histórica tiene sus antinomias, al menos en apariencia.

Para que un testimonio sea reconocido como auténtico, vimos que el método eXIge cierta semejanza con los testimonios cercanos. Sin embargo, si aplicáramos al pie de la letra este precepto, ¿qué sería del descubrimiento? Quien dice descubrimiento dice sorpresa y diferencia. Si una ciencia se limitara a constatar que todo ocurre siempre como se esperaba, no serviría de nada ni tampoco divertiría. Hasta ahora, no se ha encontrado ninguna carta redactada en francés (en vez de serlo en latín como antes) anterior al año 1204. Imaginemos que el día de mañana un investigador produzca una carta de donación francesa fechada en 1180. ¿Concluiremos[84] que el documento es falso o que nuestros conocimientos eran insuficientes?

Por otra parte, si bien la aparente contradicción entre un testimonio nuevo y los que lo acompañan puede no tener otro origen que un desperfecto temporal de nuestro saber, también puede ocurrir que el desacuerdo esté auténticamente en las cosas. La uniformidad social no tiene tanta fuerza como para que ciertos individuos o grupos pequeños puedan escapar a ella. Con el pretexto de que Pascal no escribía como Arnault y Cézanne no pintaba como Bourguereau, ¿nos negaremos a admitir las fechas reconocidas de las *Provinciales* o de la *Montagne Sainte-Victoire?* ¿Tacharemos de falsas las más antiguas herramientas de bronce por el hecho de que la mayoría de los yacimientos de la misma época sólo nos dan herramientas de piedra?

Estas falsas conclusiones nada tienen de imaginarias y larga sería

---

[84]]sin mayor problema[

la lista de hechos que la rutina erudita empezó por negar porque eran sorprendentes: desde la zoolatría egipcia que divertía tanto a Voltaire hasta los vestigios humanos de la era terciaria. Pero si la vemos con mayor detenimiento, la paradoja metodológica no es más que superficial. El razonamiento por semejanza no pierde sus derechos. Sólo importa que un análisis más exacto discierna entre posibles diferencias y puntos de semejanza necesarios En efecto, toda originalidad individual tiene sus límites. El estilo de Pascal es únicamente suyo, pero su gramática y el fondo de su vocabulario pertenecen a su época. Para que se acepte como legítima nuestra carta de 1180, diferente de las demás cartas de misma fecha conocidas hasta ahora por el uso inusitado que hace de la lengua, su francés tendrá que conformarse *grosso modo* con el estado de la lengua comprobado en esta época por los textos literarios y las instituciones mencionadas tendrán que corresponder con las de la época.

Asimismo, la comparación crítica bien entendida no se conforma con aproXImar testimonios en un mismo plano temporal. Un fenómeno humano siempre es el eslabón de una serie que atraviesa las épocas. El día en que un nuevo Vrain-Lucas que avienta en la mesa de la Academia un puñado de autógrafos quiera comprobarnos que Pascal inventó la relatividad generalizada antes de Einstein, podemos estar seguros de antemano que la mayoría de los documentos son falsos. No es que Pascal fuese incapaz de hallar lo que no hallaban sus contemporáneos, sino que la teoría de la relatividad se origina en un largo desarrollo anterior de especulaciones matemáticas. Por más grande que sea, ningún hombre hubiera podido, con la sola fuerza de su genio, sustituir el trabajo de las generaciones. En cambio, cuando en los primeros descubrimientos de pinturas paleolíticas vimos a algunos investigadores cuestionar su autenticidad o su fecha, con el pretexto de que semejante arte no podía florecer para luego desvanecerse, estos escépticos razonaban mal: las cadenas se rompen y las civilizaciones son mortales.

Cuando leemos, escribe en lo esencial el padre Delaye, que la Iglesia celebra el mismo día la fiesta de dos de sus servidores, muertos ambos en Italia; que la conversión de ambos se dio gracias a la lectura de la vida de los santos; que cada uno fundó una orden religiosa bajo el mismo vocablo; que estas dos órdenes finalmente fueron suprimidas por dos papas homónimos, nadie

escaparía a la tentación de exclamar que se inscribió por error en el martirologio a un mismo individuo bajo dos nombres distintos. Sin embargo, es cierto que el ejemplo de piadosas biografías conquistó para la vida religiosa tanto a san Juan de Colombani como a san Ignacio de Loyola. El primero fundó la orden de los jesua-tos y el segundo de los jesuítas. Ambos murieron un 31 de julio, el primero cerca de Siena en 1367, el segundo en Roma en 1556; finalmente, la orden de los jesuítas fue disuelta por el papa Clemente IX y la Compañía de Jesús por Clemente XIV. El ejemplo es cáustico, y probablemente no es único. Si un cataclismo no deja subsistir de la obra filosófica de los últimos siglos más que unos cuantos lineamientos, ¿cuántos escrúpulos de conciencia generará en los eruditos del futuro la eXIstencia de dos pensadores que, ambos ingleses y llevando el mismo nombre de Bacon[85] hicieran un espacio importante al conocimiento experimental en sus doctrinas? M. Païs acusó de legendarias a muchas tradiciones romanas antiguas por el simple hecho de que en ellas se repiten los mismos nombres asociados con episodios bastante similares. Mal que le pese a la crítica del plagio, cuya alma es la negación de las repeticiones espontáneas de acontecimientos o palabras, la coincidencia es una de esas extravagancias que no se deja eliminar de la historia.

Pero no basta con reconocer a grandes rasgos la posibilidad de encuentros fortuitos. Reducida a esta simple constatación, la crítica oscilaría siempre entre el pro y el contra. Para que la duda se vuelva instrumento de conocimiento, se necesita que en cada caso particular pueda medirse con cierta exactitud el grado de verosimilitud de la combinación. Aquí, la investigación histórica al igual que tantas otras disciplinas del espíritu se cruza con la vía real de la teoría de las probabilidades.

Evaluar la probabilidad de un acontecimiento es medir las oportunidades que tiene de producirse.[86] Dado esto por sentado, ¿es legítimo hablar de la posibilidad de un hecho pasado? En sentido absoluto, obviamente no. Sólo el futuro es aleatorio. El pasado es

---

85]quienes —a más de trescientos años de distancia, es cierto, pero no faltará quien piense que estas fechas son falsas—[

86 Este párrafo y los siete siguientes se encuentran en tres hojas manuscritas, numeradas III-32, III-33 y III-34, que han sido utilizadas para la mecanografía y cuyo texto es idéntico a la mecanografía no corregida.

algo dado que ya no deja lugar a lo posible. Antes de echar los dados, la probabilidad de que apareciera cualquiera de las caras era de uno contra seis; una vez vaciado el cubilete, el problema se desvanece. Puede ser que más tarde tengamos dudas acerca de si aquel día salió el tres o el cinco. La incertidumbre está entonces en nosotros, en nuestra memoria o la de nuestros testigos. No está en las cosas.

Sin embargo, si lo analizamos bien, el uso que la investigación histórica hace de la noción de lo probable nada tiene de contradictorio.[87] En efecto, ¿qué intenta el historiador que se interroga acerca de la probabilidad de un acontecimiento pasado sino transportarse, por un salto audaz de la mente, al momento anterior a este acontecimiento para evaluar sus oportunidades tal y como se presentaban la víspera de su realización? Por lo tanto, la probabilidad pertenece al futuro, pero a un futuro del pasado, armado con un pedazo de lo que para nosotros es actualmente el pasado, puesto que nuestra imaginación ha desplazado hacia atrás la línea del presente. Si bien el hecho incontestablemente ocurrió, esas especulaciones sólo tienen valor como juegos metafísicos. ¿Cuál era la probabilidad de que naciera Napoleón, o de que Adolfo Hitler, soldado en 1914, escapara a las balas francesas? Divertirse con estas preguntas no está prohibido, siempre y cuando se las considere como lo que realmente son: simples artificios del lenguaje destinados a poner de manifiesto, en la marcha de la humanidad, su parte de contingencia e imprevisibilidad. No tienen nada que ver con la crítica del testimonio. Por el contrario, ¿parece dudosa la eXIstencia misma del hecho? ¿Podemos dudar, por ejemplo, de que un autor, sin copiar un relato ajeno, pueda repetir espontáneamente muchos de sus episodios y de sus palabras? ¿Bastaría con la casualidad o no se qué armonía divinamente prestablecida para explicar tan asombrosa semejanza entre los *Protocolos de los sabios de Sion y* los panfletos de un oscuro polemista del segundo Imperio? Dependiendo de si antes de componerse el relato, la coincidencia se ve afectada de un coeficiente más o menos fuerte de probabilidad, admitiremos o rechazaremos hoy su verosimilitud.

Las matemáticas del azar, sin embargo, descansan en una ficción. Entre todos los casos posibles, postulan de entrada la im-

---

[87]]con las definiciones anteriores[

parcialidad de las condiciones: una causa particular que de antemano podría favorecer una cosa o la otra vendría a ser, en el cálculo, como un cuerpo ajeno. El dado de los teóricos es un cubo perfectamente equilibrado; si debajo de una de sus caras se introdujera un grano de plomo, las oportunidades de los jugadores dejarían de ser iguales. Pero en la crítica del testimonio, casi todos los dados están falseados, ya que unos elementos humanos muy delicados intervienen constantemente para inclinar la balanza hacia una eventualidad privilegiada.

A decir verdad, una de las disciplinas históricas es la excepción: la lingüística, o por lo menos, aquella de sus ramas que se dedica a establecer los parentescos entre las lenguas. Aunque difiere mucho, por su alcance, de las operaciones propiamente críticas, esta investigación comparte con muchas de ellas el esforzarse por descubrir relaciones. Ahora bien, las condiciones sobre las que razona están sumamente cercanas a la convención primordial de igualdad bien conocida por la teoría del azar. La lingüística debe esta prerrogativa a las peculiaridades mismas de los fenómenos del lenguaje. En efecto, no sólo el número inmenso de combinaciones posibles entre los sonidos reduce a un valor ínfimo la probabilidad de su frecuencia fortuita en hablas distintas, sino que sucede algo mucho más importante: salvo algunas escasas armonías imitativas, las significaciones atribuidas a esas combinaciones son totalmente arbitrarias. Ningún vínculo previo de imágenes impone que las asociaciones vocales muy parecidas *ty* o *tu* ("tu" pronunciado a la francesa o a la latina) sirvan para designar la segunda persona. Por lo tanto, si se constata que desempeñan este papel en francés, en italiano, en español y en rumano, si al mismo tiempo se observa una multitud de [otras] correspondencias igualmente irracionales, la única explicación sensata será que el francés, el italiano, el español y el rumano tienen un origen común. Puesto que las diversas posibilidades eran independientes de los hombres, un cálculo de probabilidades casi puro impuso la decisión.

Pero falta mucho para que esta simplicidad sea común.

Varios diplomas de un soberano medieval que tratan de asuntos diferentes reproducen las mismas palabras y los mismos giros. Por lo tanto los redactó un mismo notario, afirman los defensores de la *Stilkritik* (fanáticos de la "crítica de los estilos"). Estaríamos de acuerdo si el puro azar estuviera implicado. Pero no es el caso. Cada

sociedad, es más, cada pequeño grupo profesional tiene sus hábitos lingüísticos. No basta con enumerar los puntos de similitud. Entre ellos, se hubiera tenido que distinguir lo raro de lo usual. Sólo las expresiones verdaderamente excepcionales pueden denunciar a un autor, suponiendo, claro, que se repitan con bastante frecuencia. El error consiste aquí en atribuir un mismo peso a todos los elementos del discurso, como si las variables de coeficientes de preferencia social que afectan a cada uno de ellos no constituyeran los granos de plomo que contrarían la equivalencia de oportunidades.

Desde el principio del siglo XIX, toda una escuela de eruditos se dedicó a estudiar la transmisión de los textos literarios. El principio es sencillo. Sean tres manuscritos de una misma obra: B, C y D. Se constata que los tres presentan las mismas variantes, obviamente erróneas (es el método de los errores, el más antiguo, el de Lachmann); o bien, se encuentran generalmente las mismas variantes, buenas o malas, pero en su mayoría distintas a las de los otros manuscritos (es el censo integral de las variantes preconizado por dom Quentin). Se decidirá que los textos están "emparentados". Entiéndase, según los casos, que fueron copiados unos de otros conforme a un orden que queda por determinar, o que se remontan todos a un modelo común mediante relaciones particulares. En efecto, no cabe duda de que un encuentro tan claro no puede ser fortuito. Sin embargo, dos observaciones de las que nos percatamos hace poco obligaron a la crítica textual a abandonar mucho del rigor casi mecánico de sus primeras conclusiones.

A veces los copistas corregían su modelo. Aunque trabajaran independientemente unos de otros, ciertos hábitos mentales comunes debieron con bastante frecuencia sugerirles conclusiones parecidas. En alguna parte, Terencio utiliza la palabra *raptio* que casi no se usa. Como no la entendían, los escribanos la sustituyeron por *ratio* que produce un contrasentido pero que les era familiar. ¿Acaso necesitaban para ello ponerse de acuerdo o imitarse? He aquí un tipo de errores que no nos puede enseñar nada acerca de la "genealogía" de los manuscritos. Hay más. ¿Por qué el copista jamás habría de utilizar sino un modelo único? No le estaba vedado, cuando podía hacerlo, confrontar varios ejemplares a fin de hacer la mejor elección posible entre las variantes. El caso fue ciertamente excepcional en la Edad Media cuyas bibliotecas eran pobres, pero al parecer mucho más frecuente en la Antigüedad.

¿Qué lugar habría que asignar a los incestuosos productos de varias tradiciones distintas en los hermosos árboles de Jefté, que habitualmente se ponen en la primera página de las ediciones críticas? En el juego de las coincidencias, la voluntad del individuo, así como la presión de las fuerzas colectivas, hace trampas con el azar. [Cuando anteriormente reconocíamos en la concordancia de las curvas estadísticas la piedra de toque de su exactitud, ¿qué hacíamos sino razonar con probabilidades? La compensación de los errores es uno de los capítulos clásicos de la teoría del azar. Una vez más, tengamos cuidado ya que la voluntad del hombre puede estropear el juego. Suponíamos errores de sentido variable. En efecto, es el caso normal de los cuadernos de contabilidad o de las listas de precios. Pero también eXIsten los errores concertados. En la Francia de los siglos XVII y XVIII, algunos tributos campesinos que debían pagarse en especie sólo se pagaron, con el tiempo, en numerario. Para permitir que se percibieran, se establecían anualmente tablas de equivalencia, en principio según los cursos de los mercados: este año, decían, para cada celemín de trigo, por ejemplo, se deberán tantas libras y tantas monedas. Obviamente el interés de los señores era que los precios fijados fueran más elevados de lo que en realidad eran. Por lo tanto las cifras resultarían falseadas allí donde la autoridad encargada de fijar la tarifa quedaba bajo la dependencia o compartía los intereses de los señores. Para restituir los precios antiguos, ¿utilizamos hoy en día fuentes de este tipo? La concordancia de las curvas corre el riesgo de no traducir más que un sesgo común o sus sobresaltos, no traducen sino cambiantes disposiciones de pequeñas judicaturas provincianas. Más de una estadística aduanera podría ser objeto de observaciones análogas, y lo mismo se podría decir de los cálculos de precios de inmuebles que se deducirían de las actas de venta registradas: para escapar al fisco, las cantidades realmente entregadas aparecen ahí sistemáticamente rebajadas. ¿Qué sería de las leyes del sorteo si las bolitas blancas o rojas tuvieran la facultad de ponerse de acuerdo para determinar el orden de su aparición debajo de la mano que las saca del bolso?][88]

---

[88] Este párrafo entre corchetes se omitió por razones desconocidas en la edición preparada por Lucien Febvre. En el manuscrito figura con original y copia, ambos sin ninguna corrección manuscrita, que no son sino la mecanografía de una hoja manuscrita numerada III-37 bis, cuyo texto es idéntico.

Así, como ya lo había visto con Volney la filosofía del siglo XVIII, la mayoría de los problemas de la crítica histórica son efectivamente problemas de probabilidad, pero de tal magnitud que el más sutil de los cálculos debe confesarse incapaz de resolverlos. No sólo los datos son de extraordinaria complejidad, sino que se muestran las más de las veces rebeldes a cualquier traducción matemática. ¿Cómo cifrar, por ejemplo, el privilegio que una sociedad concede a una palabra o a un uso? No descargaremos nuestras dificultades en el arte de Fermat, Laplace o Emile Borel. Puesto que éste se sitúa de alguna manera en el límite inaccesible de nuestra lógica, al menos podemos pedirle que nos ayude, desde arriba, a analizar y conducir mejor nuestros razonamientos.

Cuando no se ha tratado mucho a los eruditos, uno no se da cuenta de lo mucho que les repugna por lo general la inocencia de una coincidencia. Debido a que aparecen dos expresiones semejantes en la ley sálica y en un edicto de Clodoveo ¿no hemos visto a un honorable estudioso alemán afirmar que la ley debía ser de este príncipe? Dejemos de lado la trivialidad de las palabras empleadas por unos y otros. Un simple tinte de la teoría matemática habría bastado para prevenir el tropiezo. Cuando el azar tiene toda la libertad de juego, la probabilidad de un encuentro único o de un pequeño número de encuentros es rara vez imposible. No importa que nos sorprendan; rara vez las sorpresas del sentido común son impresiones de mucho valor.

Puede uno divertirse en calcular la probabilidad del azar que, en dos años distintos, fija el mismo día del mismo mes las muertes de dos personajes absolutamente distintos. Ésta es de $1/365^2$.[89] Admitamos ahora como cierto de antemano (pese a lo absurdo del postulado) que las fundaciones de Colombani y de Ignacio de Loyola tuvieran que ser suprimidas por la Iglesia romana. El estudio de las listas pontificias permite establecer que la probabilidad para que la abolición fuera pronunciada por dos papas del mismo nombre era de 11/13. La probabilidad combinada de una misma fecha de día y de mes para las muertes y de dos papas homónimos como autores de las condenas se sitúa entre $1/10^5$ y

[89] Nota de Marc Bloch: "Suponiendo que las probabilidades de mortalidad para cada uno de los días del año sean iguales. Lo que no es exacto (hay una curva anual de mortalidad) pero puede ser postulado sin problema aquí".

$1/10^6$ (una cienmilésima y una millonésima).[90] Probablemente un jugador no se conformaría con esto. Pero las ciencias de la naturaleza sólo consideran como casi irrealizables, en la escala terrestre, las posibilidades del orden de $1/10^{15}$. Como se puede ver, estamos lejos de la cuenta, y con razón si consideramos el incuestionable ejemplo de los dos santos.

Sólo la probabilidad de las concordancias acumuladas se vuelve prácticamente insignificante: en virtud de un teorema bien conocido, las probabilidades de los casos elementales entonces se multiplican para dar la probabilidad de la combinación, y ya que las probabilidades son fracciones, su producto es inferior por definición a sus componentes. EXIste en lingüística el ejemplo célebre de la palabra *bad,* que tanto en inglés como en persa significa "malo", sin que el término inglés y el término persa tengan en absoluto un origen común. Quien pretendiera fundar una relación en esta correspondencia única pecaría contra la ley tutelar de toda crítica de las coincidencias: únicamente las cifras grandes se respetan.

Las concordancias o discordancias masivas están compuestas de una multitud de casos particulares. A fin de cuentas, se destruyen las influencias accidentales. Si por el contrario consideramos a cada elemento independientemente de los otros, la acción de esas variables ya no puede eliminarse. Aunque los dados hayan sido falsificados, un tiro suelto será siempre más difícil de prever que el resultado del juego y, por ende, una vez jugado, estará sujeto a una mayor diversidad de explicaciones. Por eso, a medida que la crítica se adentra en los detalles, su verosimilitud se va de-

---

[90] Nota de Marc Bloch: "Desde la muerte de Juan Colombani hasta nuestros días, 65 papas han gobernado la Iglesia (incluyendo la doble y triple serie de la época del Gran Cisma); desde la muerte de Ignacio se sucedieron 38 papas. La primera lista comparte 55 homónimos con la segunda, en la que estos mismos nombres se repiten exactamente 38 veces (como se sabe, los papas suelen retomar nombres honrados ya por el uso). Por lo tanto, la probabilidad de que los jesuatos fueran suprimidos por uno de estos papas homónimos era de 55/65 o de 11/13; ¡para los jesuítas ascendía a 38/38, o sea 1; en otras palabras se volvía certidumbre. La probabilidad combinada es de 11/13 x 1 u 11/13. Finalmente $1/365^2$ o 1/133.225 x 11/13, lo que es igual a 11/1731.925, o sea un poco más de 1/157.447. Para ser exacto, habría que tomar en cuenta las duraciones respectivas de los pontificados. Pero la naturaleza de este divertimiento matemático, cuyo único objeto consiste en poner de manifiesto un orden de magnitud me pareció autorizar la simplificación de los cálculos." (Esta nota de Marc Bloch subsiste en dos ejemplares mecanografiados: un original sin correcciones manuscritas y una copia con algunas correcciones manuscritas reproducidas aquí.)

gradando. Si leyéramos por separado todas las palabras de la *Orestiada,* no podríamos tener la certeza de entenderlas hoy en día tal y como las escribió Esquilo. Pero no cabe duda de que nuestra *Orestiada* sigue siendo la de Esquilo. Hay más certidumbre en el todo que en sus componentes.

Sin embargo, ¿en qué medida podemos pronunciar esa gran palabra "certidumbre"? Ya Mabillon confesaba que la crítica de archivos no podía llegar a la certidumbre "metafísica". Tenía razón. Sólo por simplificación sustituimos a veces un lenguaje de probabilidad por un lenguaje de evidencia. Pero sabemos mejor hoy que en la época de Mabillon que esta convención no es propia de nosotros. No es "imposible", en el sentido absoluto del término, que *La donación de Constantino* sea auténtica, ni que la *Germania* de Tácito, según el antojo de algunos eruditos, sea un apócrifo. En el mismo sentido, tampoco es "imposible" que al tocar al azar el teclado de una máquina de escribir, un mono reconstituya por azar, letra por letra, *La donación* o la *Germania.* "El acontecimiento casualmente imposible" dijo Cournot "no es sino el acontecimiento que tiene una probabilidad infinitamente pequeña". Al limitar su certeza en la dosificación de lo probable y de lo improbable, la crítica histórica no se distingue de la mayoría de las ciencias de lo real sino por matizar un poco más el escalonamiento de grados.

¿Se medirá[91] siempre con exactitud la inmensa ganancia que constituye el advenimiento de un método racional de crítica aplicada al testimonio humano? Cuando digo ganancia, no sólo tengo en mente el conocimiento histórico, sino el conocimiento a secas.

Antes, si no había de antemano fuertes razones para sospechar que los testigos o los narradores mentían, todo hecho afirmado era las más de las veces un hecho aceptado. No digamos: eso sucedió hace mucho tiempo. Lucien Febvre lo ha demostrado magníficamente para el Renacimiento: no se pensaba, ni actuaba de un modo tan diferente en épocas bastante próXImas [a la nuestra]; de lo contrario, sus obras maestras no nos seguirían alimentando. No digamos: ésa era naturalmente la actitud de esa muchedumbre crédula, masa pesada infiltrada desgraciadamente por más de medio sabio, que hasta hoy en día amenaza constantemente con

---

[91] Una hoja manuscrita, numerada III-37, que empieza con este párrafo representa la versión manuscrita que se usó para la mecanografía antes de las correcciones manuscritas. Su texto es idéntico al que se reproduce aquí.

arrastrar nuestras frágiles civilizaciones hacia horrendos abismos de ignorancia y locura. En aquel entonces, las inteligencias más sólidas no escapaban al prejuicio común, ni podían hacerlo. ¿Contaban que había caído una lluvia de sangre? Eso significaba, pues, que había lluvias de sangre. Cuando Montaigne leía en sus queridos clásicos tal o cual tontería acerca de la fuerza prodigiosa del pez *remora* o del país cuyos habitantes nacen sin cabeza, las inscribía sin chistar entre los argumentos de su dialéctica [: por más capaz que fuera de revelar ingeniosamente el mecanismo de un falso rumor, desconfiaba mucho más de los estereotipos que de los hechos supuestamente comprobados]. Así reinaba, según el mito rabelesiano, el viejo *De-Oídas.* Tanto en el mundo físico como en el de los hombres. Quizás más en el primero que en el segundo, ya que construida por una experiencia más directa, la gente dudaba más de un acontecimiento humano que de un meteoro o un pretendido accidente de la vida orgánica. ¿Su filosofía repugnaba los milagros, o su religión los milagros de las otras religiones? Usted tenía que empeñarse por descubrir en esas sorprendentes manifestaciones causas supuestamente inteligibles; pero esas acciones demoniacas o esos influjos ocultos seguían perteneciendo a un sistema de ideas o imágenes totalmente ajeno a lo que llamaríamos hoy el pensamiento científico. Negar la manifestación misma constituía una audacia que a nadie se le ocurría. [Corifeo de esa escuela paduana tan ajena a lo sobrenatural cristiano,] Pomponazzi no creía que los reyes, así fuesen ungidos por el crisma de la santa ampolla, pudieran, por ser reyes, curar a los enfermos con sólo tocarlos. Sin embargo, no ponía en duda las[92] curaciones, sino que daba cuenta de ellas mediante una propiedad fisiológica que consideraba hereditaria:[93] el glorioso privilegio de la unción sagrada se reducía a las virtudes curativas de una saliva dinástica.

Ahora bien, si nuestra imagen del universo ha podido hoy en día limpiarse de tantos prodigios ficticios, aunque al parecer confirmados por el acuerdo de las generaciones, se lo debemos con seguridad y, ante todo, a la noción de un orden natural regido por múltiples leyes. Pero esta misma noción que tardó tanto en emerger no pudo establecerse con tanta firmeza y las observacio-

[92] Aquí acaba la hoja manuscrita numerada III-37.

[93]]Suponía que el rey-médico mojaba cada vez su dedo antes de tocar al enfermo[

nes que parecían contradecirla no pudieron eliminarse, sino por el trabajo paciente de una experiencia crítica que se llevó a cabo sobre el hombre mismo como testigo. De ahora en adelante podemos a la vez encontrar y explicar las imperfecciones del testimonio. Adquirimos el derecho de no siempre creerlo, porque sabemos mejor que en el pasado cuándo y por qué no debe ser creído. Así es como las ciencias lograron rechazar el peso muerto de muchos falsos problemas.

Sin embargo, ni aquí ni en ninguna parte el conocimiento puro se puede desvincular de la conducta.

Richard Simón, cuyo nombre en la generación de nuestros fundadores ocupa un lugar preponderante, no nos dejó únicamente admirables lecciones de exégesis. Se le vio un día recurrir a la agudeza de su inteligencia para salvar a algunos inocentes, perseguidos por la estúpida acusación de crimen ritual. El encuentro nada tenía de arbitrario: por ambas partes la necesidad de limpieza intelectual era la misma y un mismo instrumento permitía satisfacerla en cada caso. Constantemente obligada a guiarse según los informes de los demás, la acción tiene tanto interés como la investigación en medir su exactitud, y no posee para ello medios diferentes. O mejor dicho, sus medios son aquellos que la erudición forjó primero. En el arte de dudar y orientar útilmente la duda, la práctica judicial no ha hecho sino seguir los pasos, y no sin retraso, de los bolandistas y los benedictinos. Y los mismos psicólogos no hallaron en el testimonio, directamente observado y provocado, un objeto de ciencia, sino mucho tiempo después de que la turbia memoria del pasado hubiera empezado a someterse a una prueba razonada. En nuestra época, más que nunca expuesta a las toxinas de la mentira y del falso rumor, es una vergüenza que el método crítico no figure ni siquiera en la parte más recóndita de los programas de enseñanza. El método crítico dejó de ser únicamente el humilde auxiliar de algunos trabajos artesanales. De ahora en adelante, se abren ante él horizontes mucho más amplios; y la historia, al elaborar su técnica, tiene el derecho de contar entre sus glorias más certeras la de abrir para los hombres un camino nuevo hacia lo verdadero, y por ende, hacia lo justo.

IV. EL ANÁLISIS HISTÓRICO

1. ¿JUZGAR O COMPRENDER?

La fórmula del viejo Ranke es célebre: la historia no se propone más que describir las cosas "tal como sucedieron", *"uñe es eigentlich gewesen"*. Heródoto lo había dicho antes que él *"ía eonta legein"*, "contar lo que fue". En otros términos, se invita al estudioso a desaparecer ante los hechos. Como muchas máximas, quizá ésta no debe su fortuna sino a su ambigüedad. Modestamente podemos leer en ello un consejo de probidad; sin duda ése fue el sentido que Ranke le dio. Pero también, un consejo de pasividad. De suerte que aquí se destacan dos problemas a la vez: el de la imparcialidad histórica y el de la historia como tentativa de reproducción o como tentativa de análisis.

¿Existe, pues, el problema de la imparcialidad? Éste se plantea porque, a su vez, la palabra es equívoca.

Hay dos maneras de ser imparcial: la del estudioso y la del juez. Ambas tienen una raíz común: la honrada sumisión a la verdad. El científico registra, o mejor dicho provoca el experimento que, quizá, trastocará sus más queridas teorías. Cualquiera que sea el secreto anhelo de su corazón, el buen juez interroga a los testigos sin otra preocupación que la de conocer los hechos tal como fueron. Esto es, para ambos, una obligación de conciencia que no se discute.

Sin embargo, llega un momento cuando los caminos se separan. Una vez que el científico ha observado y explicado, su tarea se termina. Al juez todavía le falta dictar su sentencia. Imponiendo silencio a toda inclinación personal ¿la pronuncia según la ley? Se creerá imparcial y lo será en efecto, en el sentido de los jueces, pero no en el de los científicos. Porque no se puede condenar o absolver sin tomar partido por una tabla de valores que no pertenece a ninguna ciencia positiva. Que un hombre haya matado a otro es un hecho eminentemente susceptible de prueba. Pero castigar al asesino supone que el asesino es considerado culpable; lo

que después de todo no es sino una opinión en la que no todas las civilizaciones se han puesto de acuerdo.

Ahora bien, durante mucho tiempo el historiador pasó por ser una suerte de juez de los Infiernos, encargado de distribuir a los dioses muertos el elogio o la condena. Esta actitud responde probablemente a un instinto poderosamente arraigado. Porque todos los maestros que han corregido trabajos de estudiantes saben cuan difícil es para esos jóvenes dejarse disuadir de jugar, desde lo alto de sus pupitres, el papel de Minos o de Osiris. Más que nunca las palabras de Pascal se hacen vigentes: "Al juzgar todo mundo hace de dios: eso es bueno o malo". Se olvida que un juicio de valor[1] no tiene razón de ser sino como la preparación de un acto y sólo tiene sentido en relación con un sistema de referencias morales, deliberadamente aceptado. En la vida cotidiana, las necesidades de la conducta nos imponen esa forma de etiquetar, por lo común bastante sumaria. Ahí donde ya no podemos hacer nada, ahí donde los ideales comunes difieren profundamente de los nuestros, ya no queda más que un problema. ¿Estamos tan seguros de nosotros mismos y de nuestra época como para separar, en el conglomerado de nuestros padres, a los justos de los condenados? Al convertir en absolutos los criterios del todo relativos de un individuo, de un partido o una generación, resulta una burla infligir sus normas a la manera como Sila gobernó Roma o Richelieu los estados del muy cristiano monarca. Como además nada es por naturaleza más variable que semejantes sentencias sometidas a todas las fluctuaciones de la conciencia colectiva o del capricho personal, la historia, al permitir tan a menudo que los honores aventajen a la libreta de experimentos, gratuitamente se ha dado el aire de la más incierta de las disciplinas: a las vacías inculpaciones suceden otras tantas rehabilitaciones triviales. Robespierristas, antirrobespierristas, por piedad, díganos simplemente quién fue Robespierre.

Es más, si el juicio sólo siguiera a la explicación, el lector se liberaría saltándose la página. Desafortunadamente, a fuerza de juzgar uno termina, casi de manera fatal, por perder hasta el gusto

[1] Tres hojas manuscritas, numeradas respectivamente IV-2, IV-3 y IV-4 contiene el texto que aquí se reproduce, a partir de las palabras "que un juicio de valor" hasta el título de la segunda sección del capítulo: "De la diversidad de los hechos humanos a la unidad de conciencia" y sirvieron para la versión mecanografiada.

por explicar. Cuando las pasiones del pasado mezclan sus reflejos con los prejuicios del presente, la mirada se turba sin remedio *y,* lo mismo que el mundo de los maniqueos, la realidad humana se convierte en un cuadro en blanco y negro. Montaigne ya nos lo había advertido: "Cuando el juicio se inclina hacia un lado no podemos dejar de deformar y torcer la narración hacia ese sesgo". Además, para penetrar una conciencia extraña separada de nosotros por el intervalo de las generaciones, resulta casi necesario despojarse del propio yo. Para decirle sus verdades, basta con ser uno mismo. Sin lugar a dudas el esfuerzo es menos pesado. ¡Cuánto más fácil es escribir a favor o en contra de Lutero que escudriñar su alma; creer al papa Gregorio VII en vez de al emperador Enrique IV o a Enrique IV contra Gregorio VII que desentrañar las razones profundas de uno de los dramas más grandes de la civilización occidental! Véase también, fuera del plano individual, la cuestión de los bienes nacionales. Rompiendo con la legislación anterior, el gobierno revolucionario resolvió venderlos en parcelas y sin subastas, lo cual sin duda comprometía seriamente los intereses del Tesoro. Algunos eruditos de nuestros días se han levantado vehementemente contra esa política. ¡Qué valor si como miembros de la Convención hubieran hablado en ese tono! Lejos de la guillotina, esta violencia sin peligro es divertida. Más valdría investigar lo que realmente querían los hombres del año 3. Deseaban, sobre todo, favorecer la adquisición de la tierra por la gente del pueblo; por encima del equilibrio presupuestal preferían aliviar las necesidades de los campesinos pobres para garantizar su fidelidad al nuevo orden. ¿Tenían razón o se equivocaban? ¿Qué importa al respecto la tardía decisión de un historiador? Sólo le pediríamos que no se dejara hipnotizar por su propia elección al punto de no poder concebir que antaño se pudo optar por otra. La lección del desarrollo intelectual de la humanidad, no obstante, está clara: en la práctica, las ciencias siempre han resultado más fecundas y, por consiguiente, más útiles a la práctica, cuando de manera deliberada han abandonado el viejo antropocentrismo del bien y del mal. Actualmente nos reiríamos de un químico que separara los gases malos de los buenos, el cloro del oxígeno. Pero si en sus inicios la química hubiera adoptado esta clasificación, se hubiera empantanado, en gran detrimento del conocimiento de los cuerpos.

Sin embargo, cuidémonos de no insistir demasiado en la analogía. La nomenclatura de una ciencia de los hombres siempre tendrá sus rasgos particulares. La de las ciencias del mundo físico excluye el finalismo. Palabras como éxito o fracaso, torpeza o habilidad no podrían desempeñar en ellas sino el papel de ficciones, siempre peligrosas. Por el contrario son términos que pertenecen al vocabulario normal de la historia. Porque la historia tiene que ver con seres, por naturaleza, capaces de perseguir fines conscientemente.

Podemos admitir que el jefe de un ejército que entabla una batalla generalmente se esfuerza por ganarla. Si la pierde cuando las fuerzas de ambas partes eran más o menos similares, será perfectamente legítimo decir que maniobró mal. ¿Eso le sucedía a menudo? No saldremos del más escrupuloso juicio de hecho al observar que probablemente no era un buen estratega. O imaginemos una mutación monetaria, cuyo fin era, supongo, favorecer a los deudores a costa de los acreedores. Calificarla de excelente o deplorable sería tomar partido en favor de uno de los dos grupos; por consiguiente transportaríamos arbitrariamente al pasado una noción del bien público del todo subjetiva. Pero supongamos que, por casualidad, la operación destinada a aligerar el peso de las deudas, en la práctica —se ha visto— haya dado el resultado contrario. "Fracasó", decimos sin hacer otra cosa que constatar una realidad. El acto fallido es uno de los elementos esenciales de la evolución humana. Como de toda psicología.

Hay más. ¿Por casualidad nuestro general llevó voluntariamente sus tropas a la derrota? No se dudará en afirmar que traicionó, porque llanamente así se denomina el hecho. Habría de parte de la historia una delicadeza un poco pedante al rechazar el recurso del léxico simple y directo del uso corriente. Quedará por averiguar lo que la moral común de la época o del grupo pensaba de un acto parecido. La traición puede ser, a su manera, un conformismo: los condotieros de la vieja Italia dan cuenta de ello.

Para decirlo todo, una palabra es la que domina e ilumina nuestros estudios: "comprender". No digamos que el buen historiadores ajeno a las pasiones; cuando menos tiene ésta. No hemos de disimularlo, se trata de una palabra cargada de dificultades, pero sobre todo de esperanzas. Una palabra, sobre todo, cargada de amistad. Hasta en la acción juzgamos demasiado. Es cómodo gritar:

"¡Al paredón!" Nunca comprendemos lo suficiente. Quien difiere de nosotros —extranjero o adversario político— pasa, casi necesariamente, por un malvado. Hasta para conducir las inevitables luchas sería necesaria una poca más de inteligencia en el alma, con mayor razón para evitarlas cuando aún es tiempo. La historia, a condición de que renuncie a sus falsos aires de arcángel, debe ayudarnos a salir de este mal paso. La historia es una vasta experiencia de variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres. La vida, como la ciencia, lleva todas las de ganar si este encuentro es fraternal.

2. DE LA DIVERSIDAD DE LOS HECHOS HUMANOS A LA UNIDAD DE CONCIENCIA

Comprender, pues, nada tiene de una actitud de pasividad. Para hacer una ciencia, siempre se necesitarán dos cosas: una realidad, pero también un hombre. La realidad humana, como la del mundo físico, es enorme y abigarrada. Una simple fotografía, suponiendo que la idea de esta reproducción mecánicamente integral tuviera un significado, sería ilegible. ¿Diremos que entre el pasado y nosotros, los documentos interponen ya un primer filtro? Quizá a menudo eliminan a diestra y siniestra. Por el contrario, casi nunca organizan conforme a las necesidades de un entendimiento que anhela conocer. Como todo científico, como todo cerebro que simplemente percibe, el historiador elige y clasifica. En una palabra, analiza.

Tengo ante mí una inscripción funeraria romana: texto monolítico, establecido con un solo propósito. Sin embargo, los testimonios, que ahí esperan la varita mágica del erudito son de naturaleza muy diferente.[2] ¿Nos interesamos por el lenguaje? Las palabras, la sintaxis nos hablarán del estado del latín, tal y como se esforzaban por escribirlo en ese tiempo y en ese lugar y, por transparencia, a través de esa lengua semiculta, podremos advertir el habla de todos los días. ¿Tenemos predilección por las creencias? Estamos en pleno centro de las esperanzas de ultratumba. ¿O, por la vida

[2] Esta oración es el resultado de una corrección manuscrita que figura sobre el texto mecanografiado, tan tachado que nos es imposible leer todas las palabras que lo componen. Por lo tanto no podemos proporcionar la versión anterior a la corrección.

política? El nombre de un emperador, una fecha jurídica nos llenarán de gusto. ¿Y si fuera la economía? Quizá el epitafio nos revelará un oficio ignorado. Y no agoto todas las posibilidades. Consideremos ahora, en vez de un documento aislado, un momento cualquiera en el desarrollo de una civilización, bien conocido por documentos múltiples y diversos. De los hombres que vivían entonces, no había ninguno que no participara, casi simultáneamente, en los múltiples aspectos del destino humano: que no hablara y se hiciera entender por sus vecinos, que no tuviera sus dioses, que no fuera productor, comerciante o simple consumidor, que aunque no jugara un papel en los acontecimientos políticos, por lo menos no sufriera sus consecuencias. ¿Habremos de volver a *trazar* todas esas actividades variadas, cuyo conjunto compone una sociedad, yendo de una a otra, mezclándolas entre sí en el desorden en el que nos las presenta cada documento, cada vida individual o colectiva? Con ello se sacrificaría la claridad, no al orden verdadero de lo real —que está hecho de afinidades naturales y de lazos profundos—, sino al orden puramente aparente del sincronismo. Una libreta de experimentos no es igual al registro diario de lo que sucede minuto a minuto en el laboratorio. Además, cuando en el curso de la evolución humana creemos discernir entre algunos fenómenos eso que llamamos un parentesco, ¿que entendemos por ello, sino que cada tipo de institución, de creencia, de práctica o incluso de acontecimiento que así se distingue, nos parece expresar una tendencia particular y hasta cierto punto estable del individuo o de la sociedad? ¿Podremos negar, por ejemplo, por todas las diferencias, que existe algo en común entre las emociones religiosas? De ello se deduce necesariamente que siempre comprenderemos mejor cualquier hecho humano, si antes hemos comprendido otros hechos del mismo género. El uso que la primera época feudal hacía de la moneda como patrón de valores, mucho antes de usarla como medio de pago, difería profundamente del uso que le atribuía la economía occidental hacia 1850; a su vez, los contrastes entre el régimen monetario de mediados del siglo XIX y el nuestro no son menos fuertes. Sin embargo, creo que si un erudito hubiera dado con la moneda hasta el año mil, no hubiera logrado captar fácilmente las originalidades propias de su utilización en esa fecha. Esto es lo que justifica algunas especializaciones, en cierta forma, verticales: en el sentido, se entiende infinitamente modesto en el que las

especializaciones pueden ser legítimas, es decir remedios contra la falta de amplitud de nuestra mente y contra la brevedad de nuestros destinos.

Hay más. Si no ordenamos racionalmente una materia que se nos entrega en bruto, a fin de cuentas acabaremos por negar el tiempo y, por ende, la historia misma. ¿Por qué acaso podemos comprender el latín en cierta fase, si lo separamos del desarrollo anterior del idioma? Sin duda esa estructura de la propiedad, esas creencias, no eran comienzos absolutos. En la medida en que su determinación se da de lo más antiguo a lo más reciente, los fenómenos humanos se rigen, ante todo, por cadenas de fenómenos semejantes. Clasificarlos por géneros es, pues, poner de manifiesto líneas de fuerza de una eficacia capital.

Pero algunos exclamarán: las líneas[3] que usted establece entre los diversos modos de la actividad humana no se dan sino en su mente, no en la realidad donde todo se mezcla. Está usted haciendo uso de la "abstracción". De acuerdo. ¿Por qué temer a las palabras? Ninguna ciencia puede eximirse de la abstracción, tampoco de la imaginación. Es significativo, dicho sea de paso, que las mismas mentes que pretenden desterrar a la primera por lo general manifiestan hacia la segunda semejante malhumor. En ambos casos, se trata de un positivismo mal entendido. Las ciencias del hombre no son la excepción. François Simiand, con un justo vigor, se alzó antaño contra las "bromas nominalistas", cuyo "singular privilegio" se quisiera reservar a las ciencias humanas. ¿En qué es más "real" la función clorofílica, en el sentido del extremo realismo, de la función económica? Una palabra abstracta no representa sino una etiqueta de clasificación. Todo lo que se le puede exigir es que agrupe los hechos según un orden útil para su conocimiento. Sólo las clasificaciones arbitrarias son funestas. Compete al historiador probar incesantemente las suyas para revisarlas en caso necesario y, sobre todo, para hacerlas más flexibles. Por otra parte, son de naturaleza necesariamente muy variable.

Véase, por ejemplo, lo que comúnmente se llama "historia del derecho". La enseñanza y el manual, que son admirables instru-

[3] Después de "algunos", tres o cuatro palabras están tachadas de manera que resultan indescifrables. El texto mecanografiado que se puede leer empieza por "que". Por otra parte no es seguro que la palabra escrita diga "líneas".

mentos de escleroris, han vulgarizado el término. Sin embargo, veamos más de cerca lo que abarcan. Una regla de derecho es una norma social, explícitamente imperativa; sancionada, además, por una autoridad capaz de imponer su respeto por medio de un sistema preciso de obligaciones y penas. Prácticamente, preceptos semejantes pueden regir las actividades más variadas. Nunca son los únicos en gobernarlas. En nuestra conducta cotidiana, constantemente obedecemos a códigos morales, profesionales, mundanos, muchas veces más imperiosos que el Código a secas, cuyas fronteras, por lo demás, oscilan sin cesar; una obligación socialmente reconocida, evidentemente no cambia de naturaleza por estar o no comprendida en él. Así pues el derecho, en el sentido restringido de la palabra, es la envoltura formal de realidades en sí mismas muy variadas como para ofrecer, con provecho, un objeto de estudio único; y es una disciplina que no agota a ninguna de ellas. Para penetrar en la vida de la familia, trátese de la pequeña familia matrimonial de hoy en día, en perpetuo estado de sístoles y diástoles, o del gran linaje medieval —esa colectividad cimentada por una red tan fuerte de sentimientos e intereses—, me pregunto ¿será suficiente con enumerar uno tras otro los artículos de cualquier derecho familiar? Parece que a veces así se ha creído; con resultados tan decepcionantes, como lo indica nuestra impotencia actual para rehacer la evolución íntima de la familia francesa. Sin embargo, en la noción de hecho jurídico como un hecho distinto de los demás hay algo de cierto. Y es porque, al menos en muchas sociedades, la aplicación y en una gran medida la elaboración de la reglas del derecho han sido obra de un grupo de hombres relativamente especializado y, en ese papel (que los hombres, desde luego, podían combinar con otras funciones sociales), suficientemente autónomo como para poder tener sus propias tradiciones y, a menudo, hasta una lógica de razonamiento particular. En suma, de existir una historia del derecho por separado, ésta no podría ser sino la de los juristas; lo cual no es, para una rama de las ciencias humanas, una manera tan desdeñable de existir. Comprendida así, la historia del derecho lanza sobre fenómenos muy diversos, pero sujetos a una acción humana común, luces forzosamente incompletas, pero dentro de sus límites, muy reveladoras. Ofrece un punto de vista sobre lo real. Un tipo de división totalmente diferente lo proporciona la disciplina que

tenemos la costumbre de llamar "geografía humana". En este caso, el enfoque no parte de la acción de la mentalidad de un grupo, como es el caso de la historia del derecho —aunque ella no siempre lo sospeche— ni como en el caso de la historia religiosa o de la historia económica, de la naturaleza específica de un hecho humano: creencias, emociones, arrebatos del corazón y estremecimientos del alma, inspirados por la imagen de fuerzas extrañas a la humanidad, o esfuerzos para satisfacer y organizar las necesidades materiales. La encuesta se centra en un tipo de vínculos comunes a muchos fenómenos sociales. "La antropogeografía" estudia las sociedades en sus relaciones con el medio físico: intercambios en doble sentido, como es natural, en los que el hombre sin cesar actúa sobre las cosas al mismo tiempo que éstas sobre aquél. Una vez más, en este caso no tenemos sino una perspectiva, que deberá completarse con otras perspectivas. Tal es, en efecto, el papel del análisis en toda clase de investigaciones. La ciencia no descompone lo real sino con el fin de observarlo mejor, gracias a un juego de luces cruzadas cuyos rayos constantemente se combinan e interpenetran. El peligro comienza cuando cada proyector pretende verlo todo por sí mismo; cuando cada cantón del conocimiento se cree una patria.

Sin embargo, cuidémonos una vez más de presuponer no sé qué paralelismo falsamente geométrico entre las ciencias de la naturaleza y una ciencia de los hombres. De la vista que tengo desde mi ventana, cada científico toma lo suyo, sin ocuparse mucho del conjunto. El físico explica el azul del cielo; el químico, el agua del arroyo; el botánico, la hierba. Dejan el cuidado de recomponer el paisaje, tal como se me aparece y emociona, al arte, si es que el pintor o el poeta quieren encargarse de hacerlo. Y es que el paisaje, como unidad, sólo existe en mi conciencia; y lo propio del método científico, como estas formas del saber lo practican y, gracias a sus éxitos, lo justifican, es abandonar deliberadamente a quien contempla para sólo tratar de conocer los objetos contemplados. A esas formas del saber, los vínculos que nuestra mente teje entre las cosas les parecen arbitrarios; los rompen adrede para establecer una diversidad a su juicio más auténtica. Sin embargo, el mundo orgánico ya plantea a sus analistas problemas más delicados. El biólogo bien puede, por mayor comodidad, estudiar aparte la respiración, la digestión, las funciones motrices; no ignora que por

encima de todo ello está el individuo, del que se debe dar cuenta. Pero las dificultades de la historia son de otra naturaleza, porque su materia precisamente es, en última instancia, las conciencias humanas. Los vínculos que se establecen a través de ellas, las contaminaciones, hasta las confusiones a las que dan origen constituyen, para la historia, la realidad misma.

Ahora bien, cuidémonos de no considerar al *Homo religiosus,* al *Homo economicus,* al *Homo politicus, a* toda esta retahila de hombres en *us* cuya lista se podría prolongar al antojo, como otra cosa de lo que en realidad son: cómodos fantasmas, siempre y cuando no estorben. El único ser de carne y hueso es el hombre sin más, quien a su vez reúne todo aquello.

Desde luego las conciencias tienen sus barreras interiores, que en algunos de nosotros parecen levantar con particular habilidad. Gustave Lenôtre se asombraba una y otra vez al encontrar entre los terroristas a tantos excelentes padres de familia. Aun si nuestros grandes revolucionarios hubieran sido los auténticos bebedores de sangre, cuya pintura cosquilleaba con tanto agrado a un público cómodamente aburguesado, éste no dejaría de traicionar a una psicología bastante limitada. ¡Cuántos hombres llevan, en tres o cuatro planos, varias vidas que anhelan distintas y a veces lo logran! No obstante, de ahí a negar la profunda unidad del yo y las constantes interpenetraciones de estas diversas actitudes hay una gran distancia. ¿Pascal el matemático y Pascal el cristiano eran uno para el otro dos extraños? ¿Nunca cruzaban sus caminos el docto médico François Rabelais y el maestro Acofribas de pantagruélica memoria? Aunque los papeles interpretados de manera alternada por un solo actor parezcan oponerse de manera tan brusca como los personajes estereotipados de un melodrama, puede ser que, vista más de cerca, esta antítesis no sea sino la máscara de una solidaridad más profunda. Se ha ridiculizado al elegiaco Florian, quien al parecer golpeaba a sus amantes; quizá derramaba tanta dulzura en sus versos para consolarse de no haber podido observar un comportamiento más dulce. Cuando el mercader medieval, después de haber violado, a lo largo de todo el día, los mandamientos de la Iglesia sobre la usura y el precio justo, se iba a rezar a Notre-Dame y después, en el crepúsculo de su vida acumulaba piadosas fundaciones limosneras, cuando el gran fabricante de los "tiempos difíciles" construía hospitales con el dinero

ahorrado en los miserables salarios de niños desharrapados, ¿buscaban uno y el otro, como suele decirse, un seguro bastante vil contra las iras celestiales, o bien, con esas explosiones de fe o de caridad, satisfacían, sin confesárselo, necesidades secretas del corazón que la dura práctica cotidiana les había obligado a mantener reprimidas? Hay contradicciones que se parecen mucho a las evasiones.[4]

¿Pasamos de los individuos a la sociedad? Puesto que esta última, véase como se vea, después de todo no puede ser, no digamos una suma (quizá eso sería quedarse corto), sino por lo menos un producto de las conciencias individuales, no es extraño encontrar en ella el mismo juego de constantes interacciones. Es un hecho cierto, que por lo menos desde el siglo XII hasta la Reforma las comunidades de tejedores fueron uno de los terrenos privilegiados de las herejías. He aquí sin duda un bonito material para una ficha de historia religiosa. Coloquemos, pues, con mucho cuidado esta tarjeta en su fichero. En los casilleros contiguos, clasificados como "historia económica", introduzcamos una segunda cosecha de notas. ¿Creeremos haber terminado así con esas pequeñas sociedades revoltosas de la lanzadera? Todavía tendremos que explicarlas, porque uno de sus rasgos fundamentales consistía no en hacer coexistir lo religioso con lo económico, sino en entrelazarlos. Sorprendido por "esa suerte de certeza, de seguridad, de tranquilidad moral", que algunas generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra parecen haber gozado con asombrosa plenitud, Lucien Febvre descubre, ante todo, dos razones: el imperio intelectual que ejercía el sistema cosmológico de Laplace y "la anormal fijeza" del régimen monetario. No hay hechos humanos de naturaleza aparentemente más opuesta que éstos. Sin embargo, ambos contribuyeron a imprimir la tonalidad característica de la actitud mental de un grupo.

Quizá estas relaciones a escala colectiva no son más sencillas que en el seno de cualquier conciencia personal. Ya nadie se atrevería hoy en día a escribir lisa y llanamente que la literatura es "la expresión de la sociedad". Al menos no lo es en el sentido en que un espejo "expresa" el objeto reflejado. Puede traducir tanto reacciones

---

[4] La página mecanografiada numerada IV-11 termina con estas palabras. Falta la página IV-12, de manera que para restituir el texto faltante se recurrió al texto mecanografiado, mismo que se elaboró bajo las instrucciones de Lucien Febvre.

de defensa como un acuerdo. De manera casi inevitable,[5] arrastra una gran cantidad de temas heredados, de mecanismos formales aprendidos en el taller, de antiguas convenciones estéticas, que son otras tantas causas de retraso. "En la misma fecha", escribe sagazmente Focillon, "lo político, lo económico, lo artístico no ocupan" —yo preferiría "no ocupan necesariamente"— "la misma posición en las curvas respectivas". Pero precisamente es de esos desfases de donde la vida social saca su ritmo casi siempre contrastado. Así también, la mayor parte de los individuos, las diversas almas, para hablar en el lenguaje pluralista de la antigua psicología, rara vez tienen una edad idéntica. ¡Cuántos hombres maduros todavía conservan recovecos de su infancia!

En 1837 Michelet explicaba a Saint-Beuve: "Si no hubiera incluido en la narración sino la historia política, si no hubiera tomado en cuenta los diversos elementos de la historia (religión, derecho, geografía, literatura, arte, etc.), mi comportamiento hubiera sido muy distinto. Pero se necesitaba un gran movimiento vital para que todos esos elementos diversos gravitaran juntos en la unidad de la narración". En 1880,[6] Fustel de Coulanges decía a sus oyentes de la Sorbona: "Supongan a cien especialistas dividiéndose por lotes el pasado de Francia: ¿creen que al fin habrán logrado hacer la historia de Francia? Lo dudo mucho; por lo menos les faltará el vínculo entre los hechos; ahora bien, este vínculo también es una verdad histórica". "Movimiento vital", "vínculo", la oposición de imágenes es significativa. Michelet pensaba, sentía bajo las especies de lo orgánico; como hijo que era de una época a la que el universo newtoniano parecía proporcionar el modelo acabado de la ciencia, Fustel recibía sus metáforas del espacio. El acuerdo fundamental entre ellos nos entrega un sonido más pleno. Estos dos grandes historiadores eran demasiado grandes para ignorar que lo mismo que un individuo, una civilización nada tiene de un rompecabezas mecánicamente armado; el conocimiento de las piezas, estudiadas sucesivamente, cada una por separado, jamás dará el del conjunto; no dará ni el de los fragmentos mismos.

Pero el trabajo de recomposición al que nos invitaban tanto Michelet como Fustel no puede venir sino después del análisis. Mejor

---

[5] Aquí termina el texto tomado de Lucien Febvre.

[6] Marc Bloch había dejado un espacio en blanco en el lugar de la fecha. Retomamos la que figura en la edición anterior.

dicho, en sí mismo no es sino la prolongación del análisis, su razón de ser. En la imagen primitiva, contemplada más que observada, ¿cómo distinguir los vínculos, cuando nada era distinto? Su trama delicada sólo podía aparecer una vez que los hechos aparecieran clasificados por líneas específicas. De manera que, para ser fiel a la vida, en el constante entrecruzamiento de sus acciones y reacciones, no es necesario pretender abarcarla por completo, en un esfuerzo por lo común demasiado vasto para las posibilidades de un solo científico. No hay nada más legítimo, más saludable que centrar el estudio de una sociedad en uno de sus aspectos particulares o, mejor aún, en uno de los problemas precisos que plantea tal o cual aspecto: creencias, estructura de clases o de grupos, crisis políticas... Por esta elección razonada, los problemas generalmente no sólo se plantearán de manera más firme: sino que hasta los hechos de contacto y de intercambio resaltarán con mayor claridad. A condición tan sólo de querer descubrirlos. ¿Desea usted conocer de verdad a esos grandes comerciantes de la Europa del Renacimiento, vendedores de telas o especias, acaparadores de cobre, mercurio o alumbre, banqueros de los emperadores y de los reyes, en sus propias mercancías? No le resultará indiferente recordar que se hacían retratar por Holbein, que leían a Erasmo o a Lutero. Para que usted comprenda la actitud del vasallo medieval hacia su señor será necesario que también conozca cuál era la actitud hacia su dios. El historiador nunca sale del tiempo, sino que por una oscilación necesaria que ya el debate sobre los orígenes nos había hecho ver, en él considera a veces[7] las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan, de un extremo a otro, la duración, y a veces el momento humano en el que esas corrientes se juntan en el poderoso nudo de las conciencias.

3. LA NOMENCLATURA

Sin embargo, sería poca cosa limitarse a discernir en un hombre o en una sociedad los aspectos principales de su actividad. Al interior de cada uno de sus grandes grupos de hechos, se necesita un esfuerzo de análisis nuevo y más delicado. Hay que distinguir las

---

[7] La página mecanografiada numerada IV-14 termina con estas palabras. Falta la página IV-15. Se procedió, pues, igual que como se señala en la nota de la página 147.

diversas instituciones que componen un sistema político, las diversas creencias, prácticas, emociones de las que una religión está hecha. En cada una de estas piezas y en los conjuntos mismos hay que caracterizar los rasgos que a veces los acercan y a veces los separan de otras realidades del mismo orden... Problema de clasificación inseparable, a la luz de la experiencia, del problema fundamental de la nomenclatura.

Porque todo análisis, antes que nada, necesita un lenguaje apropiado como herramienta, un lenguaje capaz de dibujar con precisión el contorno de los hechos y a la vez conservar la flexibilidad necesaria para adaptarse progresivamente a los descubrimientos, un lenguaje sobre todo sin fluctuaciones ni equívocos. Ahora bien, es ahí donde a los historiadores nos duele. Un historiador de espíritu vivaz, que no nos quiere bien, lo ha visto con claridad: "Ese momento capital de las definiciones y de las convenciones claras y especiales que vienen a sustituir a las significaciones de origen confuso y estadístico no ha llegado para la historia". Así habla Paul Valéry. Pero aunque esta hora de exactitud no ha llegado todavía, ¿será acaso imposible que llegue algún día? Y, sobre todo, ¿por qué tarda tanto?

La química se ha forjado sus propios signos. Incluso sus palabras. "Gas" es, si no me equivoco, uno de los raros vocablos auténticamente inventados que la lengua francesa posee. Y es que la química tiene la gran ventaja de dirigirse a realidades que por su propia naturaleza son incapaces de nombrarse a sí mismas. El lenguaje de la percepción, que desechó, no era menos exterior a las cosas y, en este sentido, menos arbitrario que el de la observación clasificada y controlada con la que lo ha sustituido: dígase vitriolo o ácido sulfúrico, el cuerpo no entra ahí para nada. Para una ciencia de la humanidad el problema es muy diferente. Para dar nombre a sus actos, a sus creencias y a los diversos aspectos de su vida en sociedad,[8] los hombres no han esperado a verlos convertirse en el objeto de una investigación desinteresada. Así pues, las más de las veces la historia recibe su vocabulario de la materia misma de su estudio. Lo acepta ya gastado y deformado por un uso dilatado; por lo demás, es ambiguo, a menudo desde el principio, como todo sistema de expresión que no ha surgido del esfuerzo rigurosamente concertado de los técnicos.

---

[8] Aquí termina el texto tomado de Lucien Febvre.

Lo peor es que estos préstamos carecen de unidad. Los documentos tienden a imponer su nomenclatura; el historiador que los escucha, escribe bajo el dictado de una época cada vez diferente. Pero por otra parte, naturalmente piensa en términos de las categorías de su propio tiempo; por consiguiente, con las palabras que le son propias. Cuando hablamos de patricios, un contemporáneo del viejo Catón nos hubiera entendido; por el contrario, ¿cómo traduciría este último al latín la palabra y la idea del autor que evoca el papel de la "burguesía" en las crisis del Imperio romano? Así, dos orientaciones distintas se reparten, casi necesariamente, el lenguaje de la historia. Veámosla una por una.

Reproducir o calcar la terminología del pasado puede parecer, a primera vista, un procedimiento bastante seguro. Sin embargo, en la aplicación enfrenta múltiples dificultades.

Y es que en primer lugar los cambios en las cosas distan mucho de provocar siempre cambios paralelos en sus nombres. Tal es la consecuencia natural del carácter tradicionalista inherente a todo lenguaje y de la falta de inventiva que padece la mayoría de los hombres.

Esta observación también es valedera para las herramientas, que sin embargo están sujetas a[9] modificaciones por lo común bastante drásticas. Cuando mi vecino me dice: "salgo en coche", ¿debo entender que me habla de un vehículo tirado por caballos o de un automóvil? Sólo la experiencia anterior que yo tenga sobre su cochera o garaje me permitirá responder. *Aratum* designaba, en principio, al instrumento de labranza sin ruedas; *carruca,* al que las tenía. Sin embargo, como el primero apareció antes que el segundo, ¿podré estar seguro, cuando encuentre en un texto la antigua palabra, de que ésta no designa a la nueva herramienta? A la inversa, Mathieu de Dombasle llamó "carreta" a un instrumento que él mismo imaginó y que, en realidad, era un arado sin ruedas.

¡Cuánto más fuerte resulta el apego al nombre heredado cuando consideramos realidades de un orden menos material! Y es que en tal caso, las transformaciones ocurren casi siempre con demasiada lentitud para que los hombres a quienes afectan las perciban. Los hombres no sienten la necesidad de cambiar la etiqueta, porque el cambio de contenido se les escapa. La palabra latina *servus,* que

---

[9] La página mecanografiada numerada IV-6 termina con estas palabras. Falta la página IV-7. Por lo tanto, se procedió como en los casos anteriores.

dio al francés *serf* (siervo) ha atravesado los siglos; pero a costa de tantas alteraciones sucesivas en la condición así designada, que entre el *servus* de la antigua Roma y el *serf* de la Francia de san Luis, las diferencias se llevaron de calle a las semejanzas. Por eso los historiadores generalmente han decidido reservar siervo para la Edad Media. ¿Trátase de la Antigüedad? Hablan de "esclavos". Dicho de otra manera, en este caso profieren el equivalente al calco. No sin sacrificar algo de la armonía del lenguaje en beneficio de su exactitud intrínseca, porque el término que así transplantan a un contexto romano no nació sino hacia el año 1000 sobre los mercados de carne humana donde los cautivos esclavos parecían ofrecer el modelo mismo de una sujeción total, ya del todo ajena a los siervos nativos de Occidente. El artificio es cómodo mientras uno se atiene a los extremos.[10] Sin embargo, ¿cómo fijar en el intervalo la fecha en la que desaparece el esclavo frente al siervo? Se trata del eterno sofisma del montón de trigo. De cualquier manera nos vemos obligados a hacer justicia a los hechos mismos, a sustituir su lenguaje con una nomenclatura, si no propiamente inventada, al menos retocada y desplazada.

De manera recíproca, sucede que los nombres varían, en el tiempo o en el espacio, independientemente de cualquier variación en las cosas.

A veces, causas propias a la evolución del lenguaje han ocasionado la desaparición de una palabra, sin que el objeto o el acto que denominaban fuera modificado en lo más mínimo. Porque los hechos lingüísticos tienen su propio coeficiente de resistencia o de ductilidad. Al constatar la desaparición en las lenguas romances del verbo latino *emere y* su sustitución por otros verbos de orígenes muy diferentes —*acheter,* "comprar", etc.—, hace tiempo un erudito creyó poder sacar de esto las conclusiones más amplias e ingeniosas sobre las transformaciones que el régimen de intercambios habría provocado en las sociedades herederas de Roma. ¿Por qué no se preguntó si ese hecho indiscutible podía ser tratado como un hecho aislado? Por el contrario, nada ha sido más común en las hablas derivadas del latín, que la desaparición de las palabras demasiado cortas que progresivamente se volvieron imperceptibles con la ayuda de la anemia de las sílabas áto-

[10] Aquí termina el texto tomado de Lucien Febvre.

nas. El fenómeno es de orden estrictamente fonético, y el error de haber confundido una aventura de la pronunciación con un rasgo de la civilización económica resulta divertido.[11]

En otras ocasiones, las condiciones sociales son las que se oponen al establecimiento o a la conservación de un vocabulario uniforme. En sociedades muy fragmentadas, como las de la Edad Media, era frecuente que según el lugar, las instituciones básicamente idénticas fueran denominadas con términos muy diferentes.-6- En nuestros días, las hablas rurales difieren mucho entre sí, hasta en la denominación de los objetos más comunes y de las costumbres más universales. En la provincia del centro, donde escribo estas líneas, se llama "pueblo" a lo que en el Norte se denominaría "aldea"; el "pueblo" del Norte aquí es un "burgo". Estas diferencias verbales presentan, en sí mismas, hechos muy dignos de atención. Sin embargo, si el historiador adecuara a esto su propia terminología, no sólo comprometería la inteligibilidad de su discurso, sino que hasta haría imposible una de sus principales tareas: el trabajo de clasificación.

Nuestra ciencia no dispone, como las matemáticas o la química, de un sistema de símbolos separado de cualquier lengua nacional. El historiador habla exclusivamente con palabras y, por ende, con las palabras de su país. ¿Y si se encuentra en presencia de realidades que se expresan en una lengua extranjera, muerta o aun viva? Tendrá que traducir. Para ello no hay obstáculos serios en tanto las palabras se refieran a cosas o acciones triviales: esta moneda corriente del vocabulario se intercambia fácilmente. Por el contrario, tan pronto como aparecen algunas instituciones, creencias o costumbres que participan más profundamente de la vida propia de una sociedad, la transposición a otra lengua, hecha a la imagen de una sociedad diferente, se vuelve una empresa llena de peligros. Escoger el equivalente es presuponer una semejanza. Cuidémonos de que no sea, en el mejor de los casos, sino superficial.

¿Nos resignaremos, pues, en último caso, a conservar el término original, aunque no lo expliquemos? Sin duda, algunas veces así habrá que hacerlo. Cuando en 1919 se vio que la Constitución de Weimar conservaba al Estado alemán su antiguo nombre de *Reich,*

---

[11] Este pasaje que comienza con "Porque los hechos lingüísticos", es una rescritura del que se encontraba en la primera redacción en el capítulo u, como ilustración del desconocimiento de las ciencias auxiliares de la historia.

algunos publicistas franceses exclamaron: "¡Qué extraña República. Insiste en llamarse 'Imperio'!" La verdad es que la palabra *Reich* no sólo no evoca en sí misma la idea de un emperador, sino que asociada a las imágenes de una historia política en perpetua oscilación entre el particularismo y la unidad, ofrece un sentido tan específicamente alemán que no permite la menor tentativa de traducción en una lengua donde se refleja un pasado nacional totalmente distinto.

Sin embargo, no se puede generalizar esta reproducción mecánica, verdadera solución del menor esfuerzo. Aun haciendo a un lado toda preocupación de propiedad idiomática, confesemos que sería molesto ver a los historiadores empedrando sus frases de vocablos extranjeros, a imitación de esos autores de novelas históricas, quienes, a fuerza de escribir en lenguaje regional, llegan a producir una jerga en la que el hombre del campo no se reconoce más que el citadino. Al renunciar a todo esfuerzo de equivalencia, muy a menudo la que resultaría perjudicada sería la realidad misma. Un uso que se remonta, creo, al siglo XVIII hace que serf en francés y otras palabras de acepción cercana en las lenguas occidentales, sean empleadas para designar a un campesino estrictamente sometido al señor de la tierra, el *chriépostnoï* de la antigua Rusia zarista. Difícilmente podría imaginarse una semejanza menos afortunada. Por una parte, un régimen de adscripción a la gleba, poco a poco transformado en verdadera esclavitud; por la otra, una forma de dependencia personal que, a pesar de su rigor, estaba muy lejos de tratar al hombre como algo desprovisto de todos los derechos: la pretendida servidumbre rusa no tenía casi nada en común con nuestra servidumbre medieval. Pero decir llanamente *chriépostnoï no* nos serviría de mucho. Porque en Rumania, Hungría, Polonia y hasta en Alemania oriental existieron tipos de sujeción campesina estrechamente emparentados con la que[12] se estableció en Rusia. ¿Habría que hablar en cada caso rumano, húngaro, polaco, alemán o ruso? Una vez más, se escaparía lo esencial, que es restituir los lazos profundos entre los hechos, expresándolos por medio de una nomenclatura justa. La etiqueta ha sido mal elegida. Una etiqueta común, sobreimpuesta a

[12] Con estas palabras termina la hoja manuscrita IV-17, que comienza con: "Nuestra ciencia no dispone, como...", utilizada para la mecanografía y cuyo texto es idéntico.

los nombres nacionales en vez de copiarlos, no resulta menos necesaria.

Muchas sociedades han practicado lo que se puede llamar un bilingüismo jerárquico. Dos lenguas se enfrentaban, una popular, la otra culta. Lo que se pensaba y decía corrientemente en la primera, se escribía, exclusivamente o de preferencia, en la segunda. Así en la Abisinia de los siglos XI a XVII se escribía el *gheez y* se hablaba en amhárico. Así los evangelios refirieron en griego, que entonces era la gran lengua de la cultura del Oriente, las palabras que suponemos se intercambiaban en armenio. Así más cerca de nosotros, la Edad Media durante mucho tiempo no se administró, ni se relató a sí misma sino en latín. Heredadas de civilizaciones muertas o tomadas de las civilizaciones extranjeras, esas lenguas de letrados, de clérigos o de notarios debían necesariamente expresar muchas realidades para las que originalmente no habían sido creadas No lo lograban sino con la ayuda de todo un sistema de transposiciones de una torpeza inevitable.

Ahora bien, gracias a sus escritos —con excepción de los testimonios materiales— es como conocemos a una sociedad. Aquellas donde triunfó tal dualismo de lenguaje no se nos presentan, en muchos de sus rasgos principales, sino a través de un velo de aproximaciones. A veces, incluso se interpone una pantalla suplementaria. El gran catastro de Inglaterra que mandó elaborar Guillermo el Conquistador, el famoso *Domesday Book* fue obra de clérigos normandos o Del Maine. No sólo describen en latín algunas instituciones específicamente inglesas; sino que las repensaron en francés. Cuando el historiador se enfrenta con esas nomenclaturas por sustitución de términos no le queda más remedio que hacer el trabajo al revés. Si las correspondencias han sido convenientemente escogidas y sobre todo aplicadas con coherencia, la tarea será relativamente fácil. No será muy difícil reconocer tras los "cónsules" de los cronistas a los condes de la realidad. Por desgracia se encuentran casos menos favorables. ¿Quiénes eran los *colliberti,* los *bordarii* del *Domesday Book?* Despojados de sus oropeles latinos, las palabras se dejan fácilmente restituir a las hablas de la Francia del Oeste: *cuverts,*[13] *bordiers.* Sin embargo, desconocemos los términos

[13] El término deriva del latín *collibertus,* "liberto" o "manumitido". La etiqueta de origen *cuvert* se conservó hasta principios del siglo XII para designar a los descendientes de esclavos manumitidos mediante obediencia, quienes eran considera-

ingleses que derivaron de ellos. Una cosa es segura: el equivalente no se imponía. Porque algunos sólo fueron empleados por los redactores del documento y posteriormente nadie los retomó. ¿Qué era el *colonus* de nuestras cartas de los siglos XI y XII? La pregunta carece de sentido. En efecto, la palabra, sin heredera en la lengua vulgar por haber dejado de evocar algo vivo, no representaba sino un artificio de traducción, empleado por los notarios para designar una a una, en hermoso latín clásico, condiciones jurídicas o económicas muy diversas.

Además, la oposición entre dos lenguas forzosamente diferentes no es en verdad, sino el caso limite de las diferencias comunes a todas las sociedades. Hasta en las naciones más unificadas como la nuestra, cada pequeña colectividad profesional, cada grupo caracterizado por la cultura o la fortuna posee su propio sistema de expresión. Ahora bien, no todos los grupos escriben, o no escriben tanto, o no tienen las mismas oportunidades para que sus escritos alcancen la posteridad. Todo el mundo lo sabe: es difícil que el acta de un interrogatorio judicial reproduzca literalmente las palabras pronunciadas: el secretario, casi de manera espontánea ordena, aclara, restablece la sintaxis y poda las palabras que juzga demasiado vulgares.[14] Las civilizaciones del pasado también tuvieron sus secretarios: cronistas, ante todo juristas. Antes que otras, es la voz de esos secretarios la que ha llegado hasta nosotros. Cuidémonos de no olvidar que las palabras empleadas por ellos, las clasificaciones que nos proponían con esas palabras eran el resultado de una elaboración sofisticada, a menudo sistemática, a menudo exageradamente influenciada por la tradición. ¡Qué sorpresa nos llevaríamos si, en vez de batallar con la terminología enredada, contradictoria y probablemente artificial, de los censos y de las capitulares carolingias, pudiéramos pasearnos por un pueblo de esos tiempos y escuchar a los campesinos hablando sobre

---

dos como una clase superior a la de simple siervo (cf. M. Bloch, *La sociedad feudal,* Ediciones Akal, Madrid, 1986, p. 273). [N. del T.]

[14] La práctica del juez de instrucción y su oficio me obligan a hacer una precisión: en la Francia contemporánea, al menos, el secretario no hace sino escribir el acta de un interrogatorio; quien la dicta es el juez de instrucción y, a menudo, el dictado es una verdadera "traición" a las palabras de la persona interrogada o escuchada; la práctica de los tribunales no es más satisfactoria; es el secretario quien redacta la relación de los debates, las más de las veces a manera elíptica y sin la más remota relación con lo que verdaderamente sucedió en la audiencia.

sus condiciones de vida o a los señores sobre sus subditos! Quizá esta descripción de la práctica cotidiana por sí misma tampoco nos daría toda la vida, porque las tentativas de expresión, y por consiguiente de interpretación que vienen de los hombres doctos o de ley también constituyen fuerzas concretamente actuantes; pero al menos se tocaría una fibra profunda. ¡Qué enseñanza si —trátese de un dios de ayer o de hoy— lográramos hacer llegar a los labios de los humildes su verdadera plegaria! Suponiendo, no obstante, que ellos hubieran sabido traducir los impulsos del corazón sin mutilarlos.

Porque ahí está, en última instancia, el gran obstáculo. Nada es más difícil para un hombre que expresarse acerca de sí mismo. Pero no nos cuesta menos trabajo encontrar, para las fluidas realidades sociales que son la trama de nuestra existencia, palabras exentas a la vez de ambigüedad y de falso rigor. Los términos más usuales no son nunca sino aproximaciones. Incluso el término fe, que habitualmente supondríamos de sentido estricto. Escudriñando el mapa religioso de Francia, véase cuantas distinciones matizadas tiene que hacer hoy un estudioso como Le Bras para sustituir la simple etiqueta de "católico". Esto es algo para hacer reflexionar a los historiadores, quienes desde lo alto de sus creencias —si no es quizá, con mayor frecuencia, de su incredulidad— se pronuncian abruptamente sobre el catolicismo o el no catolicismo de un Erasmo. Otras realidades, muy vivas, no pudieron encontrar las palabras que necesitaban. Un obrero de nuestros días habla con facilidad de su conciencia de clase, por muy débil que sea. Creo que este sentimiento de solidaridad razonada y estructurada en ningún lugar se ha manifestado con más fuerza ni con mayor claridad que entre los jornaleros de nuestras tierras del norte hacia finales del Antiguo Régimen; diversas peticiones y algunos cuadernos de 1789 nos han conservado desgarradores ecos de ello. Sin embargo, el sentimiento no podía nombrarse en ese momento, porque todavía carecía de nombre.

Para decirlo todo: el vocabulario de los documentos, a su manera, no es sino un testimonio. Quizá valioso para nosotros, pero como todos los testimonios, imperfecto; por lo tanto, sujeto a la crítica. Cada término importante, cada giro de estilo se vuelve un verdadero instrumento de conocimiento una vez que ha sido confrontado con lo que lo rodea; reinsertado en el uso de la época,

del medio o del autor; defendido, sobre todo cuando ha sobrevivido por mucho tiempo, a pesar del eterno peligro del contrasentido por anacronismo. La unción real en el siglo XII era considerada como sacramento; palabra llena de significación y sin embargo en esa época desprovista del enorme valor que hoy en día le atribuiría una teología rígida en sus definiciones y por lo tanto en su léxico. El advenimiento del nombre siempre es un gran acontecimiento, aun si la cosa le ha precedido; porque marca la etapa decisiva de la toma de conciencia. ¡Qué gran paso se dio el día cuando los adeptos de una fe nueva se llamaron a sí mismos cristianos! Algunos de nuestros mayores, como Fustel de Coulanges, nos han dado admirables modelos de este estudio del significado, de esta semántica histórica. Desde entonces, los progresos de la lingüística han afinado la herramienta cada vez más.

Es verdad que por incompleto que sea el signo de adhesión, a pesar de todo, los nombres dependen a tal grado de las realidades que no se puede describir una sociedad sin un amplio uso de las palabras debidamente explicadas e interpretadas. No imitaremos a los eternos traductores de la Edad Media. Hablaremos de condes cuando se trate de condes, de cónsules si Roma entra en escena. Fue un gran avance para la comprensión de las religiones helénicas cuando, en boca de los eruditos, Júpiter se vio definitivamente destronado por Zeus. Pero esto se refiere, sobre todo, al detalle de las instituciones, de la herramienta o de las creencias. Creer que la nomenclatura de los documentos es suficiente para fijar la nuestra implicaría, finalmente, admitir que éstos nos entregan el análisis ya elaborado. La historia, en tal caso, no tendría mucho que hacer. Felizmente y para nuestra satisfacción no es así. Es por ello que nos vemos obligados a buscar en otra parte nuestras grandes líneas de clasificación.

Para establecerlas, se nos ofrece todo un léxico, cuya generalidad pretende rebasar los ecos de cualquier época particular. Elaborado sin un plan prestablecido por los retoques sucesivos de varias generaciones de historiadores, ese léxico reúne fechas y procedencias muy diversas. "Feudal", "feudalismo": términos curialescos, sacados del Palacio de Justicia desde el siglo XVIII por Boulainvilliers, después por Montesquieu, para convertirse en las etiquetas bastante torpes de un tipo de estructura social también mal definida. "Capital": palabra de usurero y de contador,

cuya significación por fortuna ampliaron mucho los economistas. "Capitalista": antiguo residuo de la jerga de los especuladores en las primeras bolsas europeas. Pero "capitalismo", que hoy en día ocupa en nuestras clasificaciones una parte mucho más considerable, es muy joven: lleva su desinencia como una marca de origen *(Kapitalismus).* "Clase" huele a naturalista o a filósofo, sin embargo con un acento nuevo, en el que las luchas sociales propagan su aspereza. "Revolución" ha cambiado por un significado muy humano sus antiguas asociaciones astrológicas; en el Cielo, era, todavía lo es, un movimiento regular; en la Tierra, ahora, una brusca crisis. "Proletario" se viste a la antigua, como los hombres del 89 entre quienes nació; pero Marx, después de Babeuf, para siempre la marcó con su impronta. América ha dado "tótem" y Oceanía "tabú": préstamos de los etnógrafos, que hacen titubear el clasicismo de los historiadores.

Ni esta variedad de orígenes, ni estas desviaciones de significado son un estorbo. Una palabra vale mucho menos por su etimología que por el uso que se hace de ella. Si el capitalismo, incluso en sus aplicaciones más amplias, dista mucho de extenderse a todos los regímenes económicos donde el capital de los prestamistas juega su papel, si feudal comúnmente sirve para caracterizar a las sociedades donde el feudo no era ciertamente el rasgo más significativo, no hay aquí nada que contradiga la práctica universal de todas las ciencias obligadas, a partir de que no se contentan con puros símbolos algebraicos, a echar mano del vocabulario confuso de la vida cotidiana. ¿Nos escandalizamos cuando el físico persiste en llamar átomo, es decir indivisible, al objeto de sus más audaces disecciones?

Mucho más peligrosos son los efluvios emotivos con los que nos llegan cargadas tantas palabras. La fuerza de los sentimientos rara vez favorece la precisión en el lenguaje.

Entre los historiadores, el uso tiende a enredar de la manera más desafortunada las expresiones "régimen feudal" y "régimen señorial". Se asimila así, arbitrariamente, a la red de lazos de dependencia característica de una aristocracia guerrera, un tipo de sujeción campesina, que además de tener una naturaleza muy diferente nació mucho antes, duró mucho más tiempo y se extendió mucho más por todo el mundo. La equivocación se remonta al siglo XVIII. En ese entonces el vasallaje y el feudo seguían exis-

tiendo, pero en el estado de simples formas jurídicas, casi vacías de sustancia desde hacía varios siglos. Por el contrario, el señorío, nacido de ese mismo pasado, continuaba vivo. En esta herencia, los escritores políticos no supieron hacer distinciones. No era sólo que comprendieran mal. La mayoría no consideraba desapasionadamente al señorío. Detestaban los arcaísmos presentes en él y, todavía más, las fuerzas opresivas que se obstinaban en contener. Una condenación común lo envolvía todo. Después, la Revolución abolió simultáneamente y bajo el mismo nombre al señorío y a las instituciones propiamente feudales. De él sólo quedó un recuerdo, aunque tenaz y coloreado con tintes vivos por la imagen de las luchas de los últimos tiempos. Nacida de la pasión dispuesta a expanderse aún más, la confusión se implantó para lo sucesivo bajo el efecto de nuevas pasiones. Incluso hoy en día, cuando a la ligera evocamos los "feudalismos" industriales o bancarios ¿acaso lo hacemos serenamente? Ahí, en el fondo, siempre hay un reflejo de los castillos incendiados durante el ardiente verano del 89.

Ahora bien, desafortunadamente ésa es la suerte de muchas de nuestras palabras. A nuestro lado siguen viviendo la vida agitada de la plaza pública. No son las arengas de un historiador las que nos van a hacer identificar capitalismo y comunismo. Como signos a menudo variables según los medios o los momentos, esos coeficientes de afectividad no engendran sino un mayor equívoco. Ante la palabra revolución los ultras de 1815 se tapaban la cara; los de 1940 se sirven de ella para camuflar su golpe de Estado.

Supongamos, sin embargo, que nuestro vocabulario está definitivamente entregado a la impasibilidad. Las lenguas más intelectuales también tienen sus trampas. Ciertamente no sentimos aquí ni la mínima tentación de reeditar las "bromas nominalistas", cuyo "singular privilegio" reservado a las ciencias del hombre sorprendía con razón a François Simiand en otros tiempos. ¿Con qué derecho podemos negarnos las facilidades del lenguaje, indispensables a todo conocimiento racional? ¿Hablamos, por ejemplo, de maqumismo? De ninguna manera creamos una entidad. Agrupamos a voluntad, bajo un nombre expresiva, hechos concretos cuya similitud, que el nombre tiene por objeto significar, también es una realidad. Estas rúbricas, en sí mismas no son sino legítimas. Su verdadero peligro nace de su propia comodidad.

Mal escogido o aplicado de manera muy mecánica, el símbolo, que no está presente sino para ayudar a analizar, termina por eximir del análisis. Con ello fomenta el anacronismo: el más imperdonable de todos los pecados en una ciencia del tiempo

Las sociedades medievales distinguían dos grandes condiciones humanas: los hombres libres y los que pasaban por no serlo. Pero la noción de libertad es una de esas que cada época retoca a su gusto. En nuestros días, algunos historiadores juzgan que según el significado pretendidamente normal de la palabra —es decir el suyo— los no libres de la Edad Media fueron mal denominados. Dicen que no eran sino "semilibres". Palabra inventada, sin ningún apoyo en los textos, esta intrusa sería cuando menos un estorbo. Desafortunadamente, no sólo eso. Por una consecuencia casi inevitable, el falso rigor que proporcionaba al lenguaje pareció hacer superflua toda investigación en verdad a fondo sobre la frontera entre la libertad y la servidumbre tal como esas civilizaciones las concebían: límite a menudo incierto, variable según los prejuicios del momento o del grupo, pero uno de cuyos rasgos esenciales justamente fue no haber estado nunca en esa zona marginal que la palabra semilibertad sugiere con desafortunada insistencia. Una nomenclatura que se impone al pasado acabará siempre por deformarlo si tiene por fin o sólo como resultado incorporar sus categorías a las nuestras, convertidas para la ocasión en algo eterno. Ante situación semejante no cabe actitud más razonable que eliminar las etiquetas.

Capitalismo fue una palabra útil. Quizá vuelva a serlo cuando hayamos logrado desprenderla de todos los equívocos con que se fue cargando, a medida que pasaba a ser de uso cada vez más corriente. Por el momento, transportada sin cuidado a través de las civilizaciones más diversas, ha acabado, casi de manera fatal, por encubrir sus originalidades. ¿"Capitalista", el régimen económico del siglo XVI? Puede ser. Considérese, sin embargo, esta suerte de descubrimiento universal: la ganancia, filtrándose entonces de arriba a abajo de la sociedad, agarrando lo mismo al comerciante o al notario de un pueblo que al gran banquero de Augsburgo o de Lyon; véase el acento, más puesto en el préstamo o en la especulación comercial que en la organización de la producción. En su composición humana, ¡cuán diferente era ese capitalismo del Renacimiento del sistema mucho más jerarquizado, del sistema

manufacturero, del sistema sansirnoniano de la era de la revolución industrial! Que a su vez... Por eso una observación muy simple bastaría para ponernos en guardia. ¿En qué fecha fijar la aparición del capitalismo, ya no del de una época determinada, sino del capitalismo en sí mismo, del capitalismo con una C mayúscula? ¿En la Italia del siglo XII? ¿En el Flandes del siglo XIII? ¿En el tiempo de los Fúcar y de la Bolsa de Amberes? ¿En el siglo XVIII o quizá en el XIX? Hay casi tantos historiadores como actas de nacimiento, en verdad casi tan numerosas como las de esa burguesía cuyo ascenso al poder festejan los manuales escolares, según los periodos sucesivamente propuestos para que nuestros niños mediten, ya bajo el reinado de Felipe el Hermoso, ya bajo el de Luis XIV. O quizá la fecha debería ser 1789 o 1830... Tal vez, después de todo, no se trataba exactamente de la misma burguesía. Como tampoco del mismo capitalismo.

Y aquí me parece que tocamos el fondo de las cosas. Recuerdo la bonita frase de Fontenelle: "Leibniz sienta definiciones exactas, que en ocasiones le privan de la agradable libertad de abusar de los términos". Agradable, no lo sé, peligrosa seguramente: es una libertad que nos es demasiado familiar. Rara vez el historiador define. Podría, en efecto, considerar esta inquietud superflua en caso de que su selección se hiciera entre términos con sentido estricto. Como ése no es el caso, no tiene, salvo en el empleo de esas palabras claves, ninguna otra guía que su instinto personal. Amplía, restringe, deforma despóticamente las significaciones; sin advertir al lector, muchas veces, sin darse cuenta ni él mismo. ¡Cuántos "feudalismos" por todo el mundo, desde China hasta la Grecia de los aqueos, hasta las bellas cnémidas! Y es que se podría decir que cada historiador comprende la palabra a su manera.

¿Definimos, no obstante, por casualidad? La mayoría de las veces lo hacemos para nosotros mismos. Nada más significativo que el caso de un analista de economía tan penetrante como John Maynard Keynes. En casi todos sus libros, de buenas a primeras se le ve apropiándose de términos rara vez bien establecidos, y asignándoles significados completamente nuevos, que a veces varían de obra en obra, y en todo caso han sido voluntariamente distanciados de la práctica común. ¡Curioso defecto de las ciencias humanas que por haber sido por tanto tiempo tratadas como un simple género literario, parecen haber conservado algo del

impenitente individualismo del artista! ¿Se puede concebir a un químico que diga: "para formar una molécula de agua se necesitan dos cuerpos: uno aporta dos átomos, el otro sólo uno; en el vocabulario que me he forjado, el primero se llamará oxígeno y el segundo hidrógeno"? Por más rigurosos que se supongan, los lenguajes de los historiadores, ordenados unos junto a los otros, nunca serán el lenguaje de la historia.

A decir verdad, por aquí y por allá se han hecho algunos intentos mejor concertados: por grupos de especialistas a quienes la relativa juventud de sus disciplinas parece proteger de las peores rutinas corporativas (lingüistas, etnógrafos, geógrafos); y para la historia, por el Centro de Síntesis, siempre dispuesto a prestar servicios y dar ejemplos. Se debe esperar mucho de ellos. Pero quizá menos que de los progresos de una difusa buena voluntad. Probablemente llegará un día cuando una serie de acuerdos permitirán precisar la nomenclatura y luego afinarla, de etapa en etapa. Entonces incluso la iniciativa del investigador se tomará en cuenta. Al profundizar en el análisis, el investigador necesariamente retoca el lenguaje. Lo esencial es que el espíritu de equipo viva entre nosotros. Es necesario que el historiador renuncie a cambiar sin consideración el significado que las palabras han recibido (en caso necesario, más vale una franca creación); que no se permita rechazar, por capricho, aquellas que ya han demostrado su capacidad; que por medio de definiciones cuidadosas se preocupe de que su vocabulario siempre sea útil para todos. La torre de Babel ha podido ofrecer un espectáculo bastante divertido a un irónico demiurgo. Sería un modelo desafortunado para una ciencia.

4[15]

El río de las épocas corre sin interrupción. Sin embargo, ahí también debe practicar algunos cortes nuestro análisis. Porque la naturaleza de nuestro entendimiento no nos permite captar ni el más

[15] El manuscrito mecanografiado lleva un cuatro (romano) a la mitad de la página, lo que demuestra que se trata de una nueva exposición, pero carece de título. Si se relaciona esta laguna con la carta a Febvre que contiene el primer plan de la obra *(cf. p.* 92) se puede formular la hipótesis de que el título sería: "Las divisiones cronológicas".

continuo de los movimientos, si no lo dividimos por señales. A lo largo del tiempo ¿cómo establecer las de la historia? En cierto sentido siempre serán arbitrarias; no obstante, lo importante es que coincidan con los principales puntos de inflexión de cambio perpetuo.

En las historiografías que hemos heredado (no podría hablar del Extremo Oriente), la historia era, ante todo, una crónica de jefes. Tradicionalmente, para articular su relato echaba mano de las vicisitudes de la soberanía ‡[16] cuando no se contentaba con dar traspiés de milésima en milésima elaborando anales. Las dominaciones de los pueblos conquistadores que se destruían entre sí marcaban las grandes épocas. Así, la memoria colectiva de casi toda la Edad Media vivió del mito apocalíptico de los cuatro imperios: medo, persa, griego y romano. Molde incómodo en caso de que lo fuera. Por sumisión al texto sagrado, no sólo obligaba a prolongar hasta el presente el espejismo de una ficticia unidad romana. Debido a una extraña paradoja en una sociedad de cristianos —como cualquier historiador de hoy en día debe verla—, la Pasión parecía, en la marcha de la humanidad, un hito menos notable que las victorias de los ilustres aseladores de provincia. Los límites de las divisiones más pequeñas en cada nación eran marcados por la sucesión de los monarcas.

Esas costumbres resultaron maravillosamente tenaces. Fiel espejo de la escuela francesa, hacia 1900, la *Historia de Francia* de Lavisse todavía avanza tropezando de reinado en reinado; en la muerte de cada príncipe, relatada con el detalle dedicado a los grandes acontecimientos, marca un alto. ¿Y qué pasa cuando ya no hay reyes? Los sistemas de gobierno también son mortales; sus revoluciones sirven de hitos. Más cerca de nosotros, a través de "preponderancias" nacionales —equivalentes adulterados de los imperios de otros tiempos— una importante colección de manuales se complace en segmentar el curso de la historia moderna. Las hegemonías española, francesa, inglesa, alemana son —¿hace falta decirlo?— de naturaleza diplomática y militar. Lo demás se ordena como puede.

---

[16] Mientras que la versión mecanografiada de Lucien Febvre contenía todo el pasaje entre la doble cruz (‡), sin tomar en cuenta la división, las ediciones siguientes de la obra omitieron el pasaje y crearon una nueva oración: "Aun entonces la iniciativa del investigador conservará tradicionalmente las articulaciones de su relato", lo que ocasionaba un sinsentido.

Hace mucho tiempo, sin embargo, que el siglo XVIII había hecho oír su protesta. "Parece ser —escribía Voltaire— que desde hace mil cuatrocientos años no ha habido en las Galias sino reyes, ministros y generales." Poco a poco aparecieron nuevas divisiones que, ajenas a la obsesión imperialista o monárquica, creían fundarse en fenómenos más profundos. Ya hemos visto que "Feudalismo", tanto como nombre de un periodo como de un sistema social y político, data de ese tiempo. Pero entre todas, es ilustrativa la suerte de la expresión "Edad Media".

Según su origen lejano, el término era medieval. Pertenecía al vocabulario de ese profetismo semiherético que, sobre todo desde el siglo XIII, había seducido a tantas almas inquietas. La Encarnación había puesto fin a la Antigua Ley; no había establecido el reino de Dios. Dirigido hacia la esperanza de ese día bendito, el presente no era sino una época intermedia, un *médium aevum.* Después, parece que con los primeros humanistas a quienes esta lengua mística seguía siendo familiar, la imagen fue desviada hacia realidades más profanas. En un sentido, el reino del Espíritu había llegado. Era esa renovación de las letras y del pensamiento cuya conciencia se hacía por entonces tan viva entre los mejores: de ello dan cuenta Rabelais y Ronsard. Entre la fecunda Antigüedad y su nueva revelación, la Edad Media estaba cerrada, no había sido sino una larga espera. Así entendido, el término vivió en la oscuridad durante muchas generaciones, limitado quizá a algunos círculos de eruditos. Al parecer fue a finales del siglo XVII cuando por primera vez un alemán, un modesto redactor de manuales, Cristophe Keller, en una obra de historia general, intituló "Edad Media" a todo el periodo, más que milenario, que va de las Invasiones al Renacimiento. El uso que se introdujo por quién sabe qué canales alcanzó todos sus derechos en la historiografía europea, principalmente francesa, hacia la época de Guizot y Michelet.

Voltaire lo había ignorado: "Queréis, en fin, superar el asco que os causa la *Historia moderna, desde la decadencia del Imperio romano":* tal es la primera frase del *Ensayo sobre las costumbres.* Y sin embargo, no cabe duda de que fue el espíritu del *Ensayo* —tan potente en las generaciones siguientes— el que impuso la fórmula Edad Media. Así como el de su correspondiente casi necesario: Renacimiento, cuya suerte terminó fijándose casi en la misma época.

Este término, desde mucho tiempo atrás usado en el vocabulario de la historia del gusto, pero sólo como nombre común y con el añadido obligado de un complemento (se decía: "el renacimiento de las artes y de las letras, en el siglo XVI, durante León X o durante Francisco I"), sólo en tiempos de Michelet conquistó junto con la mayúscula el honor de servir como único signo de todo el periodo. En ambos casos la idea es la misma. Las batallas, la política cortesana, el ascenso o la caída de las grandes dinastías proporcionaban el marco de referencia. Bajo sus banderas el arte, la literatura, las ciencias se ordenaban bien o mal. Ahora habría que hacerlo a la inversa. En las diferentes épocas de la humanidad, las manifestaciones más refinadas del espíritu humano son las que, por sus progresos variables, dan el tono. En ninguna otra idea es más clara la impronta volteriana que en ésta.

Pero una grave debilidad viciaba esas clasificaciones: el rasgo distintivo era a la vez un juicio. Desde el momento en que ya no creemos en la Edad Media, que hemos renunciado a pintar como un desierto uniformemente estéril a siglos que, en el dominio de las invenciones técnicas, del arte, del sentimiento, de la reflexión religiosa fueron tan ricos, que vieron el primer resplandor de la expansión económica europea, en fin, que nos han dado nuestras patrias, ¿qué razón podría todavía existir para confundir bajo una rúbrica común, en detrimento de cualquier color verdadero, la Galia de Clodoveo y la Francia de Felipe el Hermoso, Alcuino con Santo Tomás u Occam, el estilo animalista de las joyas "bárbaras" y las estatuas de Chartres, las pequeñas burguesías amuralladas de los tiempos carolingios y las brillantes burguesías de Genova, Brujas o Lübeck? La Edad Media, en realidad, no tiene sino una humilde vida pedagógica: discutible comodidad de programas y, sobre todo, etiqueta de técnicas eruditas, cuyo campo, por lo demás, está bastante mal delimitado por las fechas tradicionales. El medievalista es el hombre que sabe leer antiguas escrituras, criticar una carta puebla y entender francés antiguo. Probablemente sea algo, pero sin duda no lo suficiente para satisfacer, en la búsqueda de las divisiones exactas, una ciencia de lo real.

En el desconcierto de nuestras clasificaciones cronológicas, se ha deslizado una moda que me parece muy reciente, en todo caso tanto más invasora cuanto que es menos razonada. De buen grado contamos por siglos.

Esta palabra, durante mucho tiempo ajena a toda denominación de un número exacto de años, también tenía originalmente, sus resonancias místicas: acentos de la cuarta Égloga o del *Dies Irae.* Quizá estas resonancias no se habían atenuado del todo en los ejempos cuando la historia, sin gran preocupación numérica, se detenía complacientemente en el siglo de Péneles o en el de Luis XIV. Pero nuestro lenguaje se ha tornado severamente más matemático; ya no nombramos a los siglos según sus héroes. Los numeramos uno tras otro, con mucha sensatez, de cien en cien años, desde un punto de partida fijado de una vez por todas. El arte del siglo XIII, la filosofía del XVIII, el "estúpido XIX". Estas figuras con máscara aritmética plagan las páginas de nuestros libros. ¿Quién se puede vanagloriar de haber escapado a las seducciones de su aparente comodidad?

Por desgracia, ninguna ley de la historia impone que los años cuya milésima sea la cifra 1 coincidan con los puntos críticos de la evolución humana. De ahí las extrañas inflexiones de significado. "Es bien sabido que el siglo XVIII empieza en 1715 y termina en 1789": leí hace tiempo esta frase en una tarea escolar. ¿Candor o malicia? No lo sé. En todo caso pone de manifiesto ciertas extravagancias del uso. Pero, si se trata del XVIII filosófico, quizá mejor se podría decir que empezó mucho antes de 1701: *La historia de los oráculos* es de 1687 y el *Diccionario* de Bayle de 1697. Lo peor es que el nombre, como siempre, arrastra la idea, las falsas etiquetas terminan por engañar acerca de la mercancía. A menudo se habla del "renacimiento del siglo XII". Gran movimiento intelectual, probablemente. Sin embargo, al inscribirlo bajo esta rúbrica, con facilidad se olvida que en realidad empezó hacia 1060, y algunas conexiones esenciales se escapan. En pocas palabras, parecemos distribuir, de acuerdo a un riguroso ritmo pendular arbitrariamente escogido, realidades completamente ajenas a esta regularidad. Es un reto que naturalmente enfrentamos muy mal y no hemos hecho sino añadir una confusión más. Evidentemente hay que emprender una mejor búsqueda.

Mientras nos limitemos a estudiar cadenas de fenómenos emparentados en el tiempo, el problema resulta sencillo. A esos fenómenos hay que preguntar sus propios periodos. ¿Una historia religiosa de Felipe Augusto? ¿Una historia religiosa del reinado de Luis XIV? ¿Por qué no: "Diario de lo que pasó en mi laboratorio,

bajo la segunda presidencia de Grévy", por Louis Pasteur? o, a la inversa, "¿Historia diplomática de Europa desde Newton hasta Einstein?"

Tal vez resulte claro por qué las divisiones hechas de manera uniforme según la sucesión de los imperios, los reyes o los regímenes políticos han podido seducir. No sólo contaban con el prestigio que una larga tradición otorga al ejercicio del poder: "a esas acciones, decía Maquiavelo, que tienen el aire de grandeza propia de los actos del gobierno del Estado". Un acontecimiento, una revolución tienen un lugar fijo en el tiempo, en un año, incluso en un día. Ahora bien, al erudito le gusta, como se dice, fechar "finamente". Encuentra en ello, junto con el apaciguamiento de un instintivo horror a la vaguedad, una gran tranquilidad de conciencia. Anhela haber leído y consultado todo sobre su tema. ¡Cuánto más cómodo estaría si, frente a cada legajo de archivos, pudiera, con el calendario en la mano, hacer la división: antes, durante, después!

Cuidémonos de hacerlo: el corte más exacto no es forzosamente el que echa mano de la unidad de tiempo más pequeña; si así fuera, habría que preferir no sólo el año a la década, sino también el segundo al día. La verdadera exactitud consiste en dejarse guiar, en cada ocasión, por la naturaleza del fenómeno considerado. Porque cada tipo tiene su medida particular y, por así decirlo, su decimal específica. Las transformaciones de la estructura social, de la economía de las creencias, del comportamiento mental no pueden plegarse, sin un desafortunado artificio, a un cronometraje demasiado estrecho. Cuando escribo que una modificación muy profunda de la economía occidental, a la vez marcada por las primeras importaciones en masa de trigos exóticos y por la primera gran expansión de la industria alemana y norteamericana, se produjo aproximadamente entre 1875 y 1885, hago uso de la única aproximación que esta clase de hechos autoriza. ¿Voy por el contrario a proponerme buscar una fecha supuestamente más precisa? ¿Y si escojo, por ejemplo, tal como se presenta de entrada a la mente, el tratado de Francfort? Traicionaría la realidad en aras de un respeto mal entendido a las cifras.

Por otra parte, no es de ninguna manera imposible, *a priori,* que en la experiencia se lleguen a superponer fenómenos en apariencia muy diferentes. ¿Acaso es exacto que el advenimiento del

segundo Imperio introdujo un periodo nuevo en la economía francesa? ¿Tenía razón Sombart al identificar el auge del capitalismo con el del espíritu protestante? ¿Thierry Maulnier está en lo justo al descubrir en la democracia "la expresión política" de ese mismo capitalismo (temo que, en realidad, no sea exactamente el mismo)? No tenemos derecho de rechazar porque sí esas coincidencias, por muy dudosas que nos puedan parecer. Pero no aparecerán, en su caso, más que con una condición: haber sido presupuestas. Ciertamente las mareas tienen relación con las lunaciones. Sin embargo, para saberlo, primero hubo que determinar, por separado, las épocas de flujo y las de la luna. Por el contrario, ¿qué sucede si al considerar la evolución social tratamos de caracterizar sus etapas sucesivas? El problema resulta mayor. Aquí no podemos sino sugerir las vías por las cuales creemos que la clasificación debería seguir. La historia, no lo olvidemos, es todavía una ciencia que se está haciendo.

Los hombres nacidos en un mismo ambiente social, en fechas cercanas, por fuerza sufren influencias similares, especialmente durante su periodo de formación. La experiencia prueba que su comportamiento presenta, respecto a grupos sensiblemente más viejos o más jóvenes, rasgos distintivos por lo común muy claros. Esto sucede hasta en sus desacuerdos que pueden ser muy profundos. Apasionarse por un mismo debate, aunque sea en sentido opuesto, es todavía parecerse. Esta comunidad de huellas, que proviene de una comunidad de una época, forma una generación.

A decir verdad, una sociedad es rara vez monolítica. Se descompone en diferentes medios. En cada uno de ellos, las generaciones no siempre se superponen. ¿Acaso las fuerzas que actúan sobre un joven obrero se ejercen fatalmente, o al menos con la misma intensidad, sobre el joven campesino? Añádase la lentitud con la que se propagan ciertas corrientes, incluso en las sociedades más cohesionadas. "Durante mi adolescencia se era romántico en provincia, cuando París había dejado de serlo", me decía mi padre, nacido en 1848 en Estrasburgo. Por otra parte, igual que en este caso, la oposición a menudo se reduce sobre todo a un desfase. Por ejemplo, cuando hablamos de tal o cual generación francesa, evocamos una imagen compleja, a veces no sin discordancias, pero de la que naturalmente retenemos ante todo los auténticos elementos dirigentes.

En cuanto a la periodicidad de las generaciones, sobra decir que, a pesar de los sueños pitagóricos de ciertos autores, nada tiene de regular. Según la cadencia más o menos viva del movimiento social, los límites se estrechan o se separan. En historia, hay generaciones largas y generaciones cortas. Sólo la observación permite captar los puntos donde la curva cambia de orientación. Yo pertenecí a una escuela en la que las fechas de ingreso facilitan las referencias. Pronto me reconocí en muchos sentidos más cercano a las generaciones que me habían precedido, que a las que venían inmediatamente después de mí. Mis compañeros y yo nos hallábamos en la punta de lo que creo se puede llamar la generación del caso Dreyfus. La experiencia de la vida no ha desmentido esta impresión.

Sucede, en fin, que las generaciones forzosamente se interpenetran, porque los individuos no reaccionan siempre de la misma manera a las mismas influencias. Entre nuestros hijos, desde ahora ya es bastante fácil discernir, *grosso modo* según las edades, la generación de la guerra y la que únicamente será la de la posguerra. Siempre con una reserva: en las edades que no son todavía la adolescencia casi madura pero que ya han pasado la primera infancia, la sensibilidad a los acontecimientos del presente varía mucho con los temperamentos personales; los más precoces realmente serán "de la guerra"; los otros permanecerán del lado opuesto.

La noción de generación es, pues, muy flexible, tanto como cualquier concepto que se esfuerza por expresar, sin deformarlas, las cosas del hombre. Pero también responde a realidades para nosotros muy concretas. Desde hace mucho tiempo, la hemos visto usada, instintivamente, por disciplinas cuya naturaleza hacía rechazar, en primer lugar, las viejas divisiones por reinos o por gobiernos; tal es el caso de la historia del pensamiento o de las formas artísticas. El término generación parece destinado a proporcionar, gradualmente, la primera demarcación a un análisis razonado de las vicisitudes humanas.

Pero una generación no representa sino una fase relativamente corta. Las fases más largas se llaman civilizaciones.

Como Lucien Febvre lo ha demostrado, la palabra civilización se fue desprendiendo del juicio de valor de una manera muy lenta. Hoy en día ha conquistado su libertad. Admitimos que hubo

—perdonen la expresión— civilizaciones de no civilizados. Hemos reconocido que en una sociedad, sea la que sea, todo se une y rige mutuamente: estructura política y social, economía, creencias, las formas más elementales de la mentalidad y las más sutiles. Este complejo tiene en cada momento su tonalidad propia, que quizá resulta difícil expresar. Cuidémonos de las etiquetas demasiado simples. La facilidad de las palabras en "ismo" *(Typismus, Konventionalismus),* arruinó el intento, no obstante inteligente de descripción evolutiva, hecho por Karl Lamprecht, en su *Historia de Alemania.* Sin embargo, nadie niega que las oposiciones de nombres existen. ¿Se cuestionará hoy en día una civilización china? ¿Se dudará de que difiere considerablemente de la europea? Este acento que antes era significativo es susceptible de modificarse de manera relativamente lenta o brusca. Cuando la transformación se opera, decimos que una civilización sigue a otra: Las sociedades de la alta Edad Media occidental heredaron mucho del Imperio romano; sin embargo, todos estarán de acuerdo en que ya no era la misma civilización, como tampoco la civilización occidental del Renacimiento, por ejemplo, se identifica con la nuestra. Compete a la práctica introducir en sus distinciones una exactitud y una finura cada vez mayores.

El tiempo humano, en una palabra, siempre permanecerá rebelde a la implacable uniformidad, así como a la rígida división del tiempo del reloj. Necesita compases acordes con la variabilidad de su ritmo y que a menudo acepten por límites no conocer sino zonas marginales, porque la realidad así lo requiere. Sólo a costa de esta plasticidad la historia puede esperar adaptar, según las palabras de Bergson, sus clasificaciones a las "líneas mismas de lo real": lo que es, propiamente, el fin último de toda ciencia.

V[1]

EN VANO el positivismo pretendió eliminar de la ciencia la idea de causa. A querer o no, todo físico, todo biólogo piensa por medio de preguntas y respuestas. Los historiadores no podrían escapar a esta ley común del pensamiento. Unos, como Michelet, más que explicar en forma lógica, encadenan todo en un gran "movimiento vital"; otros despliegan su aparato de inducciones y de hipótesis; por doquier aparece el lazo genético. Pero no porque el establecimiento de relaciones de causa y efecto constituya así una necesidad instintiva de nuestro entendimiento, resulta que su búsqueda puede ser abandonada al instinto. Si la metafísica de la causalidad está aquí fuera de nuestro horizonte, el empleo de la relación causal, como herramienta del conocimiento histórico, indiscutiblemente exige una toma de conciencia crítica.

Me imagino a un hombre caminando por un sendero de una montaña; tropieza y cae en un precipicio. Para que este accidente ocurriera, fue necesaria la confluencia de un gran número de elementos determinantes. Entre otros, la existencia del peso, la presencia de un relieve, resultado de largas vicisitudes geológicas, el trazo de un camino, destinado por ejemplo a unir un pueblo con sus pasturas. Por lo tanto, será perfectamente legítimo decir que si las leyes de la mecánica celeste fueran diferentes, si la evolución de la Tierra hubiera sido otra, si la economía alpestre no se basara en la trashumación temporal, la caída no hubiera ocurrido. Sin embargo, si se pregunta cuál fue la causa, todos responderán: el tropezón. Y no es que este antecedente haya sido más necesario para el acontecimiento, muchos otros lo fueron en el mismo grado; sino que entre todos, ése se distingue por varios rasgos sobresalientes: fue el último en ocurrir, el menos permanente, el más excepcional en el orden general del mando; en fin, a causa de esta generalidad menor, el que, al parecer, hubiera sido más fácil de evitar. Por estas razones, parece tener una relación más directa con el efecto y

[1] El texto completo de este capítulo figura en cinco hojas numeradas, respectivamente V-1, V-2, V-3, V-4, V-5, las cuales fueron utilizadas para la versión mecanografiada. El texto es idéntico al que aquí se reproduce.

no podemos evitar la impresión de que fue el único que verdaderamente lo provocó. A los ojos del sentido común, que al hablar de causa siempre tiene dificultad para despojarse de cierto antropomorfismo, este componente del último minuto, este componente particular e inopinado es un poco como el artista que da forma a un material plástico de antemano totalmente preparado.

En su práctica comente, el razonamiento histórico no procede de otra manera. Los antecedentes más constantes y generales siempre quedan sobrentendidos. ¿A qué historiador militar se le ocurriría incluir entre las razones de una victoria a la fuerza de gravedad que explica las trayectorias de los obuses o las disposiciones psicológicas del cuerpo humano, sin las cuales los proyectiles no tendrían alcances mortales? Los antecedentes ya más particulares, pero todavía con cierta permanencia, forman lo que se ha convenido en llamar las condiciones. El más especial, aquel que en el haz de fuerzas generadoras representa de alguna manera el elemento diferencial, preferentemente recibe el nombre de causa. Por ejemplo, se dirá que la inflación en la época de Law fue la causa del alza general de los precios. La existencia de un medio económico francés ya homogéneo y bien cohesionado sólo será una condición. Porque esas facilidades para la circulación, que por sí mismas permitieron el alza prodigando los billetes por todas partes, eran anteriores a la inflación y sobrevivieron tras de ella.

Es indudable que en esta discriminación reside un fecundo principio de investigación. ¿Para qué insistir[2] en los antecedentes casi universales? Son comunes a muchos fenómenos para que en particular merezcan figurar en la genealogía de alguno de ellos. De antemano puedo saber que si el aire no contuviera oxígeno no habría incendios; lo que me interesa y justifica los esfuerzos de un descubrimiento es determinar cómo es que el fuego prendió.[3] [Las leyes de las trayectorias varían tanto para la derrota como para la victoria; explican a ambas; por consiguiente no sirven para explicar acertadamente a ninguna de las dos.]

---

[2] Las supresiones o añadiduras que aquí se indican, lo son respecto de una hoja manuscrita numerada V-2:]indefinidamente[

[3] En la hoja manuscrita el texto que sigue sin punto y aparte es: "Pero el peli gro sería convertir una simple comodidad de la mente en algo absoluto", que en la versión definitiva es el comienzo de un párrafo: "Pero no sin peligro se

Pero no sin peligro una clasificación jerárquica se puede convertir en algo absoluto cuando en verdad no es sino una comodidad de la mente.[4] La realidad nos presenta una cantidad casi infinita de líneas de fuerza, que convergen todas hacia el mismo fenómeno. La elección que hacemos de algunas de ellas bien puede fundarse en rasgos, en la práctica, muy dignos de atención; pero no dejan de ser sino una elección. Particularmente hay mucha arbitrariedad en la idea de una causa por excelencia opuesta a las simples "condiciones". Parece que el mismo Simiand —tan ávido de rigor—, quien en un primer momento intentó (creo que en vano) dar definiciones más estrictas, acabó por reconocer el carácter tan relativo de esta distinción: "Para un médico —escribió— una epidemia tendrá como causa la propagación de un microbio y como condiciones, la falta de higiene y la insalubridad engendrada por la pobreza; para el sociólogo y el filántropo, la pobreza será la causa y los factores biológicos la condición". Lo que es admitir de buena fe la subordinación de la perspectiva al enfoque propio de la investigación. Por otra parte, tengamos cuidado: en historia, la superstición de la causa única muy a menudo no es sino la forma insidiosa de la búsqueda del responsable; por consiguiente, del juicio de valor. "¿De quién es la culpa o el mérito?", dice el juez. El científico se conforma con preguntar "¿por qué?" y acepta que la respuesta no sea sencilla. Prejuicio del sentido común, postulado del lógico o manía del juez instructor, el monismo de la causa no es sino un estorbo para la explicación histórica. Lo que ella busca son cadenas de ondas causales y no se asusta de que las causas sean múltiples, cuando la vida así las muestra.

Los hechos históricos son, en esencia, hechos psicológicos.[5] De manera que es en otros hechos psicológicos donde normalmente encuentran sus antecedentes. Los destinos humanos se insertan en el mundo físico y sufren su peso. No obstante, ahí mismo donde la intrusión de esas fuerzas exteriores parece ser la más brutal, su

---

4 El texto de la hoja manuscrita es más breve: "Pero el peligro sería convertir en algo absoluto una simple comodidad de la mente".

5 Una hoja manuscrita de esbozo, numerada V-3, comienza con la oración: "Los hechos históricos son, por esencia, hechos psicológicos"; y va seguida de un texto que continúa hasta la mitad de la hoja y que se parece al de la redacción definitiva. Las supresiones respecto a esta hoja manuscrita aquí se indican con notas.

acción no se ejerce sino orientada por el hombre y su mente. El virus de la peste negra fue la primera causa del despoblamiento de Europa. Pero la epidemia no se propagó con tanta rapidez sino en razón de ciertas condiciones sociales —en su naturaleza profunda, mentales— y sus efectos morales sólo se explican por las predisposiciones particulares de la sensibilidad colectiva.[6]

Sin embargo, no sólo se hace psicología de la conciencia clara. Al leer algunos libros de historia, se creería que la humanidad está compuesta sólo de voluntades lógicas, cuyas razones al actuar no encierran ni el más mínimo secreto. Frente al estado actual de las investigaciones sobre la vida mental y sus oscuras profundidades, semejante enfoque es una prueba más de la eterna dificultad que experimentan las ciencias para seguir siendo exactamente contemporáneas unas de otras. También repite, amplificándolo, el error, tan a menudo denunciado, de la vieja teoría económica. Su *Homo economicus* no era una sombra vana sólo porque lo suponía exclusivamente ocupado en sus intereses: la peor ilusión consistía en imaginar que pudo formarse una idea tan clara de sus intereses. "No hay nada más raro que un propósito", decía Napoleón. ¿Habremos de suponer que la pesada atmósfera en la que nos encontramos hundidos en este momento sólo marca en nosotros al hombre de decisiones razonadas? Falsearíamos seriamente el problema de las causas en historia si lo redujéramos, en todo momento y lugar, a un problema de motivos.

Por otra parte, ¡qué curiosa antinomia en las sucesivas actitudes de tantos historiadores! Cuando se trata de saber si un acto humano realmente ocurrió, no pueden cargar con más dudas en su investigación. Pero si van a las razones de ese acto, la mínima apariencia los satisface, por lo común fundada en uno de esos apotegmas de psicología trivial, que no son ni más ni menos verdaderos que sus contrarios. Dos críticos de formación filosófica, Georg Simmel en Alemania y François Simiand en Francia, se divirtieron poniendo al desnudo algunas de esas peticiones de principio. Un historiador alemán escribe que los hebertistas al

---

[6]]Las constataciones de este orden arruinaron el seudodeterminismo geográfico. Expertos con diversas preparaciones oponen reacciones muy diferentes dentro de las mismas circunstancias de clima, terreno y lugar. Por una ineluctable fatalidad, el desierto no es necesariamente "monoteísta" ni los pueblos de las costas recortadas, marineros.[

principio se entendieron perfectamente con Robespierre porque se plegaba a todos sus deseos; luego se apartaron de él, porque lo consideraban demasiado poderoso. Esto es —como observa en sustancia Simmel— sobreentender las siguientes dos proposiciones: una acción bienhechora provoca el reconocimiento; no nos gusta que nos dominen. Probablemente estas dos proposiciones no son necesariamente falsas, pero tampoco necesariamente ciertas, porque ¿acaso no se podría sostener con la misma verosimilitud que una sumisión entregada a la voluntad de un partido provoca por esa debilidad más desprecio que gratitud? Y por otra parte ¿no se ha visto que el temor inspirado por el poder de un dictador apaga hasta la mínima chispa de resistencia? Un escolástico decía que la autoridad tiene "una nariz de cera que se pliega indistintamente a la derecha o a la izquierda". Sucede lo mismo con las pretendidas verdades psicológicas de sentido común.

En el fondo, el error es similar al que inspiraba el seudodeterminismo geográfico, hoy en día definitivamente arruinado. Sea en presencia de un fenómeno del mundo físico o de un hecho social, las reacciones humanas nada tienen de un movimiento de relojería, siempre engranado en el mismo sentido. A pesar de lo que dijo Renán, el desierto no es forzosamente "monoteísta", porque no todos los pueblos que lo recorren imprimen en sus espectáculos la misma alma. La escasez de sitios con agua ocasionaría, en cualquier lugar, el agrupamiento del habitat rural y su abundancia, la dispersión, sólo si fuera cierto que los campesinos necesariamente anteponen a cualquier otra, la preocupación por la proximidad de fuentes, pozos o estanques. Lo que sucede en realidad es que prefieren reunirse, por motivos de seguridad y ayuda recíproca, incluso por simple espíritu gregario, ahí donde cualquier pedazo de tierra tiene su fuente; o bien, a la inversa (como en algunas regiones de Cerdeña), cada quien establece su vivienda en el centro de su pequeño terreno, aceptando pagar por esa alegría —para ellos importante— largas caminatas hacia el agua escasa. ¿En la naturaleza no es acaso el hombre la gran variable por excelencia?

Sin embargo, no nos engañemos. En tal caso, la equivocación no reside en la explicación misma, sino en su apriorismo. Aunque hasta ahora los ejemplos no son muy frecuentes, es posible que en las condiciones sociales dadas, la repartición de los recursos de

agua decida el habitat antes que cualquier otra causa; lo que sí es seguro es que no necesariamente lo decide. No es del todo imposible que los hebertistas realmente hayan obedecido a los motivos atribuidos por su historiador. El error fue considerar esa hipótesis como algo incontestable. Había que probarla. Una vez obtenida esa prueba —que no se debe considerar ni incontestable ni impracticable—, todavía había que preguntarse, profundizando más en el análisis, por qué de todas las actitudes psicológicas concebibles, fueron ésas las que se impusieron en el grupo. Porque, dado que una reacción de la inteligencia o de la sensibilidad no se da nada más porque sí, cuando se produce exige que nos esforcemos por descubrir sus razones. Para decirlo todo en pocas palabras, ni en la historia, ni en ninguna otra ciencia las causas se presuponen, se buscan.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en enero de 2001 en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F. En su composición, parada en el Taller de Composición Electrónica del FCE, se utilizaron tipos Palatino de 10:12 y 8:9 puntos. Le edición, que consta de 2 000 ejemplares, estuvo al cuidado de *Julio Gallardo Sánchez.*